

# MEMORIAS DE GUSTAVO ADOLFO OTERO (NOLO BEAZ)



La Paz · Bolivia  
1977



## BIBLIOTECA DIGITAL

### TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO  
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

#### LITERATURA

#### AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

#### FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5549

Número del texto en clasificación por autores: 11537

Título del libro: Memorias de Gustavo Adolfo Otero

Autor (es): Nolo Beaz

Editor: Litografías e Imprentas Unidas S.A.

Derechos de autor: Depósito Legal: 177 - 77

Imprenta: Litografías e Imprentas Unidas S.A.

Año: 1977

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 230

Fuente: <https://ebiblioteca.org/?/ver/45656>

Temática: Gustavo Adolfo Otero

MEMORIAS  
DE  
GUSTAVO ADOLFO OTERO  
(Nolo Beaz)

LA PAZ - BOLIVIA

1977

1977 LITOGRAFÍAS E IMPRENTAS UNIDAS S. A.  
**MEMORIAS**  
Depósito Legal 177 - 77  
**DE**  
1977 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
**GUSTAVO ADOLFO OTERO**

PRIMERA EDICIÓN  
(Nolo Beaz)

IMPRESO EN BOLIVIA PRINTED IN BOLIVIA

LA PAZ - BOLIVIA

1977

1977 LITOGRAFIAS E IMPRENTAS UNIDAS S. A.

Registro de Propiedad Intelectual

Depósito Legal 177 - 77.

1977 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Por Litografías e Imprentas Unidas S. A.

La Paz - Casilla N° 72

PRIMERA EDICION

Carátula de los Editores.

IMPRESO EN BOLIVIA

PRINTED IN BOLIVIA

---

Impresores: LITOGRAFIAS E IMPRENTAS UNIDAS S. A.

*Laul De ls Quintana C.*

Autobiografía de Gustavo Adolfo Otero Vértiz, para uso de su familia y distracción de desocupados.

Comprende desde su nacimiento, 8 de septiembre de 1896, hasta la fecha de la iniciación del presente escrito. La Paz, 10 de julio de 1942.

## PROLOGO A LA AUTOBIOGRAFIA DE GUSTAVO ADOLFO OTERO

Con una vida que *Toda vida es una prueba para la preparación de otras vidas perfectas.*

G. A. O.

Y sólo un espíritu de verdad podrá realizar semejante obra, por haber llegado hasta el punto en el desarrollo del gobierno, como para poner de todo las reservas humanas que existen únicamente a cada paso tendrían que ser utilizados, pero de los cuales no podrá echar mano, si no a través de marchar tal sea una tarea ardua, tal vez que tenga alguna eficiencia tal sea una obra llena de sacrificios humanos, pero tanto una autobiografía.

Aunque que no el Gobierno de Otero el Gobierno es el de la vida humana, el futuro de la vida humana, pero el agua empujando de la historia, el mundo entero de la

## PROLOGO A LA AUTOBIOGRAFIA DE GUSTAVO ADOLFO OTERO

*Con una mirada retrospectiva sobre la realidad pura y simple de la vida vivida, el escritor Gustavo Adolfo Otero se confirma en el más alto sentido. Las galas y los recursos literarios, por válidos que fueran, vienen a ser sin embargo cuestiones en absoluto ajenas al enfrentamiento despiadado y riguroso con los hechos grandes y pequeños que configuran una vida vivida, que habrá de ser narrada con palabras desnudas y claras, y con un lenguaje sencillo y directo, desprovisto por tanto de todo ropaje "literario".*

*Y sólo un escritor de verdad podrá realizar semejante tarea, por haber llegado hasta tal punto en el dominio del carácter, como para poner de lado los recursos literarios que precisamente a cada paso tendrían que ser utilizados, pero de los cuales no podrá echar mano, si no a riesgo de escribir tal vez una fábula aceptable; tal vez una bonita historia edificante; tal vez una ilación llena de encantos literarios, pero jamás una autobiografía.*

*Nótese que no es Gustavo Adolfo Otero el literato; no es el brillante prosista, el famoso autor de treinta o más libros; tampoco el agudo investigador de la historia, el sesudo autor de la*



Vida social del coloniaje *quien escribe esta Autobiografía; es tan sólo el hombre, el humano Gustavo Adolfo Otero a secas, desnudo y frío —y tal la grande proeza.*

*A mayor abundamiento, puede decirse que no hay “literatura” en este libro; ni asomo de artificio, ni rastro de “trabajo” en el sentido de la obra literaria. En sus páginas encontramos la huella inequívoca y profunda del escritor, que tiene el valor de decir su verdad, que se da de cuerpo entero para pintar la imagen cruda de la vida vivida, y que, pudiendo haber utilizado los recursos que le son propios y que precisamente él domina, ha preferido sin embargo trazar los sucedidos tal como sueñan —sin eufemismos, sin perifrasis, sin adornos.*

*Es evidente que el género autobiográfico está erizado de peligros —y ni para qué citar autores o ejemplos en respaldo de tal afirmación—, sólo que esos peligros, según resulta natural, únicamente son válidos para aquel que no ha sabido enfrentarse con su propia realidad. Pues el hombre, por auténtico que fuera, no lo será enteramente mientras no haya puesto de lado un cúmulo de falsos conceptos, a causa de los cuales por lo demás, muchos que podrían haber sido escritores de verdad, se han quedado en meros literatos que inventan y que imaginan las cosas, no obstante de que éstas ni necesitan inventarse ni imaginarse, puesto que están ahí, al alcance de la mano, y son cosas que no han sido vividas por nadie en absoluto sino tan solamente por quien las ha vivido.*

*De ahí que la madurez de un escritor, si cabe, no es más que la humildad de un escritor. Y esta humildad sólo consiste en mirar las cosas y en no presumir que se las ha mirado, y consiste, igualmente, en mirarse uno mismo frente a frente, y en no presumir que lo ha hecho o que no necesita hacerlo. Precisamente la gran riqueza de experiencias vividas se esfuma y se pierde irremisiblemente cuando el carácter del individuo no responde al conocimiento y asimilación de tales experiencias,*

cuando éstas son suplantadas por una imaginaria que en general resulta baladí.

*Y de este modo, una serie de cuestiones inquietantes se le ocurren a uno, con la lectura de la Autobiografía de Otero. Muy difícil —o mejor, imposible— será escribir una autobiografía, cuando se carece de un firme carácter. Se requiere sin duda haber recorrido muchos caminos para emprender semejante tarea. Pues lo más fácil del mundo, precisamente —y he aquí una paradoja—, es poner sobre el papel lo que uno ha hecho, y lo que uno es, y lo que le ha pasado; pero sin embargo, es esto, precisamente, lo más difícil del mundo. ¿Acaso se puede inventar una vida? Una vida se vive, no se inventa. En cierto modo, una vida se escribe, en el más alto sentido —y es necesario escribirla.*

*El sólo hecho de pensar en la realización implica ya un ejercicio espiritual de elevado valor, poniendo a prueba nuestra capacidad o nuestra incapacidad para un enfrentamiento con nosotros mismos y nada menos, cosa temible como la que más. Y precisamente, nuestras observaciones encuentran una plena corroboración, a este respecto, en las palabras con las que el autor, muy sugestivamente, inaugura su Autobiografía. Y dicen así: "Al iniciar esta mi autobiografía, la tercera que comienzo, debo aclarar que mi primer intento lo realicé el año 1907, frente a un mazo de papel oficio, tratando de escribir la autobiografía de una vida que todavía no había comenzado. El segundo intento lo realicé el año 1930 y también lo dejé en los primeros capítulos. Espero que esta mi nueva autobiografía sea coronada por el éxito y que por lo menos abarque hasta la fecha". Tal la declaración de Gustavo Adolfo Otero que, según resulta evidente, hubo de verse desde un principio atingido por la necesidad de mirarse a sí mismo, acosado por la urgencia interior de "escribirse" —si vale la expresión—, encontrándose todo ello en simetría con el epígrafe, que el autor coloca en este su libro precisamente, y que dice: "Toda vida es una prueba para la preparación de otras vidas perfectas".*

★

*Diversas cuestiones pueden incidir en una labor autobiográfica, para llenarnos de turbación y de duda; la simulación, el cinismo, la falsa modestia; el querer presentarnos en lo íntimo como lo que no somos, desvirtuando así lo que somos íntimamente; pues el escribir uno mismo sobre el plano vital en que ha vivido y vive, es ya de por sí una cosa grave, y nos plantea una extraña situación, en la medida en que, si bien el remedio está en nuestras manos, ello no obstante, no podemos hacer nada en absoluto, incapaces como somos de vencer la profunda aversión que nos infunde el referirnos a nosotros mismos, con veracidad y desnudamente, doblegados como estamos por la abrumadora tendencia de encubrir o deformar —y con toda impunidad— aquellas verdades íntimas, aquellas grandes y pequeñas verdades que nadie en el mundo conoce sino únicamente nosotros. Así podremos entonces incurrir tranquilamente en la simulación, que en todo momento nos ofrecerá una salida fácil y cómoda —naturalmente, con los respectivos ornamentos de tipo literario.*

*Imaginemos ahora hasta qué punto no será difícil y problemática una tarea de verdadera síntesis del carácter y la personalidad, con las pasiones negativas y los valores positivos en pugna, al haber surgido de improviso un estado conflictivo har- to grave y penoso, del que sólo podremos salir a costa de enormes esfuerzos espirituales en el interminable camino de la formación definida y auténtica.*

*La Autobiografía de Gustavo Adolfo Otero Vértiz, una autobiografía “para uso de su familia y distracción de desocupados”, según reza el encabezamiento, “comprende desde su nacimiento, 8 de septiembre de 1896, hasta la fecha de la iniciación del presente escrito, La Paz, 10 de julio de 1942”. Por tanto, el escritor contaba 46 años de edad por aquel entonces, habiendo concluido la labor diez meses más tarde, o sea el 8 de mayo de 1943, tal como consta en la última página del manus-*

*crito. Y la amarga ironía surge de pronto y al mismo tiempo se justifica, dada la indolencia en que muchas veces incurrimos por no saber ponderar las cosas en su verdadera significación: ¡Una autobiografía de Gustavo Adolfo Otero y nada menos, "para distracción de desocupados"! Huelgan los comentarios.*

*Refirámonos brevemente al contenido. En las páginas de esta Autobiografía se nos ofrece una imagen encendida de realidades, rica en profundidad y en perspectiva, trazando vívidamente los años de formación, de estudio, de lucha y de trabajo del autor, sobre el telón de fondo de un acontecer nacional siempre tumultuoso en lo político, y de un quehacer fecundo y alocionador en la cultura, en el periodismo, en las instituciones, bajo el signo de las urgencias espirituales y materiales, con el denodado esfuerzo del ciudadano, del escritor, del hombre que se enfrenta desde temprana juventud con las duras realidades de la vida. Concurriendo con entusiasmo y decisión, y siempre con talento, a los acaeceres públicos, fundando periódicos y revistas, atacando y defendiendo, luchando por los derechos del hombre libre, desafiando las iras de los gobernantes y marchando al destierro, en aras de la superación de nuestras cosas, y contribuyendo en gran medida, a partir de la segunda década de nuestro siglo, a la dignificación de los hombres y de las instituciones.*

*Al internarse en los cauces de la narración, el lector se ve convertido de pronto en protagonista de los sucesos. Se ve envuelto en ellos, al haber tomado este o el otro partido, siempre atento al curso de los acontecimientos, de las realidades y de los hechos, referidos tanto al autor cuanto al ambiente que lo circunda, las más de las veces hostil, aunque siempre propicio en lo profundo, moviéndose los hombres y las cosas en aquella atmósfera vibrante que precisamente respiramos a tiempo de leer estas páginas autobiográficas. Páginas muchas veces amargas, con terribles expresiones de ironía y causticidad, con juicios tajantes, que nos dan la medida del hombre que no transige, que no contemporiza, y que es capaz de dejarlo todo y de renunciar a todo, en cuanto sus propias convicciones se hallan en*

*juego. Por otra parte, ciertas alusiones personales, que no faltan, nos dan asimismo la medida del temperamento del autor que no quiere dejar en el tintero ciertos adjetivos de alto voltaje.*

*De la narración lineal que necesariamente ha de presidir el curso autobiográfico, fluye la fuerza evocadora, con extraños fulgores. La ciudad de La Paz es el gran escenario; el escenario de los trabajos y de los desvelos del escritor, boliviano ante todo, y universalista después.*

*Con un espíritu profundamente enraizado en el mundo vital, los ámbitos y los lugares no constituyen para él un trasfondo anecdótico, sino que, por el contrario, son determinativos de los acontecimientos, cargados de enseñanzas y de lecciones. Así el hombre se identifica con el propio mundo que le vio nacer, y de tal manera, que la pervivencia de esta identificación determinará el carácter y el sentido de la obra del escritor.*

*Encontramos a lo largo del relato la génesis de muchos de sus libros, las circunstancias en que fueron realizados y publicados y encontramos, asimismo, un número de referencias y antecedentes especialmente significativos, un testimonio destinado a profundizar y ampliar los estudios de nuestra literatura, que contribuirá a la mejor comprensión del espíritu nacional. A la vista de las motivaciones se infiere la autenticidad de la obra, siempre movida por imperativos interiores y por una convicción inquebrantable, a lo que se añade el conocimiento y el estudio concienzudo de los asuntos, la observación directa de la materia viva y actuante, el particular desvelo del escritor nato que se posesiona de todo cuanto le rodea y tan sólo entonces escribe. Tal se deduce de los hechos en la Autobiografía de Otero. Con respecto a la gestación de su libro Figura y carácter del indio, por ejemplo, el valor humano y profundo de las motivaciones llega a impresionarnos y sorprendernos en grado sumo.*

*Un aspecto importante y que no puede pasar desapercibido es el que se refiere a la sencillez del conjunto. A no dudar, existen muchas maneras de escribir una autobiografía; pero sin em-*

*bargo, en aquellos terrenos escabrosos y muchas veces intransitables hay una sola manera de ser auténtico, y es la manera de escribir una autobiografía. Así nos lo demuestra Gustavo Adolfo Otero precisamente.*

*La Paz, Septiembre de 1977.*

Jaime Saenz.

## I

Al iniciar esta mi autobiografía, la tercera que comienzo, debo aclarar que mi primer intento lo realicé el año 1907, frente a un mazo de papel oficio, tratando de escribir la autobiografía de una vida que todavía no había comenzado. El segundo intento lo realicé el año 1930 y también lo dejé en los primeros capítulos. Espero que esta mi nueva autobiografía sea coronada con el éxito y que por lo menos abarque hasta la fecha.

En primer término hablaré recordando a mis progenitores, doña Rosa Vértiz Ascarrunz y don Avelino Otero Veamurguía, ambos nacidos en la ciudad de La Paz y pertenecientes a antiguas familias de la capital del Illimani.

### *GENEALOGIA Y ANTECEDENTES FAMILIARES*

Los padres de mi madre fueron doña Prudencia Ascarrunz y don Miguel Vértiz Blanco. Mi abuelo era hijo de don José Vicente Ascarrunz, belcista al cien por cien que gozaba concurriendo a las asistencias de Jueves Santo vestido con su gran uniforme dorado y su sombrero de plu-

mas en su carácter de Tesorero Nacional. Su padre, también llamado José Vicente, había sido Recaudador de las Cajas Reales que vino directamente de España para ejercer en la gran aldea que era La Paz el año 1720 también el cargo de Recaudador. Debieron ser honestos porque ninguno de los dos fue ahorcado. Los hermanos de mi abuela fueron el general Calixto Ascarrunz que murió en la masacre del Loreto, ejecutado por Yáñez; don Justo que también fue tesorero, casado con doña Manuela Vega; y don Jacinto que fue también militar muy belicista, hombre jocundo y de buen humor y de tan buena ley que momentos antes de expirar, sacaba la lengua a sus sobrinos y hermanos con el objeto de darles un susto.

Mi abuelo debió ser hijo de una señora buena moza y alegre, acaso como la Dolores de la copla, pues sus hermanas, la una se llamaba Adela Puertas y la otra Trinidad Lozada y él apellidaba Vértiz Blanco. (1)

Mis abuelos maternos se casaron como mandaba la Santa Madre Iglesia, aunque en ciertas condiciones especiales que debo recordar. Mi abuelo era buen mozo, alto, rubio, que andaba por las fincas, unas veces como propietario, otras como tinterillo y otras como maestro de escuela. Tenía, sin embargo, tonos de hidalguía y modales de caballero. Había hecho varios viajes a Tucumán a mula. Esta su prestancia le abrió el matrimonio con mi abuela, no obstante la resistencia familiar y la empingorotada situación social y económica de la hija del tesorero Ascarrunz. Además mi abuela era fea y ya jamona, pues contaba más de cuarenta años cuando se casó con el buen mozo de mi abuelo, menor que ella por lo menos en veinte años. Don Miguel, casándose con mi abuela, creyó que había solucionado su situación económica, y la cosa parecía verdad, pero los acontecimientos se presentaron en otra

---

(1) Felicidad, hija natural del general Gonzalo Lanza de La Torre y de Matilde Navarro, se casó con Casto Salinas Lanza, primo hermano de ella.



forma. Mi abuelo, en los primeros años de matrimonio se comió la finca de doña Prudencia dejándole una casita y una hija. Como el divorcio no era consentido por las leyes, se recurrió al proceso canónico. Mi abuela acusaba a mi abuelo de bigamia, testificando la hazaña con una hija que tuvo en la no menos hija del cura de Yanacachi. No pudiendo llevar a término el divorcio canónico procedió mi abuela a la separación de bienes y cuerpos y en consecuencia expulsó a su marido de la casa. Desde entonces don Miguel Vértiz Blanco se convirtió en una visita para mi madre, dedicándose a vivir en provincias, unas veces como tinterillo y otras como maestro de escuela, muriendo como jubilado el año 1916 en el pueblo de Calacoto de la provincia del Cercado de La Paz.

Mi abuela se consagró a la educación de su hija en forma realmente sorprendente para la época. Mi madre a la cual le dieron el nombre de Rosa, nació el 24 de mayo de 1872. La inició en las primeras letras su tía doña Ninfa Sanjinés Ascarrunz que sostenía una escuela privada. A los doce años pasó al colegio de las Anas, prosiguiendo sus estudios, para graduarse de maestra, hasta los quince años, en la primera escuela Normal fundada en La Paz en el gobierno del presidente Arce. Así, fue maestra de escuela municipal, ganando sus puestos en sacrificados y crueles concursos, hasta los 22 años en que renunció a la carrera para dedicarse a madre de familia. La educación de mi madre no sólo consistía en sus simples conocimientos de enseñante, sino que tocaba el piano, hablaba y escribía francés y tenía variadas y múltiples lecturas literarias, principalmente de poetas y novelistas, siendo sus ídolos Don Quijote de la Mancha y Gustavo Adolfo Bécquer, cuyo nombre me puso en recuerdo de su novio ideal. He leído con mi madre todos los libros de estudio y de conocimientos generales hasta su muerte acaecida el 22 de marzo de 1927.

Mi madre era una mujer de exquisita sensibilidad, apasionada, inquieta y que en su voltaje nervioso llegaba algunas veces a ataques que tenían caracteres de histerismo, los que desaparecieron con los años. Su inteligencia era superior y ella se jactaba de su poder de cálculo y de previsión de los acontecimientos. El primer recuerdo que tengo de ella, es cuando tendría treinta años. Era alta, de un bello cutis pálido, frente graciosa, cabellos negros no muy abundantes, la nariz recta, la boca grande, con una fuerte dentadura que conservó hasta su muerte. Todos mis rasgos faciales son los mismos que los de mi madre. Mi madre fue la virtud, la diligencia, la hacendosidad y la fe. Era católica sin beatería, con una extraña pasión por la cultura. Se afanaba en que yo también fuera católico y me decía astutamente para no contrariarme en mis ideas:

“Yo no digo que seas católico, pero el hombre debe creer en algo superior para diferenciarse de los animales”.

Su temperamento extraordinariamente nervioso, le ocasionó los grandes sufrimientos y las intensas torturas de su vida, primero, como hija, después como esposa y finalmente como madre.

Los griegos decían que todos los aristócratas atenienses tenían algunas gotas de sangre etíope. Yo creo que como buen boliviano debo tener algunas gotas de sangre indígena, y que éstas se han injertado en mí a través de la savia familiar de mi madre, por parte de mi bisabuela materna que presumo fue una mestiza nacida en Sorata.

Mi padre fue don Avelino Otero Vea Murguía, hijo de don Mariano Otero Flores y de doña Luisa Vea Murguía Cerdón. Don Mariano Otero, era hijo del más rico minero de La Paz, don Narciso Otero Leasate, que trabajó minas de plata en la provincia de Sicasica en el distrito de Patacamaya situado en el cerro de Pacuni. Don

Narciso, mi bisabuelo, era hijo del general argentino don José María Otero, autor del plano de la batalla que se dio en Junín. Su retrato existe en el Museo Histórico de la Magdalena en Lima. Era pequeño, delgado, de tez biliosa y mirada grave. Murió en el Perú. Mi bisabuelo Narciso, casado con la señora Fabricia Rivas, tuvo varios hijos: Rudecindo, Hilarión, Manuel, Gumercinda, Ambrosio y Mariano. Rudecindo, calavera, simpático, gran vividor y gozador de la existencia, tormento de la casa, que se casó con una actriz cruceña, doña Aurora Peña, mujer de encantadora belleza que, a los 70 años en que la conocí, guardaba la huella de su magnífica figura venusina. Este matrimonio tuvo los siguientes hijos: Delfina, Leonor, Irene y Federico. La señora Delfina Otero heredó las gracias de su madre y de su padre. Casó con el señor Manuel Asturizaga, a quien abandonó, relacionándose con distintos señores, de los cuales tuvo varios hijos. Armando Flores Otero, hijo de un comerciante peruano, don Carlos Flores, cuya hija casó con el ex-presidente de Bolivia don José Luis Tejada Sorzano; Arturo, hijo del coronel Prudencio, edecán del presidente Aniceto Arce; y Gustavo Carlos Otero, que, según tradición familiar, era hijo del presidente Arce, aunque los amores de la bella señora con el austero jefe de estado, estuvieron encubiertos por la presencia de un edecán del presidente, coronel don Alejandro de La Lastra, a quien conocí viejo el año 1915.

Hilarión se casó con la señora Daría Iturralde. Buen hombre, tranquilo, con más defectos que vicios y sin ninguna virtud.

Manuel, inteligente, de carácter activo y vivaz, político organizador, murió a los treinta años, en la revolución del general Agreda en La Paz, sacrificado por su rojismo y su decisión por el dictador José María Linares. Manuel Otero casó con la señora Josefa Oquendo. Sus hijos fueron, Narciso Otero, que fue padre de mi primo

segundo Alfredo Otero, y doña Angela, que fue esposa de don Manuel Vicente Ballivián.

Doña Gumercinda casó con un español, llamado Miguel García, que tuvo un hijo llamado Miguel García Otero. Este mi tío abuelo tuvo descendencia caótica y sin ningún interés documental.

Don Ambrosio, sin duda fue uno de los tíos abuelos más interesantes. Gran señor, amigo de los libros, dispendioso, elegante, solterón, especialista en viudas, donjuanesco y fieramente orgulloso. Era de los que no aceptaban un cargo de prefecto, porque no tenía recursos para dar dignidad a la investidura. Dejó de herencia una magnífica biblioteca de 2.000 volúmenes y un baúl tapizado en terciopelo, con 250 pares de guantes que me sirvieron para forrar pelotas el año 1907. Don Ambrosio murió el año 1899. Su biblioteca fue vendida a precio vil a un mercachifle, sin que yo la hubiese conocido.

Don Mariano, mi abuelo, el menor de la familia, era bueno, manso y tranquilo. Trabajador, austero, liberal, amigo de Linares y de Adolfo Ballivián y del presidente Frías. Prosiguió el trabajo de las minas de Pacuni hasta el "crac" de la plata del año 1870, fecha en que murió. Tuvo sus veleidades de escritor. Conservo unos originales suyos sobre la libertad de prensa, al parecer inspirados en Laménais. Este mi abuelo casó con doña Luisa Vea Murguía Cordón, vieja familia de La Paz. Su padre fue don Avelino Vea Murguía, jurista, presidente de la Corte de La Paz, católico, austero y político. Actuó en algunas de las primeras legislaturas de la República. Su hermano don Crisóstomo, fue otro tipo interesante, volteriano, irónico, romántico y solitario. Hombre de libros, murió en soledad, encerrado en su torre de marfil, cargado de erudición, sin haber realizado obra literaria ni histórica de ninguna clase.

El matrimonio de mis abuelos paternos fue una obra maestra de la conveniencia y la consagración de las costumbres coloniales, todavía reinantes hacia 1830. Los Otero Vea Murguía, fueron por orden de edades los siguientes: Bernardino, Luisa, Avelino, María, Manuel, Narcisa, Carmen, Inés y Josefa. Muerto mi abuelo a los 45 años de edad, desesperado por la quiebra de la mina, a consecuencia de la baja de la plata, mi abuela doña Luisa, mujer delicada, suave, sin carácter y sentimental, se situó en la ciudad con todos sus hijos al amparo de su hermano don Manuel Vea Murguía, que acababa de fundar el Banco Hipotecario de Bolivia, y de su hermana doña Elisa, viuda de Guillén. El tío Manuel decidió la suerte de mi padre, empleándolo en el Banco como cortador de cupones, y doña Elisa, mujer enérgica, católica que se sentía iluminada como Santa Teresa para propagar la fe, hizo monjas a tres de mis tías, por lo cual, un personaje irónico de la época dijo que doña Luisa tenía vientre de sacristía. En esta casa de los Vea Murguía todavía se vivían los días coloniales, misa en las madrugadas, almuerzo a las diez, comida a las cuatro, rosario por la noche, ayunos los viernes y asistencia a procesiones los días establecidos. Mi padre creció en esta atmósfera, salvándose, con mis tíos Bernardino y Manuel, de ser fraile o misionero.

De mis tíos y tías, debo recordar a mi tío Bernardino, a quien simplemente le llamábamos el Berna, mi tía Inés y a mi tía Josefa.

Mi tío Berna era un tipo de sainete. Todo en él era lleno de substancia humorística, de historia anecdótica, de chiste. No era un hombre frívolo, porque no era un hombre culto. Su humor era espontáneo y plebeyo y su figura externa era también la de un español dueño de una tienda de ultramarinos, que figuran en las comedias de Arniches o de los Quintero. Su cabeza de braquicéfalo, era monda y lironda. Su frente pequeña, es-

taba avivada por unos ojillos negros y vivaces. Su nariz chata sufría las cosquillas de sus bigotes de policía francés, como de una foca de jardín zoológico. Hacia los cuarenta años había perdido los dientes. Debido a esto tenía una pronunciación pastosa muy especial. Yo me sentía muy feliz cuando me llamaba "Tavillo" o "Taravillo". Estos adjetivos iban siempre acompañados de una moneda de diez centavos. Mi tío Berna era sucio en sus trajes y en sus manos y se afeitaba cada primero de mes. Tenía una estupenda letra para los grafólogos. Desordenada, como una dispersión de palotes y con una ortografía pintoresca, que agregaba el humor a las expresiones de la construcción y del régimen. Escuchando los cuentos del Berna, desde muchacho, es que me enteré de la historia de mi familia, de la vida privada e íntima de las gentes de La Paz. Mi tío sabía quiénes eran hijos o nietos de curas, las tragedias familiares al estilo de Edipo, los hijos naturales, el origen de las fortunas turbias, los asesinatos misteriosos, los abortos sigilosos, los matrimonios reservados, los raptos, las huídas, las estafas, las historias de hijos abandonados, todo con sus nombres, fechas y datos, relativos a personas conocidas de La Paz, sus parientes, familiares o conocidos. Contaba las cosas pasadas, después de que, según él, había prescrito el secreto al cabo de diez años.

Ocurría que todos sus cuentos eran de primera mano, o al menos así los contaba, interviniendo como actor, cómplice, testigo o confidente. Necesitaría unas trescientas páginas parecidas a las de este libro para anotar, con destino a escandalizar a la historia, todas o parte de las anécdotas relativas a la vida privada de La Paz. Por ahora anoto el rasgo nada más. Yo era el sobrino predilecto de este mi tío, porque todos sus sobrinos eran hembras, es decir sobrinas. Fue empleado de correos durante cuarenta años. Murió a los 65 años, el año 1921. En el desarrollo de mi vida anotaré las extrañas influen-

cias espirituales y mentales de este mi tío sobre mí. Con ello se podría hacer un capítulo pedagógico, titulado: "Cómo la ignorancia puede fomentar la cultura y las aficiones literarias".

Mi tía Inés, fue una de las preocupaciones de mi niñez. Recuerdo aquella mujer pálida, fantásticamente cetrúlea, a través de cuya piel se veían las venas y las arterias. Sus huesos delicados estaban enguantados en ese celofán transparente. Era todo ojos; sus labios anémicos, exangües, tristes, como si hubiera devorado frutas cítricas, eran blancos, que desnudaban con una sonrisa áspera sus dientes luminosos. Sus manos eran blancas, eran un manojo de azucenas muertas. Eran manos elocuentes, iluminadas por sus hermosas uñas que parecían pulidas, y lo estaban por el pulidor de la fiebre interior de esta mujer llena de tremendos fervores íntimos. Su habitación tenía algo de celda monacal. Al centro, su catre de fierro de un solo cuerpo, exornado por la presencia de un gran crucifijo. Un estante de vidrio, lleno del Año Cristiano, sobre una cómoda de tipo colonial, un sofá, una máquina de coser, una canasta para guardar la costura, era el ajuar del cuarto de tía Inés.

Esta mujer vivía desde hacía treinta años en cama, allá cosía, cuidaba los sobrinos, regentaba la casa, administraba la cocina y resolvía los problemas económicos que planteaba todos los días la persecución de la miseria. Figura fantástica la de esta mujer inteligente, voluntariosa, luchadora, de verbo cortante y de espíritu de mando. El mundo habíase congregado en torno a su cama. Recibía visitas de curas, de beatas, de señoras importantes, de mujeres del pueblo. Detestaba a mi madre, porque mi madre no creía en ella. Porque era ella, una santa, una aprendiz de santa. Después de comer, a las seis de la tarde, arreglaba su cama, recogía su costura, daba a la cocinera para el mercado, rezaba el rosario y a las siete en punto le daba el ataque. Esto era cro-

nométrico y diario. Las visitas se hacían a las ocho porque a esa hora tía Inés volvía del ataque. A las ocho llegaba el médico, el doctor Juan Peñaranda y Sorzano, le daba una inyección de morfina y la buena señora volvía de su rigidez, proveniente del ansia morfinista. Esta mi tía en su juventud había sufrido ataques histéricos y el médico, para curarla, fomentó hasta su muerte el morfinismo. Pero lo curioso del caso fue que, muerto el doctor Juan Peñaranda, le sucedió su hijo en el tratamiento de la envenenada. Este médico mató morfinómana a su hija, y también murió sometido al tóxico el hijo que le sucedió. Murió esta mi tía el año 1921, con su último ataque histérico-toxicómano. Había perdido, estando en la cama, una pierna que se le ulceró pocos años antes de su muerte. Extraña, terrorífica, preocupante mujer. La vi muchas veces en el éxtasis del ataque, y tuve terror verla muerta.

Mi tía Josefa \*, que aún vive, se dedicó a maestra particular y a secretaria de señoras ricas que tenían incapacidad de escribir una carta. Mujer ingeniosa, de gran memoria, tímida, rezadora y de un gran sentido del humor. Se casó con un viejo, don Juan Arce Ballivián, lector, viajero en Europa y a quien todos consideraban acaudalado. Al morir no dejó sino deudas y algunos pares de zapatos viejos.

Mi tía María, mujer egoísta y de mal carácter, logró salir de la pobreza sola, a pesar del alcoholismo de su marido don Ismael Gosálvez. Todas sus hijas mujeres.

De todas estas personas habré de volver a hablar en el desarrollo de los años de mi vida.

★

---

\* Falleció el año 1946.



Mi padre, llamado Angel Avelino, cuando fijé su imagen en mi memoria sería un hombre de 35 años, que desde luego siempre me parecieron más. Había nacido el año 1865 en Patacamaya. Estudió las primeras letras con un maestro que daba sus cursos a todos los hermanos en esa propiedad minera. Medía 1,62, es decir, nada más que un centímetro más que yo. Era de cabeza redonda y grande, el rostro de tipo braquicéfalo, disimulado por una barbilla fin de siglo, miope y defendía su defecto con lentes ahumados. Su nariz afilada en atrevido ángulo recto, las orejas grandes y la boca también grande. Usaba dentadura postiza. Era cargado de espaldas, de movimientos rápidos y en general bien conformado. Usaba sombrero suelto y trajes siempre oscuros, color gris o azul. No llevaba ni el anillo de boda en las manos. Era aseado, de un arreglo natural.

Al amparo de su cargo inicial del Banco Hipotecario, donde a los quince años empleó todo su primer sueldo en festejar a sus colegas, pudo desempeñar otras funciones, como las de cajero y contador en el Banco Nacional y en la Casa Farfán, una importante casa importadora de la época. Pudo organizar una pequeña biblioteca para su cultura, de la cual sólo conservo tres volúmenes, el "Emilio" de Rosseau, "Los quinientos millones de la Princesa" de Julio Verne, y el Método Ollendorff para el aprendizaje del francés. Mi padre se había dedicado a estudios económicos y comerciales, y como autodidacta se graduó de contador y aprendió sin maestro el francés, el inglés y algo de alemán. Era un corresponsal correcto, y en sus cartas revela el conocimiento que tenía del idioma. Era un temperamento crítico, capaz de la sátira y del humor. Poseía una memoria privilegiada para las anécdotas y chistes, de tal modo que monopolizaba las reuniones de sus amigos, contando en forma pintoresca y cómica sus interminables anécdotas. Así su ambiente propicio era el círculo de amigos, entre

cockteles y licores. Débil de carácter, orgulloso, sinies-  
tramente orgulloso, se distinguía por su modesta alti-  
vez, le gustaba vivir bien y pasarla mejor, sacrificando  
el instante placentero y amable al porvenir. Falto en  
absoluto del espíritu de previsión, parecía que el lema  
de su vida hubiese sido: amemos, bebamos y comamos,  
que mañana moriremos, como dice el Eclesiastés... Há-  
bil para los negocios ajenos e incapaz para los suyos.  
Fue profesor de contabilidad del Colegio Nacional Aya-  
cucho, contador de una compañía minera en Corocoro, ad-  
ministrador de aduana, también en esa ciudad, y luego,  
el presidente Gutiérrez Guerra le nombró miembro de  
una comisión fiscal censora. Murió en mayo de 1922.

Puede decirse que mi padre, con las dotes que tenía,  
murió como un fracasado, pobre, abandonado de sus ami-  
gos y sin haber tenido nunca el éxito que merecía por sus  
cualidades. A lo largo de estas páginas, contaré ras-  
gos de su vida que son de la mía: diré sólo la verdad,  
sin crueldad ni énfasis. Le haré justicia.

## *HISTORIA DE UN MATRIMONIO*

Era el año 1888...

El carnaval era en La Paz una de las fiestas más ce-  
lebradas, y la que más inquietaba a la juventud. Es cier-  
to que el presidente Arce no era tan alegre y expansivo  
como su antecesor, don Gregorio Pacheco o simplemen-  
te don Gallo que, caballero en un brioso animal de san-  
gre árabe, formaba en la tradicional entrada a la cabeza  
de la comparsa de los "Turistas", y en todo caso fomen-  
taba la diversión del pueblo.

Los bailes se realizaban en el Palacio de Gobierno, en los salones de las familias acomodadas que ocupaban sitio de preferencia en la vida social; en las salas de la clase media, en los patios de las casas de los cholos y en el campo, con la música de los indios.

El baile se realizaba en casa de una profesora de piano llamada doña Amalia Molina viuda de Burmester, de la que también hablaré después. Esta señora estaba relacionada con lo más saliente de La Paz, pero en su casa reunía a jóvenes decentes que no frecuentaban los altos círculos y que simplemente debemos llamar de la clase media económica.

Un joven empleado de banco, alegre, amante de la diversión, simpático y con 24 años de edad —este joven era mi padre—, había visto pasar durante seis meses a una jovencita, bien vestida, sana, fuerte, de cutis rosado y terso —esa era mi madre—, todos los días a las diez de la mañana, hora en que ingresaban los empleados al trabajo bancario. Ante la dificultad de conocer a la profesorita de la escuela municipal, la que había conseguido, no cabe duda, encender el amor en el aprendiz financiero, en combinación de su profesora de piano, doña Amalia Molina, obtuvo que ésta invitara a Rosita Vértiz al baile nocturno ofrecido por dicha señora. Rosita, la profesora, esperó sería como un rábano, con aire severo aunque cortés, sin pensar que aquella noche sería presentada a un joven calavera, de cabeza rapada que contaba chistes de almanaque. Allí, pues, en ese baile de martes de carnaval, se conocieron y anudaron sus relaciones mis progenitores, que, años más tarde, me lanzarían a la circulación del mundo, sin haberme consultado para nada. Lo interesante del caso es que la simpática profesora de piano y literata, que vivía económicamente a salto de mata, el miércoles de ceniza se presentaba al banco, a sacrificar al humilde auxiliar de Caja con un préstamo de quinientos bolivianos, bajo la ga-

rantía de su firma. Mi padre tuvo que sudar los quinientos bolivianos, con los que había conocido a mi madre, sellando con la pianista una relación que concluyó con la muerte.

Los amores de mis progenitores duraron cinco años, desde 1889 hasta 1894, en que se casaron. Fueron unos amores sedantes, tranquilos, regulados. Mi padre visitaba aquella salita de la casa situada en la calle Catacora dos veces por semana, los martes y viernes. Los regalos de mi padre consistían en ramos de violetas y jazmines del cabo, y libros de versos que hasta hoy conservo. Tres libros dedicados por mi padre a mi madre; poesías de Bécquer, poesías de Espronceda, Byron y Núñez de Arce, y "Graciela y Rafael" de Lamartine. Mi abuela, doña Prudencia, que tenía sus frases definidoras, había hecho el juicio de las relaciones y del sistema amoroso de mis padres:

"libros y flores, amores de pobres".

En cinco años de relaciones, angustiosamente largos para mi abuela que deseaba ver rápidamente casada a su hija porque sentía acercarse —debido a sus años y a una grave enfermedad del pulmón— el fin rápido de sus días, ocurrieron algunos incidentes que voy a anotar rápidamente. El más notable fue el ocasionado por unos celos inmotivados que se le despertaron al joven Avelino al saber que Rosita había sido obsequiada con unos versos por un joven poeta, alto, fanfarrón, flaco y aceitunado. Lo que ocurrió fue que el novio de una maestríta colega de mi madre, le obsequió con unas cuartetitas, con permiso de la novia y sin mayor trascendencia. El poeta era Ricardo Jaimes Freyre y la maestríta enamorada que después fue su esposa, Felicidad Soruco, llamada por el futuro autor de "Castalia Bárbara", Felicitas, según me contó mi madre después de haberse encontrado en la calle con el poeta, en mi presencia, el año 1920.

Otro incidente fue promovido por un pariente de Jaimes Freyre llamado Manuel Pórcel, también poeta. Este caló más hondo y realizó una campaña intensa. Este Pórcel, que se suicidó tirándose de la baranda de la Cámara de Senadores al patio el año 1910, le preparaba diálogos y monólogos para las niñas de la escuela a mi madre. Mi madre guardaba hasta el año 1906 un paquete de papeles azules, que eran las composiciones de Pórcel. Este señor, a quien conocí el año 1905, vino a visitar a mi madre en plan amistoso, mientras estaba ausente mi padre en Corocoro, y al hacerme cariños, sentado sobre sus rodillas, me dijo:

“Si tu mamá no hubiese sido tan mala conmigo, yo hubiera sido a estas horas tu padre!”

Los celos de mi padre habían alcanzado colores calderonianos con un amigo de Rosita, llamado Pedro Kramer. Ocurría que mi madre mantenía relaciones amistosas con las hermanas de Kramer, el cual daba a copiar a su hermana Rosaura los borradores de su Historia de Bolivia. Y Rosaura se hacía ayudar en el afán con mi madre, que tenía una hermosa letra inglesa. Ver las copias hechas por Rosita y dramatizar la cosa el enamorado Avelino, todo fue uno, aunque la cosa no tuvo mayores consecuencias y pasó como una nube de verano.

Mi madre tuvo un amor secreto, profundo, de un lirismo romántico, hecho por la pasión poética, y también por las condiciones del galán, que era un tipo seductor, de esos que impresionan la sensibilidad de las jóvenes. Se llamaba Eduardo del Valle Villamil y fue uno de los personajes mitológicos, llenos de una leyenda novelesca, cuyas aventuras brumelescas y de don Juan Criollo le hicieron famoso entre los años 90 y 900. Valle Villamil era un buen mozo, elegante, que había crecido con el complejo del hijo mimado, es decir, que se creía nacido para ser el rey de la vida. Era hijo de una herma-

na de don Emeterio Villamil de Rada, el notable filólogo. Esta señora era pariente de la mujer del general Daza, doña Benita Gutiérrez, ambas sorateñas, igual que doña Juana Gutiérrez, esposa del que fue famoso y pantomímico político don Benedicto Goytia. Daza llevó a educar a Europa al exiliarse el año 1880, al joven Eduardo del Valle, que lucía en París sus tarjetas con el título de Conde de los Andes. A su regreso de aquel París post segundo imperio, de aquel París de la república burguesa, el París del Can-can, de arquitectura rococó, de los vales vieneses de Strauss y de las operetas de Offenbach, Villamil era ya en La Paz el niño mimado de la sociedad masculina y femenina. Mi madre se había enamorado de él, en una visita que hizo mi abuela en su compañía a la casa de la señora Gutiérrez de Goytia que entonces era doña Juanacha, vivía en Churubamba y tenía a su marido don Benedicto traficando en goma en Apolo y Mapiri. Del Valle visitó a mi madre, pero todo fue un amor mudo, silencioso, admirativo, oculto. Todo esto permaneció en absoluto misterio hasta el año 1904. Recuerdo la escena. Yo tenía 8 años. Mi madre me medía unos pantalones que cosía ella misma y entró mi padre con el periódico en la mano, "El Comercio de Bolivia".

— Qué te parece Rosina, ayer se había suicidado Eduardo del Valle. . .

Mi madre arrebató el periódico de las manos a mi padre. Leyó la noticia con ansiedad. Se había disparado el dandy un tiro de rifle después de violar a una indígena en la finca de Aranjuez. Se puso pálida y cayó desplomada con uno de aquellos ataques nerviosos que padecía. Mi padre la alzó y la llevó a la cama, y allí en el arrebató neurótico, lanzó algunas frases sueltas que hoy me confirman en aquel amor romántico, tan fin de siglo. La vida de Eduardo del Valle Villamil requiere la pluma del novelista que tenga el sensualismo de la prosa

delicada y elegante de Oscar Wilde o de Barley D' Arbilly. Sería una gran novela o una bella biografía novelada.

★

El joven Avelino proseguía en su táctica de prolongar el noviazgo. Ya habían pasado cinco años, y mi abuela cada vez empeoraba de salud, hasta ponerse gravísima. Mi padre para casarse esperaba mejorar de posición económica, cambiar de puesto o hacer el gran negocio que para él nunca llegó. Pero el problema era mucho más grave aún. Mi padre contribuía a sostener la casa de mi abuela, de tal modo, que su casamiento constituía una verdadera agresión económica. Era este el motivo por el cual su noviazgo habría podido perdurar hasta hoy, o por lo menos hasta la desaparición de mi abuela. Era, pues, mi padre un buen hijo.

No obstante, los acontecimientos se precipitaron. Una noche que como de costumbre llegó don Avelino de visita, se encontró con la novedad de que mi abuela Prudencia se moría. En aquel patético y definitivo trance mi abuela bendijo el matrimonio de mis padres, entregando a mi madre al apoyo del novio remiso. Mi madre, a la muerte de mi abuela quedaba sola, sin tías ni hermanos. Su padre don Miguel había formado nuevo hogar con la hija del cura. No le quedaba, pues, más solución que vivir sola o casarse.

A la muerte de mi abuela, producida el 10 de abril de 1893, mi madre fue recogida y amparada en la casa de una tía política, doña Manuela Vega, esposa de don Justo Ascarrunz. Este amparo duró poco, apenas ocho días, mientras se corrían los pliegos matrimoniales. Mi madre tenía 22 años y mi padre 29. La boda se realizó a las cinco de la mañana en el Templo de Santo Domingo, que hacía las funciones de catedral.

Mi madre me contaba dos hechos pintorescos de su boda. Al finalizar la ceremonia, mi padre repartía las colas, extrayéndolas como un prestidigitador del fondo de su sombrero. Luego los novios se marcharon para pasar su luna de miel a una chacarilla que entonces estaba muy alejada de la ciudad, donde el año 1918, fue el Lazareto y hoy es el mercado central, entre las calles Bueno y General Camacho.

Mi padre dejó a la novia en su alojamiento y a las ocho en punto estaba instalado en su nuevo empleo, pues para casarse, había logrado el cargo de contador y corresponsal en la casa Farfán, con el sueldo de 120 bolivianos, es decir, 120 dólares actuales.

—Tu padre —me decía mi madre—, ese día me pareció un poco extravagante, defecto que no le había notado en los años de noviazgo.

Los recién casados, luego se instalaron en la misma chacarilla. Juntaron sus muebles de solteros, y puesto el tren en marcha, comenzaron a vivir. Mi padre había contraído una deuda de Bs. 2.000 para su matrimonio, que sería el primer peldaño para preparar su larga pobreza, de la que no se redimió nunca.

Al año siguiente de la boda, mis padres tuvieron el primogénito al cual llamaron Luis, como homenaje a mi abuela que se llamaba Luisa. Como todos los primogénitos, fue bien recibido, mimado en extremo y también falsamente cuidado, de tal forma que moría en la dentición, con un ataque de meningitis.



## RECUERDOS DE INFANCIA

El segundo hijo fui yo, que nací el 8 de septiembre de 1896, a las diez de la mañana. Venía al mundo con algunas particularidades, con un poco de impaciencia, adelantándome dos meses sobre el común general. Soy, pues, sietemesino, lo cual no me impidió vivir rollizo y fuerte hasta los 13 años de edad.

Mi padre había propuesto que se me bautizara con el nombre de Ambrosio, como homenaje a su tío don Ambrosio Otero, pero mi madre decidió que fuera sometido a la nomenclatura de Gustavo Adolfo, en recuerdo de su poeta admirado y amado. No hubo, pues, solución y fui bautizado en la parroquia de San Agustín con el nombre del poeta sevillano, a quien también admiré, publicando a instancias de mi madre un estudio, el año 1915, sirviéndome de los libros que ella tenía del poeta y sobre él.

A los tres años ya podía explicarme más o menos en castellano, y con cierta agilidad. Mi padre contaba que yo en aquellos días era un niño malcriado y sentados a la mesa con mi tío abuelo don Ambrosio, me adelanté a coger la azucarera, cuando el viejito, con ademán enérgico, tomó el útil, diciendo estas palabras.

— Primero el abuelo y después el perro.

A lo que yo contesté:

— Primero el perro y después el abuelo.

Este mi tío abuelo, desde aquel incidente, se cuidó en absoluto de hacerme ninguna observación. El amor propio herido calló ante el pedagogo que llevaba interiormente.

Mis primeros recuerdos se remontan al año 1901, o sea cuando tenía cinco años. Vivíamos en la plaza de

San Sebastián, y desde la ventana, tuve la impresión tremenda de ver a mi padre vestido de militar, que partía al son de músicas marciales a la guerra. Pero lo curioso es que mi angustia, provenía de que el militar que partía era uno muy parecido a él, y no mi padre. También recuerdo de aquellos días que unos hombres se llevaron preso a mi padre y la sirvienta le llevó comida a la policía. Lo que ocurrió fue que un Prefecto muy enérgico, había sometido a prisión a los jurados electorales que no concurrieron a formar las mesas.

En casa mi madre tenía una sirvienta tuerta llamada Nicolasa, no mal parecida, gorda y alegre. Con esta mujer corrí la única juerga escandalosa de mi vida, precisamente a la edad de cinco años. Aún no había ido a la escuela. Era un domingo por la tarde y la chola sirvienta se esparcía sentada en la puerta de la calle conmigo y mis dos hermanas, Luisa de cuatro años, y Carmela de dos. No sé por qué circunstancias o acaso por previsión, dejó la tuerta a mis hermanas y ella se fue en compañía de un soldado a una picantería, llevándome como testigo. Allí, en aquella atmósfera de soldados y cholos, de chicha y guitarra, de bailecitos y de promiscuidad, estuve comiendo picantes y tomando chicha desde el domingo por la tarde hasta el lunes en la mañana. Fue ésta la primera vez que mi nombre apareció en el periódico, con el siguiente aviso: "Niño perdido: Se paga buena gratificación a la persona que dé cuenta del niño Gustavo Adolfo Otero, de cuatro años de edad —tenía cinco— que desapareció el domingo. Lleva un traje de piqué blanco y usa bucles". Este aviso apareció en "El Comercio", en octubre 7 de 1901.

Luego, en 1902, fui enviado a la escuela de doña Cipriana de Bustamante. Esta escuela se hallaba situada en la calle Teatro No. 39, en lo que se llamaba la cuesta de las Concebidas y hoy es la iniciación de la calle Genaro Sanjinés. Era una especie de Kindergarten, donde con-

currían niños y niñas, que no nos diferenciábamos de sexo, porque tanto los hombres como las mujeres llevábamos pelos largos y polleras. Allí cantábamos, gritábamos, estábamos en la escuela, era lo principal. Ya estaba en la edad de molestar en casa, y mandar al niño a la escuela era una liberación. Lo único que recuerdo de aquella escuela, es un compañero llamado Pepe Artieda, con quien me saludo hasta hoy sin haber sido nunca amigos. Pero el nombre me impresionaba a tal punto, que cuando nació mi hermana Cristina, opiné que se llamara Pepe Artieda!

\*

Vivíamos en esa época, al final de la calle Recoleta, en el cruce de la actual calle Chuquisaca y la avenida Pando. Esta zona comunicaba por un puente de madera con lo que hoy es la avenida Montes, en una cuadra superior al puente de piedra. Challapampa, como se llamaba a la actual avenida Montes, era terreno de chacarillas, donde había la planta de luz eléctrica, un chorro de agua que alimentaba unos molinos de madera, y una pila de agua clara y pura llamada de Challapampa, a la que iban a proveerse los ponguitos de las casas acomodadas de la ciudad. Corría un camino al borde del río Choqueyapu que desembocaba en la actual plaza Pérez Velasco, al comenzar la calle Comercio y que se cerraba con una gran puerta de hierro, posiblemente porque se trataba de una propiedad particular. El camino que hacía la sirvienta, una cholita de quince años, llevándome a la escuela de doña Cipriana, era por Challapampa. En febrero de aquel año se produjo una gran avenida del Choqueyapu. La sirvienta había salido de la casa a las tres y media de la tarde con una pequeña lluvia, me recogió de la escuela y me trajo por Challapampa, cuando aún no se había desbordado el río, pero ya comen-

zaba a engrosar. El puente de madera había ya sido presa de la corriente, pero aún quedaban visibles muchas piedras sobre el lecho del río. La muchacha para apresurar el recorrido y librarme de la lluvia que amenazaba ser torrencial, me alzó y se metió al río tratando de pasar por las piedras. Ignoro la maniobra que se produjo, pero, lo cierto del caso es que la avalancha de las aguas venció a la Leandrita, y ambos caímos al río, rodando algunos metros. No recuerdo cómo nos salvamos, llegando a casa mojados hasta los dientes. Realmente la salvación fue milagrosa, y, si no hubiese ocurrido esta ayuda extraordinaria, es la hora que leían ustedes las memorias de un cadáver, desaparecido a temprana edad.

De esta misma época recuerdo un hecho que me impresionó vivamente, pero al que di importancia muchos años después. Visitaba la casa una tía mía, prima hermana de mi padre. Era morena, alta, hasta bella. Solía mirarla largamente. Hasta que ocurrió lo notable. Esta mi tía me llevaba al cuarto de trastos viejos y hasta hoy recuerdo el olor a ropa sucia que emanaba de una gran canasta donde se la acumulaba para lavar. Me acariciaba y me besaba y luego guiaba mi manecita al interior de su ropa buscando con ella, a través de su exornado velloso, las profundidades de su sexo. Aquello no tenía para mí ningún interés, ni siquiera sugestión... Sólo me perseguía ese olor a ropa sucia y el olor fuerte de la intimidad femenina. Estas experiencias me llevaron a espiar a mi madre, para comprobar si ella también tenía aquella frondosidad pilosa. Todavía no había cumplido los seis años.

★

Para cambiarme de escuela, fue necesario que adquiriera personalidad masculina y ocurrió el acontecimiento notable de ponerme pantalón y cortarme la melena femenina. El traje de marinero me sedujo, pero el corte de mi cabellera tuvo para mí la trascendencia de la extracción de una muela o alguna otra operación quirúrgica. Mi padre me sometió a la anestesia de los dulces, agarrándome la cabeza y el cuerpo para que no me moviera. Después de la rapada, porque el corte que se me hizo fue según el gusto de mi padre, mondo y lirondo, me vestía con el traje masculino cosido por mi madre, y se me hizo un retrato con toda la familia. Allí estamos en un grupo mis tres hermanos y yo. Luisa, menor que yo en un año, Carmela en tres años, y Cristina en cinco. Mi madre había aprendido a criar a sus hijos y no se le murieron los cuatro segundos. Mi sociedad familiar, fue pues femenina, tan femenina, que cuando regresaba de la escuela, doblaba mis pantalones cuidadosamente y me endosaba mis viejos trajes femeninos.

Mi nueva escuela el año 1903, fue la de doña Concha Bravo. Esta también era una escuela mixta o de coeducación que diríamos hoy. Allí aprendí a deletrear, a trazar palabras, a cantar canciones escolares, la proclama de Murillo, los nombres de los Incas y en el examen que rendí, en presencia del Rector de la Universidad, recité estos versos que me enseñó mi padre, extraídos de una revista llamada "El Abanico":

Cierto gato  
adolescente,  
hablaba a  
su profesor  
de la manera  
siguiente:

— Maestro:  
he dado en pensar  
que sería un gran  
placer tener  
alas y poder  
volar, etc.  
El maestro le  
contesta:

— Bah! afila  
las uñas  
hijo que  
valen más  
que las alas!

¡Vaya si eran edificantes los versitos, para recitarlos en un examen! Desgraciadamente no he tenido oportunidad de aplicar aquella lección en la vida.

Lo que es en aquella escuelita me daban gusto en todas las travesuras, y allí, a pesar de la señorita bedela a quien le llamaban levita verde, y de la energía de doña Concha, siempre estaba de pie, hincado o cuando la maestra estaba enferma, de pie al lado de su catre. Allí conocí, y lo recuerdo perfectamente, a un hermano de mi maestra, Carlos Bravo, un señor alto, gordote y bonachón, que me era simpático porque venía de vez en cuando para llevar a los chicos de la escuela a su casa, donde nos enseñaban los cuadros de los incas y el retrato de Pedro Domingo Murillo. Más tarde supe que este buen señor era uno de los estudiosos, hombre culto y dedicado a la enseñanza y enamorado de la historia de Bolivia y de las glorias paceñas.

Fue en este mismo año que por primera vez en mi vida entraba en contacto con los libros. Para arreglar el Nacimiento del Niño Dios, mi madre construía el altar utilizando como base los libros empastados de la biblio-

teca de mi padre. Yo me ocupaba de trasladar los libros del estante a la mesa y me quedaba sentado a medio camino, mirando las láminas de la "Historia de la Revolución Francesa" de Thiers, que se componía de unos doce tomos en cuarto mayor. En este arreglo de Belén, también descubrí una colección de la revista "La Saeta", donde había muchas señoras en cueros. Mi madre me sorprendió en la inspección y me propinó unos "cocachos", ocultando las revistas en el fondo del baúl.

Constituyó también un acontecimiento sensacional la velada que hubo en casa con motivo de que mis parientes y amigos vieran un automóvil de cuerda que había llegado como propaganda al almacén de la firma Aramayo Hermanos, que importaba artículos de Alemania. Pero esto no era todo sino la audición de un fonógrafo de emisor tubular y de receptores con auriculares, que yo llamé las trompitas con música. La sorpresa de todos fue grandiosa. Para nosotros los niños no fue tanta porque el milagro no tenía antecedentes y estábamos lo mismo que los salvajes, recibiendo una cosa maravillosa con la mayor naturalidad. El fonógrafo no estuvo mucho tiempo en casa, pero el automóvil sí, habiendo sido incorporado a mi propiedad.

Este mismo año fue memorable por el bautizo de mi hermana Cristina. Yo tenía una idea fantástica y dulce de los bautizos porque se tomaban helados, se comían pasteles y se chupaban dulces. Y este bautizo de mi hermana Cristina fue singular porque se celebró varios días distintos en un solo mes. Me explicaré. Unas veces venía el padrino y faltaba la madrina, pero los chicos y los invitados se comían los dulces. Esto se repitió por tres veces, hasta que para mala suerte nuestra coincidieron los padrinos, doña Amalia Molina y don Benigno Salinas.

Al año siguiente de este bautizo y sin que nos enteráramos de nada, se produjo otro bautizo el de mi nue-

vo hermano, Jorge. También hubo pastas y helados. Decididamente me estaba volviendo un gran partidario de tener nuevos hermanos y de los bautizos.

### *CONCIENCIA DE LA MUERTE Y OTRAS DESGRACIAS*

El año 1904, creo que fue un mal año para mis padres. Entiendo que mi padre estaba sin empleo y presencié la primera desgracia de la familia. Mi último hermano contrajo viruelas. Con este motivo nos dispersaron a los cuatro hermanos. Mis hermanas fueron depositadas donde mis tías, hermanas de mi padre, y yo fui depositado donde doña Amalia Molina.

En esta casa, durante el mes que estuve alojado, descubrí una ventana al mundo, un mundo de señoras elegantes y de señores importantes, a los que miraba, mezclándome entre ellos, pero sin darles mayor interés que a las figuras de cera de un museo. Se charlaba y se tocaba el piano en la sala, y se tomaba té en el comedor. Este momento del té era de gran interés para mí, pues lo aprovechaba para quedarme solo en la sala y disfrutaba mirando los álbumes de postales iluminadas. Allí iba a tocar el piano y a contar cuentos interminables un señor rubio, con un cuello largo de ganso, manos gordas y ciego de una fuerte miopía. Este hombre, que mantenía la risa en la reunión, se llamaba Andrés Barragán, músico ejecutante y autor de varios valeses y suites. Un señor gordo, con el peinado partido en bandos, con monóculo, de un vientre esférico que devoraba abundantes pastas, se paraba delante del piano y recitaba versos. Era Juan Francisco Bedregal. Otro señor de barbita, con un chaqué a cuadros, decía también cosas que provocaban risa. Este era José Salmón Ballivián que ya era farma-



céutico, dueño o jefe de la Farmacia Central, de quien decían sus colegas que sería un gran político y los políticos que era un gran farmacéutico. También concurría otro personaje, flaco, de barbita de chivo, ágil como un mono y que acompañado de una mímica nerviosa charlaban con animación, también provocando risa. Este era Norberto Galdo, que años después llegó a ser mi profesor de química y del que me ocuparé después. Un señor con aires de japonés, gordo, sin bigotes, con unos grandes anteojos, permanecía silencioso, escuchando la charla y la música. Este era Víctor Muñoz Reyes.

Todos estos señores que eran jóvenes, eran los candidatos a novios de la hija de doña Amalia Molina, Isabel Burmester, que era una moza fuerte, alta, gordota, elegante y simpática sin ser bella. Sostenía una escuela, a la que concurrí sólo aquellos días de las viruelas de mi hermano. Después del té, yo me quedaba dormido como un trompo y una negra sirvienta me despertaba, llevándome a acostar a la cama de Isabel. Allí me ponían una almohada a los pies de la dueña de la cama, y por la mañana al despertar yo le hacía cosquillas en los pies, con lo que me divertía mucho.

Una mañana vino mi padre y me llevó a casa. Mi hermano Jorge había muerto. Yo concurrí a su entierro y fui en el pescante del coche, pisando sobre el ataúd del varioloso. Mi madre lloraba de indignación ante la tontería de mi padre, que me había aislado de la casa durante un mes, y me exponía al contagio llevándome al cementerio. Por lo demás fui muy contento en el coche. Felizmente no me contagié la viruela.

Este año ocurrieron en casa también otras escenas impresionantes. Mi padre sólo tenía como recursos un empleo mitad de contador y mitad de comisionista en un taller de pintura, de decoración y de pintura mural llamado La Florentina y que era propiedad de Ezequiel Pe-

ñaranda Indaburu, colaborado por un pintor italiano, Allísimo, y otro natural del Beni que había estudiado en Chile, Rompilio Barbery. Las cosas no estaban bien. Las dificultades eran cada vez mayores. Hasta que un día ocurrió lo tremendo. Mi padre armado de "La Debacle" de Zola, deseaba exterminar a sus hijos asfixiándolos con el humo del carbón de un bracero. El pánico fue horrible, los gritos de mi madre, nuestros gritos, en fin, una locura de gritos. No cabe duda que mi padre había bebido en exceso y con el tónico alcohólico, quería poner solución a su problema económico, mediante una acción exterminadora. Yo, la única palabra que recuerdo de todo aquel vocerío es la palabra debacle, porque mi padre, con el libro de Zola que lo vi después, decía:

— ¡Esto será la debacle! ¡La debacle!

Después de esta escena, mi padre, a eso del atardecer me tomó de la mano y me llevó hasta la casa del pintor Barbery. Los dos amigos se entretuvieron bebiendo unas copas de alcohol más o menos refinado, mientras yo contemplaba los cuadros y los modelos de dibujo que tenía clavados en las paredes. Allí vi por primera vez la Venus, los Apolos, las Afroditas y la Victoria de Samotracia.

Mi padre pasaba por una época de gran inquietud y dispersión espiritual. Yo le veía leer mucho en la cama hasta muy tarde de la mañana. Después supe que leía mucho a Zola, todas sus obras, los Episodios Nacionales de Galdós, Víctor Hugo y Los Bohemios de Mürger. Lo peor es que leía estos libros y con ellos, como los bohemios, justificaba su conducta, su desorden, su afición creciente al ajenjo, su pobreza y su falta de trabajo permanente. Esta vida bohemia fue la perdición de mi padre y la ruina de toda la familia.

Recuerdo que un domingo por la mañana me sacó de paseo. Yo tenía una pequeña herida infectada en la pal-

ma de la mano que me dolía tremendamente. Se encontró con un señor alto, de melena, de ojos azules, muy hablador y se instalaron en un hotel que había en la esquina de la Plaza, llamado Guibert. Allí comenzaron a servirse copas de ajenjo con hielo y me dieron unas empanadas. Como me siguiera el dolor, me hicieron beber unos tragos del licor, que me distrajeron de la molestia. Llegamos a casa al anochecer. Había bebido mi padre con ese señor todo el día. (Aquel señor era el poeta Sixto López Ballesteros). A la llegada a casa, mi madre me operó el pequeño tumor sin mucha molestia, gracias a la anestesia alcohólica que había sufrido.

★

El año 1905, creo que se presentó mejor para mi padre. Nos trasladamos de casa y mi padre concurría puntualmente a su oficina, llamada Rodolfo Hirsch, que estaba en la calle Lanza. Nació un nuevo hermano, al que se le llamó Luis, sin que nos enteráramos. Nos dispersaron a los chicos donde los parientes.

Este año ocurrió un hecho sensacional en la familia. Mi padre hizo un viaje a Antofagasta por cuenta de la casa Hirsch. A su vuelta me trajo un bello terno de color avellana, un chino que sacaba la lengua al apretarle la barriga, telas para mi madre y trajes de piqué para mis tres hermanas.

A la vuelta del viaje se produjo en el mes de octubre de ese año una epidemia de sarampión. Enfermamos todos y a consecuencia de la infección murió mi hermano Luis. Esta vez ya tuve conciencia de la muerte. Me asusté tremendamente cuando fui a conducir el cargador que traía el ataúd blanco para mi hermano de una carpintería que estaba cerca de casa, y me asusté más aún cuando vi cerca una puerta de calle cubierta con cor-

tinias de terciopelo negro y un carro fúnebre en la puerta. Desde aquella vez, noviembre de 1904, es decir, cuando tenía ocho años, la muerte ha señalado todos mis pasos, siendo un resorte poderoso para haber determinado muchos actos de mi vida y aún al escribir estas memorias no hago sino rendir tributo a ese sentimiento trágico de la vida y a esa angustia de vivir para morir y de morir para vivir.

El año 1905, la situación económica de mi padre mejoró algo. El presidente Montes que tenía por costumbre hacer todos los nombramientos bajo su inmediata influencia, se acordó de mi padre como antiguo militante del partido Liberal y le ofreció el cargo de profesor de contabilidad del Colegio Nacional Ayacucho donde ejerció estas funciones ese año.

Para mí, ese año prosiguió en novedades. La vida comenzaba a abrirse como un abanico, ofreciéndome sus curiosidades, todo con una rapidez extraordinaria, aunque el tiempo parecía transcurrir de otra manera. En la niñez los años son una eternidad, los meses siglos, las semanas años...

#### *LAS EMOCIONES DE LA EDUCACION*

A principios de año fui expulsado de la escuela de doña Concha Bravo. A los ocho años se me despertó una atroz inquietud, si cogía una tijera, debía cortar todo lo que encontraba, si tomaba un lápiz, debía acabarlo pintando las puertas, las paredes y todo lo que encontraba. En la escuela no podía estar un momento en tranquilidad. Una mañana la maestra me sometió como de costumbre al castigo de ponerme de rodillas. El

piso de ladrillo, con el trajín de los niños, producía un polvo abundante. Yo recogía este polvo y lo echaba a mis compañeros, pero cuando pasaban a la pizarra las compañeras, les arrojaba estos polvos rojos debajo de sus polleras. El caso fue tremendo y la maestra sin más explicación me mandó al corredor mientras escribía una carta a mi padre. Cuando llegué a casa supe que no podía volver a la escuela, en la que mal que mal ya había aprendido a leer, y escribía higo por hijo.

Inmediatamente mi madre pensó que era necesario colocarme en un colegio de hombres solos. Aquí hubo un pequeño forcejeo de opiniones entre mis progenitores. Mi madre deseaba que fuese al colegio de los Jesuitas y mi padre a un colegio laico. Tenía una clerofobia acentuada, que respondía a su liberalismo. Así mi padre salió triunfante y fui "metido" a la escuela primaria de San Vicente de Paúl que, pese a su nombre, estaba regentada por una familia de profesores y dirigida por don Pastor Vásquez. Esta escuela tenía unas características especiales. Estaba instalada en la calle Socabaya, en el edificio que integra la actual Catedral. Se componía de tres habitaciones, una para los mayores, otra para los menores y un cuarto para los servicios higiénicos y la disciplina. Las clases éstas eran grandes, de paredes altas, pintadas de cal, de piso de ladrillo, y por todo mobiliario tenían unos escaños. Allí perfeccioné en la lectura, me enseñaron algunas palabras en francés, las cuatro operaciones y me sometieron a una disciplina temeraria. Los maestros para la corrección de las faltas leves usaban la palmeta y para las graves el látigo, que unas veces sólo quitaba el polvo de la ropa y otras a calzón quitado. Todas las mañanas se producía la ceremonia de la azotera. Un alumno hacía de cargador, y en este papel lo veo hasta ahora al Coronel Santalla, otro cogía los pies a la víctima, mientras el maestro contaba los azotes. Luego se procedía a los palmetazos por faltas

en las lecciones. Pero había un método que lo encontraba divertido y que hoy me parece cruel. El maestro ponía dos alumnos frente a frente. El uno debía dar la lección y el otro corregir. El corrector por cada falta daba un palmetazo. Después se invertían los papeles y se cobraban no sólo las faltas sino que se empleaba cierta emoción de venganza. Un día uno de los maestros se excedió en la fuerza y al darme un palmetazo me hirió en la muñeca, produciéndome una apreciable hinchazón. La cosa fue juzgada en consejo de mis progenitores y se resolvió que mi padre me llevaría al Colegio Nacional donde estaba de profesor. El asunto me interesó extraordinariamente y una mañana mi padre me cogió de la mano y me llevó al caserón de la calle Yanacocha, al lado de la catedral, del cual sólo debía salir en diciembre de 1913 para dar mi examen de Bachiller en enero de 1914. Allí me instalaron en la preparatoria Media, siendo mi profesor don Ricardo Tablares. Aquello era otra cosa. Por todas partes veía caras simpáticas y amables, allí era el hijo del profesor de secundaria. Mi nuevo maestro me dio una lista de los libros que debía comprar, Historia Sagrada, Aritmética, Geometría, Urbanidad, Gramática, Geografía, todos, como decía entonces, por Saturnino Calleja, Madrid.

La emoción que tuve al llevar a casa el paquete de libros fue inefable. Los acariciaba, los miraba a todos y habría querido hojearlos a todos juntos. Los enseñaba a mis hermanas, los mostraba a mi madre y finalmente me acosté con ellos.

Pero este mi entusiasmo por los libros, fue turbado por un gran suceso. Mi madre se enfermó a la media noche, hubo un gran movimiento de sirvientes, apareció algún pariente y mi madre no cesaba de gritar en forma horrible.

Yo y mis hermanos fuimos encerrados en nuestro dormitorio, hasta que al amanecer mi padre entró al cuar-

to, pidiéndonos que estuviéramos tranquilos, pero al mismo tiempo depositó sobre una mesa, envueltos en una toalla, dos mazos sangrientos de carne.

“Miren —nos dijo mi padre—, pero no los toquen, son dos hermanitos que han llegado de París y que se han muerto”.

Mi madre había tenido gemelos que nacieron prematuramente, casi en plan de aborto. Estábamos asombrados con el suceso y mi hermana Carmela estaba empeñada en quedarse con uno de ellos como “pastita”. A pesar de nuestros ruegos para que los dejaran, se llevaron los gemelos en una pequeña caja de cartón.

Yo explicaba a los parientes con la mayor ingenuidad del mundo:

— Mi mamá comió dos plátanos en la comida (cosa cierta) y por la noche se enfermó, llegándole los gemelos de París.

Naturalmente la malicia era puesta por el auditorio, que aprovechaba para reír de lo que llamaban mi ocurrencia.

A los pocos meses de estar en mi nuevo colegio se ofreció el primer conato político de mi vida. Ignoro, o mejor dicho no recuerdo de quién de mis compañeros de clase fue la iniciativa de fundar un centro de estudios. Organizamos la sociedad que tenía fines culturales, bajo la presidencia de Daniel Ortiz, que luego sería un político impenitente y varias veces diputado. Los demás socios eran un Alfredo Janachal, actualmente director de una escuela, Hugo D. Aranda, notario y humorista y otros que no recuerdo. Una de las sesiones se llevó a cabo en casa, pero el alboroto que hicieron los muchachos molestó a mi madre convaleciente, de tal modo que fuimos a sesionar a la casa de Janachal, situada en la

Plaza de San Sebastián. La sala de sesiones era la despensa y allí deliberábamos muy seriamente sentados sobre las chalonas y las cargas de papa, no sin dejar de romper algunos huevos y destrozor una corona fúnebre de flores artificiales. También de allí nos arrojaron, pero antes Daniel Ortiz había dado una conferencia sobre la creación del mundo y yo otra sobre el concepto de isla que repetí aprendiéndome de memoria de la Geografía de Calleja. ¡La verdad es que los niños tenían una gran imaginación!

### *PRIMERAS LECTURAS*

En estas y las otras, un día acuciado por el interés de leer, cogí uno de los libros de Zola que leía mi padre, "Fecundidad", y creo que leí sin entender nada algunos capítulos, y luego leía el periódico llamado "El Comercio" de Bahía y unos cuentos también de Calleja, de los cuales me impresionaban grandemente el Ladrón de Bagdad y Chacolí y Chacolá.

Antes de concluir ese año, nos trasladamos y nos instalamos en una casa de la calle Evaristo Valle. En el primer patio vivía el Ministro de Hacienda don Daniel del Castillo y su familia, en una azotea interior, nosotros y en el tercer patio donde había instalada una panadería francesa.

Esta casa tuvo para mí extrañas experiencias.

Descubrí un enorme cajón de libros y me pasaba horas largas sacándolos y volviéndolos a colocar. Allí había muchas cosas interesantes. Andando el tiempo mi padre las hizo desaparecer. Entre todos los libros, fueron dos los que me impresionaron más, "El Secretario de los



Amantes" y un tratado de Fisiología. Leía las cartas del secretario con verdadero fervor y no me cansaba de mirar las láminas del libro de fisiología. Los órganos internos y externos coloreados, eran una cosa de magia. Pasaban unos días y volvía al cajón de libros. Mi madre me dejaba hacer, posiblemente porque con este sistema me tenía tranquilo.

Pero las cosas se embarullaban en su fluir vital. Por las noches nos juntábamos a jugar nosotros, es decir mis hermanos y las dos chicas Castillo, juegos de niños de tipo vernáculo dirigidos por las sirvientas cholitas y entre estos juegos había uno que me interesaba particularmente. La "cebollita", que consistía en sentarse los unos agarrados de la cintura de los otros, y en la fuerza que hacía uno para sacar al otro del grupo. Este juego tan agradable me dio una noche una sorpresa horrible y corrí a lo de mi madre para que me asistiera. De pronto sentí la presencia de un órgano que se me había endurecido extraordinariamente a la influencia de la presión de mis compañeras de juego. Mi madre me dijo que no me preocupara y que le echara un poco de agua. Desde aquel día no se volvió a jugar a la "cebollita". Había cumplido los 9 años.

Este año di exámenes, que según los partes no fueron muy brillantes. Alcancé elevadas anotaciones de segunda clase. Con motivo de los exámenes sentí que en casa había una grave situación económica. Mi madre no tenía diez centavos para comprar hilo, destinado a terminar el traje que me cosía, para que me presentara elegante. No me acuerdo cómo se solucionó la situación, pero aquella noche los chicos y mi madre nos acostamos sin cenar. Ya tarde, a eso de las doce de la noche, fuimos despertados por mi padre con pasteles y con carnes frías. Mi padre nos despertó con el grito que daba por las calles el pastelero:

Pastelitos de París  
Pastelitos de París  
que quitan la lombriz.

Mi madre estuvo una larga temporada en cama, quedando la casa en manos de mis hermanas que comenzaban a crecer muy hacendosas.

*PRIMER CONTACTO  
CON EL AMOR*

Por estos días ocurría la quiebra de la casa Hirsch, y se perseguía a un chileno apellidado Mercado que había servido para vender dos veces una cantidad de café mediante el sistema de una doble entrega de llaves. Hirsch había estafado a todo el mundo. Mi padre trató de salvar a ese chileno y lo trajo oculto a casa en compañía de su hijo, un chico mayor que yo en unos cuatro años. Mercado estuvo encerrado en casa algunos días, mientras cambiara de domicilio. Los chicos resultamos grandes amigos y el chileno me contó que estaba "enamorado" de la hija del Ministro de Hacienda, Elenita Castillo, que era la misma chica con la que yo jugaba "cebollita". El asunto me afectó mucho. Me sentí molestado y para tranquilizarme copié una de las cartas del Secretario de los Amantes y se la mandé a Elena con una de mis hermanas. La cosa no terminó ahí, sino que el chileno me invitó a que nos diéramos una paliza, lo cual hicimos, después de un viaje a pie hasta San Jorge a consecuencia del cual llegamos muy tarde a casa, a eso de las diez de la noche y donde se me esperaba con gran impaciencia. A la mañana siguiente fui sometido a un castigo extraño por mi padre. Me ató las manos con un pañuelo, me las colocó encima de las rodillas y me pasó aseguran-

do esta postura con un bastón. Esto es lo que se llama cepo de campaña. Estuve en este castigo desde las ocho de la mañana hasta las doce, hora de almorzar. Era la segunda vez que me castigaba mi padre. Dos meses antes, por una mala respuesta, me dio un tirón de orejas tan fuerte que me desplazó de la silla al suelo el rato de almorzar. Esta mala respuesta se originó a consecuencia del tratamiento médico al que había sometido a un "llocalla" sirviente nuestro, que se hizo una herida en la canilla y yo la curaba con vinagre, mostaza y aceite, produciéndole una gran inflamación.

A poco, por la misma Elena Castillo, tuve otra discusión, con otro muchacho llamado Macario Doering, que era sobrino del dueño de casa, don Hiram Loaiza. Macario era hijo único, y su madre le daba dinero y lo vestía como a una muñeca. Un día se me presentó en el patio y me dijo que tenía que hablarme. Charlamos y me ofreció una combinación para que arregláramos el asunto de nuestra "chica". Me propuso darme quinientas estampillas de todos los países si no la miraba más, a lo cual le propuse que la someteríamos a la suerte. Aquí inicié mi carrera de "jettatore" para todo lo que no dependiera de la intervención de mi voluntad. Sorteamos a la Elena y Macario se quedó con ella, sin que me hubiese acordado más del asunto hasta el momento de trazar estas memorias.

Se fue el chileno, dejándome como recuerdo una bastante amplia documentación humana sobre las funciones sexuales y el empleo de los órganos masculino y femenino. El misterio no se me había aclarado en nada, ni tampoco le di valor para pensar en él. Recuerdo que sirviéndome de las instrucciones del chileno traté de hacer alguna experiencia en una sirvienta, y les enseñaba el miembro a mis hermanas en forma orgullosa cuando nos desnudábamos para acostarnos. Todo lo hacía, puede de-

cirse, mecánicamente, como en juego, sin poner intención pecadora ni propiamente sexual.

Al fin de este año, una noche mi madre se puso mal y daba iguales gritos que el año anterior. Mi padre me hizo vestir y salí de casa a eso de las tres de la mañana. La plaza de San Sebastián me llenó de terror con su silencio y llegué hasta la casa de la partera, una señora Barragán. La hice vestir y regresé con ella. A la hora nacía otro hermano, que también llamaron Jorge. Allí mis hermanas y yo comprobamos que los niños no llegaban de París, sino que salían del vientre de mi madre.

#### *MÁS CAMBIOS FAMILIARES*

A los pocos días nos trasladábamos de casa, a la calle Colón esquina Mercado. En aquella casa hice nuevos amigos, los hijos del dentista Zalles. Proseguían las vacaciones. Mi madre comenzó a sufrir unos ataques nerviosos bastante graves. Pero lo que nos llamaba la atención era que una vez que se le pasaban continuaba con sus faenas de costura. En esta casa vivimos poco tiempo. Allí recuerdo que se me presentó la afición de jugar con las muñecas de mis hermanas, a las que vestía, cosiéndoles sus trajes. Pero luego, las hacía hablar a las muñecas, haciendo una especie de guiñol de mi propia invención. Las escenas favoritas eran el casamiento de las muñecas con un cura, y la corrida de toros que había visto en aquella temporada. Para que las escenas salieran mejor las escribía repitiéndolas el momento de la representación.

Debo declarar que en este momento tengo una confusión en mis recuerdos debido al deseo de seguir un

orden cronológico, siempre difícil, tratándose de una serie de sucesos intrascendentes.

A fines de ese año viajaba mi padre a Corocoro, contratado para arreglar unos libros de contabilidad atrasados de la compañía explotadora de cobre Berthin Fres. Se fue mi padre dejando a mi madre y sus cinco hijos instalados en una nueva casa, situada en la calle Yungas, donde residimos los años 1906 y 1907. Estos años fueron regulares y mi madre se dedicó en forma concentrada a la educación de sus hijos, libre —no cabe otra palabra—, libre de la inquietud permanente a la que la sometía mi padre con su vida, verdaderamente desordenada, de hotel y de amigos.

El año 1906 seguí concurriendo al Colegio Nacional Ayacucho, a un curso superior, regentado por un antiguo profesor, don Quintín Velasco, hijo de un famoso educacionista del siglo XIX, conocido con el nombre de Zori Velasco, el maestro cruel, tiránico, de la letra que entra con sangre. Me disgustaba profundamente concurrir a estas clases y vino en mi socorro una enfermedad que se me presentó. Me orinaba en la cama todas las noches. El médico, que era don Gabino Villanueva, pintoresco, atropellado y personaje **declasé**, me recetó buenos alimentos, paseos matinales, baños de agua fría y unas píldoras de belladona. La verdad es que este mal me persiguió hasta que tuve relaciones sexuales. Me sentó de perlas para salvarme de concurrir a las estúpidas y tiránicas clases del viejo Zori Velasco.

Este año ocurrieron en casa sucesos desagradables. Se enfermó mi hermano Jorge gravemente con un ataque de meningitis, pero la cosa tuvo un aire de tragedia para mí porque tanto mi madre como mis hermanas me acusaban como el causante de la muerte de mi hermano. El médico Villanueva expidió la receta y me enviaron a la botica para hacerla despachar. En el camino hallé

una novela deshojada, "El Ultimo Condenado a Muerte" de Victor Hugo. Llegué a la botica y esperé tanto el remedio que acabé la novela. Habían pasado tres horas y de remate, al volver, me caí en la calle, rompí la botella, me hice una serie de cortes en las manos y llegué cuando mi hermano ya había expirado. Durante mucho tiempo cargué sobre mi conciencia la responsabilidad de la muerte de mi hermano, hasta que mi madre me consoló, explicándome que a pesar de tomar el remedio, mi hermano no habría salvado, sino tal vez retardado su muerte.

Después de la muerte de mi hermano, hacía largos paseos domingueros con mi madre y mis hermanas, yendo a tomar fruta al aire libre. Todo era orden y tranquilidad. Mi padre enviaba remesas puntuales de dinero, que permitían llevar una vida plácida. Este tiempo me atiborré de cuentos, que me prestaba una joven vecina que demostraba cariño por mí.

Y desempeñé una extraña función diplomática. Mi prima María Luisa Gosálvez, hija de mi tía María Otero, mantenía relaciones amorosas con esperanzas matrimoniales con un joven Viaña. Yo fui comisionado para devolver las cartas y los regalos de Viaña a mi prima. Para mí el suceso fue de un general que gana una batalla. Por las noches mi madre adiestraba a mi tía María para que desempeñara su puesto de Revisora en Telégrafos, que tuvo que ejercer para salvarse de la miseria a la muerte de mi tío Gosálvez en la aduana de Abuná.

Abría pues los ojos a un panorama de pobreza. Por mi casa y por las de mis parientes, veía estrechez económica, tristeza de vivir y trabajos, y esa emoción de abandono que hay en la casa de los pobres. No obstante mi madre hacía lo posible para vestirnos elegantemente a nosotros. Yo era el más lujoso de mis compañeros de colegio porque los otros, hijos de obreros o de gente de

provincia, iban vestidos de andrajos y muy sucios. Mi padre se obstinaba en que como hijo de pobre, debía estudiar en un colegio democrático como el Nacional Ayacucho, también en medio de pobres y no en los Jesuitas, adonde iban los hijos de la gente pudiente y acomodada.

### *SE DESPIERTA UNA VOCACION*

El año 1907 fue para mí de un cambio brusco en mi actividad mental. En el Colegio Nacional Ayacucho se instalaron en los cursos de primaria los maestros contratados por el gobierno del presidente Montes. Eran cuatro profesores chilenos. Yo fui a integrar un curso superior de selección. Los sistemas pedagógicos aplicados por mi maestro don Luis Echeverría me sirvieron para ensanchar en forma rápida mis ojos sobre el mundo circundante. Había cumplido los once años. Este maestro reformó nuestra letra. Nos inició en el razonamiento, conocimiento de geografía general, historia natural y lecciones de cosas. Resulté un calculista rápido y por el método de la reducción a la unidad resolvía problemas de regla de interés y me aficioné a la construcción de aparatos de física. Parecía que había encontrado mi camino de Damasco, abandoné los cuentos y me dediqué a trabajar maderas, cortar latas y buscar alambres.

En este año inicié relaciones íntimas con mi tío Berna. El vivía solo en un cuarto de la calle Catacora y yo le hacía mis visitas a las seis de la mañana. Aquellas visitas eran un verdadero festín para mí. Disfrutaba de abundantes "llauchas" y luego me obsequiaba estampillas, figuras de cigarrillos, lacre, pitos, maderas, cajas vacías, revistas extranjeras y encima dos reales. Todo este arsenal de cachivaches me servía para la construcción de

mis aparatos y las revistas me hacían ver cosas del exterior. Mi tío era empleado de correo y llevaba a su casa todo lo que no tenía dueño y lo que juzgaba de interés para mí, sin fijarse en los damnificados con las muestras, que era la clientela del servicio postal. Mi tío prestaba pues en forma indirecta un servicio a mi educación y a la cultura del país.

Este año 1907, en el mes de mayo, hice mi primer viaje. Los preparativos fueron grandes. Mi madre comenzó por la compra de un abrigo, la adquisición de una maleta y guantes, además de un portamonedas. Debía viajar por diez días a Corocoro a visitar a mi padre. Después lo supe, llevaba una misión secreta, tan secreta cuyo mismo secreto ignoraba yo. Iba como testigo ocular para ver cómo vivía mi padre, y si era cierto que mantenía relaciones con la viuda del contador Lima que le había perseguido en la firma Berthin Freres. Aunque la misión era de una absurda puerilidad, me valió un viaje. Así vi por primera vez un tranvía eléctrico, una locomotora y una carretera. Viajé en tren de La Paz a Viacha, y de allí me trasladé en una diligencia tirada por mulas a Corocoro. Hice el viaje en un día.

Estaba en mi papel y tan convencido en mi hazaña y al mismo tiempo pagado de mi situación que procedí en la forma que paso a relatar. Iba recomendado al gerente de la compañía Corocoro, un señor rico y de muchas campanillas. Yo llevaba para mis auxilios de viaje en mi portamonedas diez bolivianos. Llegamos a almorzar a un tambo —Coniri— y allí, en una mesa, nos acomodamos el gerente y el niño recomendado. Vino el momento de pagar, yo extraje mi portamonedas, y con un gran gesto, pagué los dos almuerzos. El señor Martínez, al relatar el hecho a mi padre, le decía: "Yo dejé pagar a su chico para que se diera la importancia de pagar al gerente de la compañía Corocoro, cosa que no hace nadie!"



En Corocoro visité las minas, comí conservas, salté sobre las fogatas, dormí con mi padre, no vi nada malo, escribí a máquina y me hice regalar una resma de papel, que al llegar a La Paz, la reduje a cuadernos, comenzando a escribir mi autobiografía y, naturalmente, mi viaje a Corocoro. A base de estos recuerdos, publiqué el año 1928 una novela titulada "Cuestión de Ambiente". Estos recuerdos fueron integrados con obras posteriores, pero fue ese el cañamazo principal. El cuento se refiere a las descripciones, los tipos y las costumbres.

Ese año di buenos exámenes. Al finalizar este año de 1907, mi madre, con gran contento nuestro, empaquetó todos los bártulos de la casa y en noviembre viajábamos a Corocoro, para instalarse la familia hasta principios de 1913. Este traslado, que tuvo altas finalidades económicas, no fue origen sino de una cantidad de desastres, y en suma de la desaparición de mi padre en el juego de la vida ciudadana, muriendo moralmente, absorbido por la vida alcohólica y ociosa de la provincia. Mi padre, al instalarse en Corocoro, se proponía ahorrar de su magnífico sueldo, que era de Bs. 1.000 y regresar a La Paz a instalarse en un negocio por su cuenta, cuando sus hijos estuvieran crecidos y mientras tanto atender la educación de ellos, como en efecto lo hizo con celo, entusiasmo y cariño. Mis hermanas Luisa y Carmen fueron internadas en los Sagrados Corazones y yo comencé una vida nómada por pensiones de parientes y de personas extrañas que me dieron nuevas sorpresas en la vida, enseñándome aspectos de ella que posiblemente estando en un internado o al lado de mis padres no hubiera conocido. En estas peregrinaciones que duraron de fines de 1907 hasta principios de 1913, recogí un cúmulo de errores que no había sembrado y que fueron obra exclusiva de la falta de una mano vigilante. Salvé mi alma pero sacrificé mi cuerpo. Es evidente que la idea de la muerte me estimulaba a vivir precipitadamente y salir

en la forma más rápida de todas las curiosidades y de todas las interrogaciones. Había en mí un extraño mecanismo cargado de esencias explosivas que me hacían marchar por la vida con la velocidad del cohete. Me creía un predestinado para desaparecer pronto y era tal mi terror a la muerte pronta, que temía él no envejecer un traje que estrenaba, tenía taquicardia en el cerebro y fiebre de impaciencia en el corazón.

### *SIN LA FAMILIA*

Y esta emoción afiebrada se me agravó a los once años, favorecida por la ausencia de mi madre, que sabía conducirme sin violencia y con provecho. Al marchar a Corocoro me dejaron donde mi tía María. Allá estuve dos meses hasta dar mis exámenes. No ocurrió en esta etapa nada digno de anotar. Estudié mis cuadernos y di un examen ejemplar.

Antes de este viaje mi tío Berna me obsequió uno de los libros que habría de inquietar más mi espíritu sembrando en mí la emoción anhelosa de los viajes. El libro se llamaba "Viaje plebeyo alrededor del mundo", por Tancredo Pinochet. Era un libro mal impreso, escrito con rapidez y en forma entusiasta. Momento por momento me sentía el protagonista de aquel viaje realizado como polizón, pelando patatas en la cocina del barco, sirviendo de mozo en los grandes hoteles, vendiendo periódicos en las grandes ciudades, pasando hambres, siempre sin un centavo y siempre dando la vuelta al mundo. Esto era más emocionante que los cuentos de las Mil y Una Noches. Así nació mi deseo de viajar y conocer el mundo. Y por lo pronto preparaba mis maletas con di-

rección a Corocoro como una primera etapa con rumbo por lo menos a Pekin o Manila. Este mi amor a los viajes me hizo el estudiante más aplicado de geografía en mis cursos de secundaria. Mi profesor don Ramón Retamoso, jamás me vio tomar un apunte en su clase, pero siempre me recibió los mejores exámenes. Es que ponía tal atención a sus clases que de tomar notas me hubiera distraído. Para repasar, con destino al examen, me prestaba el cuaderno de mi amigo Carlos Prudencio, muchacho cumplido, inteligente, que murió de profesor de matemáticas con la ignominia inventada por los politiqueros, del maestro muerto de hambre, el año 1927, sirviendo su muerte de tuberculosis para preparar una huelga revolucionaria al gobierno del presidente Siles.

Este año de 1907, debo clausurarlo, anotando el entusiasmo y el deleite que me causaba la lectura de un periódico político titulado "El Maestro Ciruela", ilustrado con caricaturas. Allí me di cuenta de todos los hombres de la política montista. Proseguí leyendo este semanario hasta su muerte, que fue al año 1910.

★

El año 1908.

Pasé los primeros meses de ese año entretenido en una empresa de gran envergadura. Me dediqué a fabricar, de maderas y sin más instrumentos que un bistorri motoso y papel de lija, una máquina de escribir de madera, que naturalmente lo único que escribía era mi nombre. Tardé en la obra unos cinco meses, pues para abril, que fui al colegio —tres meses después que habían comenzado los cursos oficiales—, terminé mi artefacto. Mi padre, al presentarme a sus amigos, hacía que enseñara la máquina, que era una obra de larga paciencia.

Al fin viajó mi madre a La Paz, llevándome en compañía de mis hermanas. Ellas fueron depositadas en el Colegio de los Sagrados Corazones y yo en la casa de una tía lejana de mi madre, llamada Concha Ascarrunz v. de Núñez del Prado. Esta vieja, a quien mi madre conocía por sus perversidades, me aceptó como pensionista, porque mis católicas tías no quisieron responsabilizarse de mi vigilancia, ya que no de mi educación. Así fui a dar a manos muy lejanas, por tantos escrúpulos de las arpías beatíficas de las hermanas de mi padre. Allí estuve pocos meses, desde mayo al 15 de julio, me acuerdo exactamente. La hija de la vieja Concha estaba casada con un teniente coronel, Miguel Villa de Lora, edecán del presidente Montes, hombre simpático, elegante y amable que se interesaba por mi educación. Antes de ir al colegio, a las siete, me revistaba militarmente y me examinaba cuidadosamente el cuello limpio, las orejas, la boca, las manos y el lustrado de los zapatos. Comíamos en una gran mesa, con una colección de copas y platos y cubiertos de plata; pero lo que yo comía era muy poco y después del almuerzo y la comida tenía que ir a visitar a mi tío Berna que vivía a las dos cuadras en la calle Catacora, para que me invitara una taza de café con cuatro panes. Al teniente coronel Villa de Lora le gustaba charlar conmigo e interesarse por mis estudios. Me contaba sus aventuras en la guerra del Acre y en la Revolución Federal de 1898, y luego me mandaba mensajes donde su tío, un general Carrillo, que era un viejecito enfermo que me recibía con efusión, charlando largamente y refiriéndome anécdotas de la guerra del Pacífico y la revolución del 15 de enero de 1870 contra Melgarejo.

Frente a la casa de la Concha vivía una señora gorda, de edad, de muchos trajes, que se asomaba a la ventana con sombrero de castor y manta. La llamaban doña Juana y tenía una hija jamona, graciosa y no mal parecida. Se llamaba Rosaura. Estas dos señoras ofrecían unas

grandes fiestas con baile y mucha música. Alguna tarde de esas que salía después de mal comer a las seis de la tarde, se me ocurrió meterme en la casa aquella a ver lo que pasaba. Allí había muchos señores de jaquet, muchas jóvenes bien vestidas y muchas bebidas. Me pasaba horas mirando bailar. Aquella era la Juana Sánchez, la querida de Melgarejo y la otra, su hija Rosaura. Los señores de jaquet eran gentes de la política, diputados, senadores y ministros, que después he conocido hasta 1917. Las jóvenes eran carnada perfumada que traía la Mesalina para los buitres, a fin de obtener de ellos los beneficios que deseaba.

Una mañana regresé a casa satisfecho de mis notas. Había dado exámenes semestrales estudiando en un mes todo lo que habían adelantado en cuatro. Metíme en la cabeza, aprovechando de mi memoria elástica y rápida, toda la historia de Grecia y Egipto, las clasificaciones mineralógicas y las descripciones de los minerales y algo de botánica, historia de Bolivia, geografía, francés, física, química, encariñándome con la nomenclatura y las fórmulas de los cuerpos que llegué a dominar. Pero aquel día me encontré con que la carcelera había hecho un paquete de mi cama y mi petaca, poniendo los trastos al medio del cuarto. Fui a buscarla y la encontré en afañes de atender a su hija Aurora que después dio a luz. Me dijo que debía marcharme inmediatamente, que era un malagradecido y que saliera de su casa. Extraña y peregrina la conducta de esta señora que me ponía de patitas en la calle sin avisar a mi madre. No tuve más remedio que ir a buscar asilo donde mi tía María, quien en la emergencia no tuvo más remedio que aceptarme. Allí permanecí hasta fin de curso, marchándome a Cochocoro en el mes de octubre. Pero desde el 15 de julio a octubre pasaron algunas cosas interesantes.

Allí en la misma casa vivían dos familias, la de don Aníbal Capriles, ministro de gobierno de don Ismael Mon-

tes y la familia de Abraham Barrón que tenía cuatro hijas. La casa estaba hecha a la medida. Comencé a enviarle cartas a una de las Barrón, a Carmela. Nos dábamos unos largos besos e iba a su dormitorio mientras ella estaba en cama, dándonos siempre besos, sin mayores manifestaciones. Pero esto alarmó a mi tía María y fui sometido a un juicio sumario entre ella y mi tío Berna, y notificado para no visitar ni ver a las Barrón. No acertaba una e iba de error en error. Rendí mis exámenes, buenos, aunque no con grandes notas, exceptuando química y geografía que fueron con calificaciones distinguidas. Las informaciones a mi padre no debieron ser muy edificantes. Pasé buenas vacaciones y aprendí a montar a caballo, hice un viaje de veraneo en compañía del médico don Luis Martínez Lara al pueblo de Calacoto, bañándome en las maravillosas y cristalinas aguas del río Mauri. Me dediqué a la fotografía con una máquina que me obsequió un comerciante amigo de mi padre. Recorría las minas a pie y a caballo, mirando las máquinas, ingresando a los pozos, "suchundo" los piques. Era una vida llena de actividad y por las noches leía las revistas que recibía mi padre, enviadas por mi tío Berna, "Hojas Selectas" de Madrid, "Zig-Zag" de Santiago, "Caras y Caretas" y "Pebete" de Buenos Aires. Me pasaba tumbado horas en el examen de las revistas. Por la mañana leía en la cama novelas de Alarcón o cuentos, imitando la costumbre que tenía mi padre y que no he podido abandonar. Todos mis estudios, los libros que he escrito y hasta las presentes memorias, siempre los he hecho en la cama, mi buena, mi fiel, mi tranquila y amable compañera.

Se me despertó el sentido del dinero. Mi padre gastaba con largueza, mi madre también y yo veía billetes por todas partes, cosa contraria a la que ocurría tres años antes. Los negocios de mi padre iban bien. Se había metido a vender rosikleres de cobre y aquello rentaba. Mi padre pagaba cuentas de miles de bolivia-

nos a las cantinas, por whisky y vinos. Entonces se me ocurrió acumular dinero para disfrutarlo en la ciudad y cada día ocultaba lo que hallaba a mano, depositando "mis ahorros" en manos de un turco amigo de mi padre que le transmitía mi conducta tan "honorable y económica". Mi padre dejaba hacer y nunca me dijo nada. Reuní por este método no muy bueno, pero recomendado por los políticos, unos 120 bolivianos, que los empleé en La Paz para comprarme guantes, corbatas y zapatos de gamuza. Me gustaba ser elegante.

El año 1909.

Vivía en Corocoro un maestro, don Luis Velasco, hermano de Quintín, su esposa y tres hijos: César, Luisa y María, que debían venir al colegio, y al efecto su padre había discurrido mandarlos a órdenes de su madre. Mi padre arregló que la señora Velasco me contara entre sus hijos, atendiéndome en la casa y la mesa, con la circunstancia que su hijo estaba en la misma clase del Ayacucho. Ambos ingresábamos al segundo año de secundaria.

Aquella buena señora era una mala administradora. La vida que hacíamos era de campamento, instalados en un enorme departamento de la calle Tumusla con pocos muebles, mucho aire y mucho sol. Se comía mal y se vivía peor. La pasé en aquella casa con el pensamiento puesto en comer, aunque atendiendo a las excentricidades de mi indumentaria que era cuidada y hasta impecable.

## AVENTURAS ADOLESCENTES

Este año fue fecundo en sucesos.

Escribí una carta de amor a María Castillo, hermana menor de Elena, que ahora estudiaba en el colegio Normal. Luisa Velasco llevó la carta y trajo la contestación. Fueron unos amores fugaces, de los que a ambos nos queda el recuerdo, conservado hasta ahora a través de las canas, mediante respetuosos y nunca interrumpidos saludos. Con mi buen amigo Alberto de Villegas, formamos una comparsa de carnaval para que yo pudiera acercarme a María.

Pero ocurrieron hacia el mes de marzo sucesos desagradables. Un sujeto llamado Contreras había escrito una carta de amor a Luisa y a consecuencia de esto el primo de ella, bordó una historia calumniosa. He visto años después al pobre Raúl que con mi influencia de Ministro le hice ingresar a un asilo de ciegos, con la vista perdida a consecuencia de una infección venérea. Con este motivo el hijo del famoso historiador y clérigo Nicanor Aranzáes que vivía en la misma calle, llamado Abel, alias El fiero, avivó el fuego mediante algunos chismes. Total, ardió Troya, produciéndose careos, pruebas y contrapruebas. Mientras tanto, yo observé que el cura cubierto por su bonete se paseaba a lo largo de una habitación dictando a uno de sus hijos que escribía en largas tiras de papel. La habitación del cura era larga y toda cubierta de anaqueles llenos de expedientes y libros. El tata, como le llamaban sus hijos, era cura de San Sebastián, de cara inteligente, con una gran montura en la nariz, sobre la que cabalgaban sus lentes. Tenía un aire socarrón e hipócrita. No conversé nunca con él, pero lo admiraba en secreto porque el "tata" era un escritor, que según me dijo su vástago escribía el dicciona-



rio Biográfico de La Paz. Abel también escribía su diario íntimo. Este contagio me entusiasmó y con el argumento de los chismes, los falsos amores de Luisa y la vigilancia de su madre, escribí la comedia titulada "Las fiestas Majas", en un acto y en prosa. Este argumento me sirvió para complementar mi novela de malas costumbres titulada "Cuestión de ambiente". Escribí esta comedia en aquellas hermosas tiras de papel en que también escribía el "tata" Aranzáes. Este fue mi primer brote literario, aunque todavía no sentí la irresistible vocación de escritor que se me despertó años más tarde. Mis aficiones se desplazaban hacia la física, la química y la geografía.

Un gesto del profesor de historia de Bolivia don Genaro Gamarra, sirvió para darme entusiasmo en la preparación de mis composiciones y en suma, para aplicarme a la materia. Siguiendo el sistema de colocación de asientos por la capacidad o aprovechamiento, en la clase de historia me encontraba situado en los últimos puestos, hasta que un día me hizo leer mi cuaderno de notas que contenía la biografía del Presidente Linares, haciéndome subir de golpe al segundo puesto, que conservé en todos los cursos hasta salir bachillerado. Alguna vez me equivocaba en algún detalle y cuando mis compañeros trataban de corregirme, él manifestaba:

— ¡Esperen, Otero sabe!

Y mientras tanto él aprovechaba para sugerirme el asunto mediante preguntas hábiles.

Este año tenía un grupo de amigos que eran mucho mayores que yo, gentes ociosas y empleados. Aprendí a fumar una cajetilla de cigarrillos al día y asumí todas las posturas de un hombre. Lo único interesante de este ambiente hampón, eran las excursiones que hacíamos a pie, fomentando el deporte de la carrera. Subíamos los domingos a pie hasta El Alto de La Paz por el camino ancho

y bajábamos como flechas por el atajo hasta el final de la calle Tumusla.

Un buen día de esos me ocurrió lo inesperado y que fue germen de abundantes disgustos y molestias. Pasábamos un grupo de compañeros de Colegio con algunos de mi cuerda de canallas por la plaza San Francisco, donde estaba instalado el Colegio Normal de Mujeres. Mis amores con María Castillo se habían esfumado en saludos, miradas, gestos amables y sonrisas. Todo un poema madrigalesco. Uno de los del grupo, un tal Juan José Rivero, que lo he visto en la fecha como chofer de camión y que entonces estaba empleado en una tienda llamada "El Cóndor", extrajo una tijera nueva y fina. Me la entregó, la palpé, y entonces me asaltó lo inverosímil. Propuse a mis compañeros una apuesta consistente en cortar la trenza de cualquiera de las chicas que salían de la escuela, por el valor de cincuenta centavos. Hechos los respectivos depósitos, emprendí la hazaña que salí a las mil maravillas. Corté las dos trenzas de pelo a una cholita que asistía a la escuela. Gané la apuesta. Me disponía a disfrutar de mis ganancias cuando sentí detrás de nosotros un vocerío de gentes que me señalaban a mí a los policías:

— ¡Es ése, el de blusa blanca! . . .

Volví la cabeza y comprobé que se trataba de prenderme. Entregué mi abrigo y los cuadernos a uno de la cuadrilla y corrí veloz como un rayo. Los "pacos" hicieron un concierto de pitos para que me prendieran los situados más arriba. Como conocía bien el camino, corrí por la calle Lanza, subiendo por la Evaristo Valle hasta la calle Muñecas, metiéndome hasta el río. Lo pasé y al momento llegué a casa. Era uno de los pocos días que había llegado temprano a almorzar. Por la tarde me fui a refugiarme donde mi tía María que vivía en la plazuela Pérez Velasco. Llegué allí bajando a través de los puen-

tes y siguiendo el curso del riachuelo que va a unirse en ese sitio con el Choqueyapu. Las cosas se habían agravado. Mientras yo me ocultaba, la chola madre había tomado un abogado que me demandó criminalmente en virtud de uno de los artículos del código. Fueron al colegio y me denunciaron, de tal modo, que cuando me presenté fui amonestado por el director don Juan Peñaranda —aquel médico que ponía inyecciones de morfina a mi tía Inés— y luego, por consideración a mi familia, sólo me sometió a tres días de arresto, sin almorzar. La medida me tranquilizó, en lugar de inquietarme. Entretanto la justicia seguía sus diligencias y había dispuesto el pago de una multa fabulosa de 200 bolivianos, que mi tío Berna eludió llenándome de terror. Estábamos en el juzgado y el juez le preguntó si me conocía: mi tío, con su voz ronca de fumador, dijo:

— No lo conozco.

— Apellida Otero, es su sobrino. ¿Es Ud. su tutor?

— No sé nada. Es la primera vez que veo a este niño.

Iba a estallar de indignación y era verdad que no me cabía el corazón en el pecho y el cerebro parecía estallarme dentro del cráneo. Intimamente pensé: "Viejo idiota! Este imbécil, decir que no me conoce cuando soy su sobrino".

Acabó el acto y el juez se pronunció porque se mandara un exhorto a mi padre. El asunto acabó aquí. Salí contento, pero enojado con mi tío Berna que era el único paño de lágrimas que tenía en La Paz. Por la noche me dirigí a su cuarto con el plan de insultarlo y si era posible romperle la cabeza. Mi indignación subía cada vez más de grado. Lo encontré, trató de abrazarme, y entonces le dije:

— ¡He venido a decirle que es usted un viejo burro!...

Entonces él me acarició diciéndome:

— El burro eres tú, Taravillo...

— ¡Pero usted me negó esta tarde y dijo que no me conocía!

— No ves que eres un borriquillo... Si yo digo que te conozco me hacían pagar la multa, mientras que ahora con sólo haberte negado, hemos salvado la situación, tú libre, tu padre no sabrá nada, y lo principal que no hemos pagado los doscientos bolivianos...

Buena lección recibía de Berna y abría los ojos a las triquiñuelas de la justicia. Desde entonces odio los tribunales y a los abogados.

Al final del año, en septiembre, iba a ocurrirme un suceso que habría podido alcanzar visos de tragedia. Todos los de aquella banda de canallitas, estaban iniciados en la expansión freudiana que justifica el psicoanalista como natural en la adolescencia. Era un nuevo deporte al que nos entregábamos todos, después del descubrimiento de la libido. Pero, estas expansiones no bastaban, nos inquietaba la mujer, excitados por constantes charlas, hasta que un día, el hijo del cura Aranzáes nos condujo a los seis a la casa de una chola prostituta.

Ingresábamos en un callejón, cuando oí unos gritos tremendos:

— ¡Gustavo, Gustavo, no entres ahí, donde esa mujer!... ¡No entres!...

No se veía por ninguna parte a nadie que gritara y el pelotón de los canallitas avanzó hasta el cuarto de la prostituta. Nada había allí de agradable, ni de cómodo, ni de bello, ni de sensual, ni de excitante. Estaba en este plan un poco extraño, cuando se oyeron golpes a la puerta, salió aquella mujer a abrir y se encontró con otra, a la que reconocí inmediatamente. Era Leandrita, aquella

muchacha que me llevaba a la escuela. Estaba un poco madura y simpática, me cogió de la mano y me llevó:

— ¿Qué vas a hacer allí? Esa vieja está quemada... Ya ha enfermado a varios soldados... Si quieres eso, ven conmigo.

Y nos sacrificamos. Salí de la curiosidad. Días después temblaba de temor, ante el cuadro que se me presentó ante los ojos. Todos los canallitas estaban enfermos de la más oprobiosa infección venérea. Víctima de ella, años después, Raúl Ibáñez cegaba, el menor de los Aranzáes moría con un tumor cerebral, el otro, un tal Estrella, se idiotizaba...

Aquella buena muchacha me salvó de algo horroroso.

A poco rendí exámenes que fueron buenos, no en todas las materias, pero no disgustaron a mis padres. Mi estadía en la casa de la señora Velasco había sido un verdadero fracaso. Hice una vida sin administración ni vigilancia, situándome en los bordes de la perdición y del naufragio físico y moral. Yo no le daba importancia al caso, lo que quería era penetrar en los misterios de la vida. Estaba con ella como años antes con un reloj despertador, al que para saber cómo marchaba tuve que hacerle la autopsia, destrozándolo.

Pero no me había salvado. Los peligros seguían al acecho, con más vigor, sin que yo me diera cuenta de ello.

\*

Al llegar a Corocoro me encontré con la noticia, que fuera ya anunciada por carta en el mes de marzo, de mi nuevo hermano. Este había nacido postrando a mi madre una larga temporada en cama. Le llamaron José Luis, y es el último de mis hermanos. Sobrevivió a las

acometidas de las enfermedades de la infancia y ahora es un mocetón de treinta y tres años, casado y nada menos que con dos hijos. Su esposa es Amalia Gamarra. Es lo que se llama un buen muchacho, activo, laborioso, trabajador. Se ha hecho una posición él solo, escalando una elevada y meritoria posición en Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Es el único que salvará el apellido Otero Vértiz con la colección de sus hijos varones llamados Hernán y Gonzalo.

El nacimiento de este hermano fue una distracción para mis hermanas Luisa y Carmela que fueron sus verdaderas madres.

Pasé unas vacaciones agradables. Hice unos viajes a caballo. Me dediqué a comer. Porque en mi pensión, se hacía todo menos comer. Construía una máquina de vapor, examinando las muchas que había en Corocoro. La maquina, basada en la expansión del vapor, arrojaba por su presión un émbolo, que ponía en movimiento una rueda. La máquina fue un éxito. La utilicé para hacer funcionar un carrousell dedicado a mis hermanas, un andarivel y la extracción de una caja del foso al estilo de un ascensor. No cabía duda, mi padre soñaba que sería un ingeniero o un inventor, al igual que habría pensado en La Paz que sería un calavera y un truhán. El adolescente es, pues, una materia informe, un verdadero Proteo que puede dirigirse cuando hay la pasta original de la inteligencia, de la voluntad y de las fuerzas del espíritu. Nadie habría pensado que el niño afiebrado en La Paz, era el niño tranquilo de Corocoro!

Al año siguiente, 1910, se volvió a plantear el problema de la pensión. Mi padre seguía obstinado en que no debía ingresar a los Jesuitas, y así se buscó una casa para alojarme. Doña Amalia Molina escribió a mi padre que había conseguido la casa de una señora viuda de Benavides, para que me diera la pensión. Viajamos con mi

madre, y aquello ya era otra cosa. La casa estaba situada en la cuesta de las Concebidas, era grande, elegante, aseada. La señora doña Eufrosia tenía tres hijas, unas morenas bellas, sensuales e interesantes. La mayor era viuda y tenía un hijo menor que yo, la segunda menos interesante era soltera y tenía un hijo de dos años, y la tercera, era soltera amable, simpática y coqueta. Las tres cosían, eran modistas. Me dieron un cuarto que estaba al lado del salón, donde recibían a sus clientes. Mi madre me hizo coser un traje con las Benavides y les hicieron uniformes para mis hermanas.

Aquel año estuve feliz. Estudié mucho, las materias eran fáciles en el tercer año y cambié el círculo de mis amigos. Ocurrió que en el Ayacucho había un muchacho apocado y aficionado a pelear, un tal Saldías, con el que hasta hoy me saludo. Yo le pegaba unas buenas palizas, sin que él pudiera responderme, hasta que antes de carnaval, me planteó una cuestión:

— Te he buscado una coteja de los Jesuitas, mi primo Julio Téllez Reyes, y el te arreglará.

Acepté el desafío, y fui con Saldías en busca de Téllez Reyes. Nos miramos entre los cotejas, nos saludamos y fuimos amigos, sin darnos un puntapie. Este fue el origen de una amistad que no se ha destruido, no obstante las divergencias políticas. Como el grupo de Téllez, José Ml. del Carpio, Eliodoro Camacho, Narciso Doering, Rafael Ballivián y otros, formaban una comparsa de carnaval, me adjuntaron a la cuerda, resultando con Téllez uno de los conductores de la nueva pandilla. Nuestro centro de operaciones y travesuras era la casa de Carpio y para las sesiones, la casa de Téllez. Todos eran hijos de familias ricas, los más pobres éramos Rafael Ballivián y yo. Con esta cuerda, estábamos entre niños inquietos, pero ordenados y controlados por sus padres y madres.

En este año intervino enérgicamente mi madre, y aprovechando de mis amigos jesuitas, hizo que me preparara para hacer la primera comunión, sin duda como medio pedagógico para frenar mis impulsos. Tomé la cosa en serio. Largué el pantalón. Recé abundantemente, y comulgué en Jueves Santo, con ayuno y todo. Esto era en abril, pero las cosas iban a cambiar en mayo con la llegada del cometa Halley.

### *LA PRESENCIA DEL AMOR*

La presencia del cometa Halley revolucionó a todo el mundo. El estado de ánimo del pueblo y de las gentes, posiblemente eran parecidas al del año malo en que se había anunciado la desaparición del mundo. Las gentes, unas no dormían esperando que apareciera el cometa y otras se levantaban de madrugada para verlo. Entre las gentes que se levantaban de madrugada me encontraba yo, y todos los de la casa Benavides. Salíamos juntos, Mercedes y el chico de la mayor de ellas a ver el cometa desde la plaza San Francisco, casi todas las madrugadas del mes de mayo. El paseo me resultó extraordinariamente interesante, por los atractivos con que se presentó. Una mañana de esas, en que todavía no me había vestido del todo, Mercedes ingresó en mi habitación. Estaba fresca y reluciente en su piel satinada y morena, con los ojos grandes de sensualismo oriental... Su boca ancha, golosa, de labios trazados en una miniatura de corazón, ofrecían a la luz el resplandor de sus dientes brillantes, fuertes, como trazados por un dibujante especializado en propagandas de dentríficos. Su cuerpo juvenil, elástico, con una elegancia muscular de Diana, piernas largas, senos comprimidos en la belleza graciosa de una



bala de cañón, sus manos tapizadas de músculos, estremecidas por un escalofrío de fiebre, adornadas por uñas pulidas y limpias, en las que todavía se conservaba el resplandor estriado de sus ancestrales negros... La miré repetidamente, poseído de un clamor que me asfixiaba de angustioso deseo. El efecto se disipó al sentir que Mercedes me estimulaba a gritos para que me vistiera pronto. Terminé mi arreglo, pero su sobrino, que venía con nosotros, aún no estaba listo. Mientras lo esperábamos, me dijo:

—Gustavo, eres un malo... Hace meses que estás en casa y nunca me has dicho nada... ¿No te gusto?

Silencié, acercándome a su cuerpo que se agitaba en un torbellino de fervores, humeante en una masa que se vaciaba sobre mi cuerpo, ajustándose en una plástica agitada por un rumor de pecados... La besé. Sus labios encendidos, aplicados a los míos que estaban secos y blancos de pasión, fueron una ola de invasores diablillos que llevaban un mensaje de amor a todas las intimidades de mi cuerpo. Sentí una emoción nueva, única, y apliqué mi atención a aquellos besos estremecidos que eran como el diálogo mudo de nuestras carnes agitadas. Le acaricié los senos, de piel fina, eran firmes y delicados como unas porcelanas, cuyos pezones de una altiva erección juvenil, vibraban como pararrayos en tormenta. La escena duró poco. Cinco minutos. Así comencé una aventura de amor que duró dos años. Ella puso la emoción femenina del amor, yo mi solicitud sensual. No fueron amores de un etéreo romanticismo, pero tampoco consumimos nuestros fuegos en la alocada quietud de la carne saciada. Nos poseímos espiritualmente, pero no carnalmente, sirviéndonos de nuestra carne como instrumento de nuestros apetitos.

Las mañanas del cometa fueron magníficas. Parecíamos poseídos de esa inquietud milenaria y nos amábamos

desesperadamente, antes de que la cola del cometa nos cobijara bajo su manto protector, después de haberlo visto, hasta las siete, hora en la que tenía que marchar al colegio. Con esta joven sentí la delicia del amor, fue mi maestra, mejor, mi universidad.

Ignoraba en absoluto ella, y yo no lo presentía, que éramos espiados en la sombra por su hermana Elena, la madre del chico. Esta, con una perversidad llena de sensualismo, disfrutaba en su odio, espiándonos, mirando nuestras ingenuas expansiones amorosas. Elena en secreto incubaba un plan que lo realizó sin lograr separarnos. Resultó que yo no amaba a Mercedes, no sentía por ella sino entusiasmo y la alegría que me daban las caricias de su piel morena. Porque, cuando salía de casa, iba con mis amigos, tras de otras chicas, junto con ellos. Pero yo era más sabio que ellos, que sólo conocían el amor de seguir a las muchachas, acompañarlas, pararse en las esquinas de sus casas.

Lo curioso del caso es que seguía siendo niño. Con unos amigos del Nacional que vivían al lado de casa, entre ellos Carlos Ardiles Arce, Alberto de la Oliva, Oscar Soria, Armando Pacheco Iturralde, y otros, nos dedicábamos a leer en voz alta los Tres Mosqueteros, de Alejandro Dumas, formando bajo su influencia un club de esgrima con espadas de palo. Con mis otros amigos de los Jesuitas, Julio Téllez, Carpio, Raúl y Alfredo Calderón, formamos un circo, en el cual nos presentamos Téllez y yo como boxeadores, luciendo unos bellos uniformes y unos no menos preciosos guantes de box.

En el mes de octubre nos habían dado en el colegio quince días de vacaciones, para que repasáramos las materias antes de dar los exámenes anuales. Yo estudiaba mis libros, principalmente geografía e historia natural. Para ello consagraba las primeras horas de la mañana, desde las seis hasta las once, teniendo libre la tarde para

paseos y para acompañar a unos amigos que iban al campo a estudiar. Pero en realidad yo no iba sino a pasarla bien, comer naranjas, hacer el salto brinco, y explicar en un ensayo de examen lo que había estudiado por la mañana. En vísperas de examen, no salí de casa unas tres tardes, repasando toda la materia. Para esto, me instalé en una azotea, en la que con buen aire y sol paseaba, repitiendo y leyendo los libros de apuntes como el mejor de los peripatéticos. Cuando salía de la azotea, en un pequeño cuarto oscuro por el que había que pasar para subir al comedor, sentí que me oprimían los ojos. Como supuse que era Mercedes dejé hacer, sintiendo que su mano, que nunca me había acariciado profundamente, estremecía el árbol de mi sexo, haciéndolo temblar de lujuria como una almendra en flor. Enorme fue mi sorpresa al no encontrarme con Mercedes, sino con Elena, con la arpía, con la perversa, con la que nos policiaba... Me besó arrebatadamente, se tumbó al suelo, y me sedujo, sin mayor preparativo, sin que entre ambos hubiésemos cruzado una palabra. La escena tuvo la rapidez de un crimen perfecto. Nos despedimos hasta la noche. A poco salí a la calle sin dar la menor importancia al caso, y sin siquiera pensar en él. Pero esta no me gustaba. Era pequeña, gorda, y mayor que yo en unos diez años. Tenía un olor a café tostado. Por la noche me prostituyó las veces que quiso, hasta agotarse, aprovechando que Mercedes salió a la calle en compañía de su madre, a una visita de pésame. El asunto me cayó muy mal a la salud, al punto que en pocos días, no más de quince bajo ese régimen agotante, había enflaquecido y empalidecido mucho. Aquí se me produjo un fenómeno especial, la detención del crecimiento. Tenía todas las posibilidades de ser un muchacho alto, pero desde aquella fecha en 1910, no varié mi estatura que es de 1,65. Mis padres atribuyeron mi postración al desarrollo y a los estudios. En las vacaciones me repuse rápidamente. Hice viajes, fa-

briqué una máquina fotográfica con latas. No logré reproducir ninguna imagen, pero pasaba los días buscando la forma de realizar mi propósito. Después me di a la preparación de explosivos con el pretexto de ver la forma en que se producían las reacciones químicas, y la formación de las sales y ácidos. Después me dediqué a escribir largas cartas a mis amigos y a Mercedes. Elena no entraba en la cuenta de mis afecciones y simpatías.

El año 1911, ingresé al cuarto año. Había cumplido los 14 años y tenía apariencias de hombre. Las dos, Elena y Mercedes, me obsequiaban con variadas corbatas, de todos los colores, de tal forma que podía ponerme una nueva y distinta cada día.

Mi amistad con Julio Téllez se estrechó más. Julio era muy pintiparado, y me acentuó la vocación de elegante que existía en mí. Para salir a la calle empleaba una hora, peinando la raya al medio, bien sujeta con zumo de limón agrio, ajustando la corbata, y lustrando los zapatos hasta que parecieran dos espejos. Para mantener impecable la raya del pantalón, lo mojaba antes de acostarme y lo metía en medio de los dos colchones. Aquello era una obra de arte. Julio y yo nos dedicábamos a pararnos en las esquinas, persiguiendo a las chicas, aunque yo seguía cultivando mis amores con Mercedes. Elena se había retirado sumida en un mutismo, en una fría hostilidad y en un agresivo desprecio. ¿Qué pasaba? Lo supe meses después.

Con Téllez, fuimos al teatro, a las operetas, a los Juegos Florales, muy arreglados, ocupando sitio de platea. Me aficioné al teatro, pero, como costaba mucho, y no siempre me invitaba Téllez, iba con otro amigo, Alfredo Calderón, con quien nos conocimos en la escuela, y con el que hasta hoy mantenemos buenas relaciones, siendo en la actualidad mi socio en un negocio de imprenta con su hermana, la viuda de mi primo Alfredo H. Ote-

ro, hijo de un primo hermano de mi padre, Narciso. Discurríamos un procedimiento que nos dio un sorprendente resultado para asistir a toda la temporada de la Compañía del actor catalán Joaquín Montero, a quien vi años después en Barcelona, actuando como periodista, sin avisarle que le había defraudado largamente en compañía de Alfredo.

La trampa se basaba en que la mitad de las entradas de butaca servían de contraseña, para poder salir y entrar. Entonces urdimos que un amigo, que generalmente era de la banda, ingresara al teatro pagando su entrada. Este nos enviaba con otro su contraseña y con ella entraba uno, repitiéndose la operación hasta estar todos dentro, aunque algunas veces nos tocaba hacer penitencia hasta el segundo acto. E iguales métodos usábamos en el circo y en el cine. El teatro ejercía una gran atracción sobre mi espíritu, no tanto por la representación como por el contenido literario y la facilidad de expresión. Antes había concurrido al teatro, a una compañía de marionetas en 1906, a la compañía de ópera en 1909, pero, fue con esta Compañía que me entusiasmé y amé al teatro.

Este Julio Téllez que se arreglaba tanto como yo, me sometía a unas largas esperas mientras se hacía el cope-te. Iba a buscarle a la una y salíamos a las tres y media. Mientras tanto descubrí un libro enorme con grandes láminas y en verso. Primero me sumergí en las figuras, firmadas por Gustavo Doré, después en los versos hasta que comencé por el principio, concluyendo, en esta forma, el libro durante los años 1911 y 1912. Decididamente Téllez se ejercitaba para diplomático sometiéndose a estas largas esperas.

Este año no fue muy propicio para mis estudios. Me dispersé un poco, debido a los constantes viajes de mi

madre y de mi padre. Como se instaló el ferrocarril Arica-La Paz con un tramo próximo a Corocoro, ya no habían las antiguas dificultades, gracias a las que, a gran satisfacción mía, realicé el viaje a mula el año 1910, poco tiempo antes que se inaugurara el ferrocarril.

Luego me aficioné a las lecturas literarias. Descubrí en la casa de las Benavides un depósito de libros nuevos e interesantes que eran de su hermano, el sastre Manuel, muy popular en La Paz, y que se había hecho pago de los ternos que cosió a un diputado medio literato incautándose de sus libros. Allí devoré todas las tradiciones de Ricardo Palma, algunos libros de Vargas, poesías de Gutiérrez Nájera, Perlas Negras, de Amado Nervo, Los Raros, de Rubén Darío, Entre Encajes, de Gómez Carrillo, Frívolamente, de Ventura García Calderón y toda la colección de la Revista Mundial, de la que fue director y fundador Rubén Darío. Pero, para mí, este era un pasatiempo sin importancia; lo que tenía verdadero interés eran mis estudios de química, matemáticas y física, siempre sin abandonar la geografía. Estas lecturas literarias eran un secreto tan grande como los amores con Mercedes.

Este año, además, me desmoralicé en los estudios, por un incidente ocasionado por la socarronería de mi tío Berna. Había llegado mi padre y antes de ir al colegio lo visitaba a las seis y media de la mañana aprovechando alguna propina. Se alojaba en el cuarto de mi tío Berna. Una mañana, llegué a la habitación y no encontré a mi padre, y preguntando a mi tío respondió muy serio:

— No sé donde está tu padre, se ha perdido desde ayer...

Sin acabar de tomar el desayuno me di a buscarlo por la ciudad, visité las casas de sus amigos, pregunté en los hoteles y cantinas. Así perdí toda la mañana faltan-

do a mis clases de matemáticas, historia y gramática, donde perdí mis primeros puestos. Me fue difícil recuperarlos inmediatamente y dejándome llevar por el complejo de inferioridad o derrotismo que me había mordido hondo, rodé hasta los puestos medianos, con los que ingresé a los exámenes.

Mi tío Berna, después lo supe, sabía perfectamente dónde dormía mi padre en aquellas horas, y no me lo avisó, siguiendo su procedimiento de negar.

Pero algo más complicó la situación horriblemente, haciéndome perder la paz del alma y la paz del cerebro, necesarias para los estudios.

Un momento de esos en casa, Elena, bien convencida que estaba sola, me dijo enérgicamente:

— Te espero esta noche en la plaza San Francisco, cerca del templo, a las ocho.

Era tal el gesto, que me intimidó, digo más bien me horrorizó. Estuve puntual. Estaba de abrigo y mantilla, con traje de novena.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué estas tan trágica?

— No me pasa nada, pero es necesario que lo sepas. Estoy embarazada para ti, desde noviembre. Faltan seis meses para que seas padre. . .

Pude haber caído fulminado como con un rayo. Toda mi sangre se vació al interior de mis vísceras, y parecía que el corazón no me latía. Estaba convertido en una estatua de piedra. Sólo vi el fantasma trágico, amenazador de mi madre, y el dolor brutal de ser un delincuente sin saberlo y sin quererlo.

Al verme la mujer, se suavizó y me dijo:

— No te asustes. . . Estás libre de culpa, jamás divulgaré tu nombre, porque el crimen ha sido mío y no

tuyo. Yo soy una mujer responsable y tú eres un niño. Sólo quiero que me ayudes a conseguir un abortivo, y tomando eso me libraré de esta calamidad...

La miré con horror, con miedo y como a una musa trágica. La verdad es que magnifiqué el suceso, no supe darle la verdadera importancia y sobre todo, no debí preocuparme, ya que ella por la fatalidad de las cosas estaba obligada a guardar el secreto, por su propia conveniencia, como lo hizo.

No pude conseguir ningún abortivo, a pesar de mis indagaciones. Lo curioso es que ella tampoco podía conseguirlo, después de haber parido dos años antes para un farmacéutico.

Dormía tranquilamente una noche, y se presentó Elena en mi lecho, toda trágica, fría y muda. Estaba fría, con el frío del azote de los hondos sensualismos. Se estrechó junto a mí en mi lecho de estudiante, invadida por la lava de las urgencias masculinas. Me besó y sus besos eran caricias de hielo, sus manos agitadas insinuaban íntimas caricias, que como manos muertas sobre violines mustios no lograban arrancar ninguna melodía. Era imposible que esas manos y esos labios pudieran ensayar en mi carne la sonata del amor. Ese vientre túrgido, henchido por el cosmos de una vida ignorada, era algo que me agitaba en el cordaje de mis nervios, con la emoción del respeto y del temor. Ese vientre, que se apegaba al mío, tenía la frialdad de los mármoles sepulcrales, era la lápida funeraria del amor y del deseo. Aquella mujer me inspiraba repulsión y odio, asco y dolor, miedo y piedad, terror y respeto. Se fue con los cabellos sueltos sobre el hombro, con ese olor penetrante a café tostado, sudorosa y al marcharse, me dijo al oído, simulando un beso:

— Ya lo sé y me voy, me tienes asco porque eres un cobarde, te perdono porque eres un cobarde, un niño cobarde!...



Se fue y tenía razón. En mi gesto había algo de cobardía, como si con el calor de mi sexo hubiera contribuido a dar vida a ese ser que era la delación de mi pecado ignominioso.

Nunca supe si abortó o dio a luz normalmente. Nunca supe de aquel ser impuesto a la vida por el fervor de una madre que pervertía a otro niño. Cuando estuve en el Ministerio de Educación firmé su jubilación como maestra. Sé que vive pero nunca más hablé con ella.

El año 1911 acabó con estas grandes y tremendas inquietudes. Rezaba por las noches oraciones que inventaba mi angustia, para salvarme de toda calamidad, para que mi madre no supiera el horrible secreto, aquello que era para mí el más grande deshonor, como si mi honra hubiera sido tan sagrada como la honra de las mismas mujeres.

Año 1912.

Pasé las vacaciones en medio de grandes tormentos morales. Me dediqué a leer folletines policíacos, revistas. Hacía largos paseos a pie. Me volví reconcentrado y serio. Las gentes del pueblo se quejaban a mi padre de mi orgullo. No saludaba a nadie. Probé beber algunos copetines de whisky, imitando a mi padre que en estos últimos años se había excedido en sus aficiones alcohólicas en forma grave, gravísima. Los sermones de mi madre ya no producían efecto. Mi madre se hallaba impotente para frenarlo en el progreso de su decadencia. La cosa llegó al punto de que mi madre trató de aplicarle un procedimiento médico para detener su rápida declinación. Había perdido el sentido del pudor externo y no le importaba el concepto de los demás. Ingería una botella de whisky al día en casa, aparte de lo que bebía en la calle en compañía de sus amigos. Nunca ahorró un

solo centavo, de tal modo que cuando le vino el "crac" estaba más pobre que cuando salió camino a Corocoro. Este problema económico junto con la pérdida de capacidad de trabajo de mi padre y su mala salud, preocupaban hondamente a mi madre.

Todo aquello y mis propias cuitas me apenaban. Mis dos meses de vacaciones fueron tristes, lentos, sin aquella alegría de los años anteriores. Sólo al final de ellas les tomé gusto, pero ya se habían evaporado.

Volví a La Paz, esta vez en tren, en medio de una selecta concurrencia de cholos recoveras.

Ese año vi que los estudios eran muy serios en todas las materias y olvidado del peso de las cosas íntimas y de distracciones literarias, estudié con entusiasmo y devoción. Las notas que obtuve el año anterior me hicieron alcanzar un tercer premio, así es que resolví este año elevar mis records, y para conseguirlo, opté por el método de estudiar las lecciones inmediatamente después de las explicaciones del profesor, de tal modo que me mantenía siempre listo, sin necesidad de repasos. También tenía mis cuadernos siempre de acuerdo a las clases. Las clasificaciones mensuales pronto me demostraron el resultado. Obtuve 11 clasificaciones máximas el primer mes, siendo el primero en todas las materias, inclusive en dibujo. Pero, a pesar de mi trabajo mental tesonero y permanente, me daba tiempo para mis amores con Mercedes, que se mecanizaron un poco, pero siempre agradables y llenos de corbatas. También seguía manteniendo mis amigos jesuitas y mis chicas esquineras, que para entonces fueron sustituidas por las del cine.

## NEGOCIOS, DINERO Y DECEPCIONES

En este año debo anotar la forma en que gané el primer dinero de mi vida. Un día observé en la vitrina de la tienda del padre de mi amigo Carlos Ardiles Arce un paquete de cigarrillos de una nueva marca sucrense, "Chicheña", al precio de Bs. 0,65 el paquete: como yo fumaba aquellos cigarrillos y compraba cada cajetilla a 0,15 centavos, vi que era posible vender cada paquete a Bs. 1.—, ganando 0,45 centavos por paquete. Propuse el negocio a mi "casera" y me aceptó comprar cien paquetes a 0,85, ganando yo 0,20 centavos por paquete. La mujer me dio el dinero y compré los cien paquetes al chico Ardiles a 0,65. Me endulcé con las ganancias y propuse a Ardiles que saliéramos a ofrecer cigarrillos por todas las tiendas, dividiendo las utilidades. Colocamos una cantidad tan grande, que gané, partiendo las utilidades, más de Bs. 600, sin contar los gastos de helados y transporte. Pero ocurrió que el negocio se paró en seco. Me llamó el padre de Ardiles y me dijo:

— Los niños no deben manejar dinero y como tú has sido el de la iniciativa, después de la liquidación de las utilidades te regalo estas cuatro libras esterlinas en oro, pero ya no hacemos más venta. Me estoy perjudicando con este asunto —agregó—, y lo voy a suspender. Lo que ocurrió fue que los Ardiles tomaron un empleado que hizo mi trabajo, ganando el dinero ellos, después de haber tenido abarrotados y en vías de desaparición los miles de paquetes de cigarrillos que no se vendían debido a su incuria.

No derroché el dinero. Me hice dos trajes. Me compré bellos zapatos y guantes, un sombrero de felpa y algunos libros. Le regalé a mi madre las libras. A Mercedes le regalé unos bombones y un broche para su man-

tón, pero ella se enojó porque hubiera querido administrar mi dinero. Gasté el resto en dulces, helados y puros.

Fui el héroe de las invitaciones en colegio, y un día, uno de los compañeros me dijo estas palabras, que después he considerado como la más cabal fórmula de la política boliviana:

— ¡Desde que invitas tienes muchos amigos!

Pero esos mis amigos sobornados por las invitaciones desaparecieron, en cuanto los cuartos, a pesar de que los administré bien, se acabaron, volviendo al régimen de mis diez centavos diarios y 0,50 los domingos; ¡cosa tremenda ser pobre, después de haber sido rico!

Este año pasó en la embriaguez de mis éxitos económicos e intelectuales. Mantenía mis altas calificaciones y cada mes obtenía un "testimonio" y un libro como primer premio.

Al finalizar el año obtuve siempre los 11 y 21 puntos, sacando premio de honor y un montón de libros. Había adquirido este año una gran agilidad mental. Resolvía en matemáticas los problemas más difíciles, en historia enriquecía mi memoria y en psicología y literatura, ninguno de mis compañeros me superaba, aunque ellos fueran Hugo Montes, Antonio Hartmann, David Capriles, Genaro Mariaca, Carlos Ardiles Arce, Roberto Pérez Patón y otros.

Este año sufrí la primera acometida de la envidia. Mis éxitos en los estudios y mi trajes nuevos molestaron a mis compañeros de colegio que un día de esos, sin mayor preámbulo, a modo de juego me ensuciaron el traje y me lastimaron arrojándome piedras y arena, gritando:

— ¡Maricón, enciclopedia!...

Me fui solo. Me limpié la ropa en un rincón del patio. Me tragué algunas lágrimas de ira y subí a la clase

antes de que terminara el recreo. Ese día me vengué de los canallas dando una gran lección de química y respondiendo a las preguntas que ninguno pudo responder sobre el desarrollo de las fórmulas de la química inorgánica.

### *CONFLICTOS INTERIORES*

Pero este año tuve otra tragedia interior. Me aficioné a los estudios de historia natural y de filosofía. Nuestro profesor de ciencias naturales, un hombre apasionado e interesante, don Eduardo Rodríguez, era un materialista darwiniano, comptiano y spenceriano, es decir un hijo del siglo XIX. Sus prédicas llegaron a remover mi espíritu poderosamente. Poco a poco fui angustiado por el materialismo: renuncié a tener alma, renuncié a creer en la vida eterna, renuncié a la idea de Dios. El proceso intelectual teórico estaba formado, aunque al acostarme rezaba las oraciones que me había enseñado mi madre y en momentos de angustia inventaba rezos a Dios, a la Virgen y a los santos.

Aquí se presentó un momento de crisis concienical. Me compré los libros "El Origen del Hombre" de Darwin, "Jesucristo nunca ha existido" y "Credo de un libre pensador" o algo así, por un autor francés que no recuerdo y que en este momento no puedo comprobar, aunque tengo los libros en mi biblioteca. Con estos libros llegué a formar una atmósfera tóxica para mis sentimientos e ideas católicas.

Estas tenían un sabor emotivo, doméstico y familiar mientras que las conquistas intelectuales eran mías y halagaban mi orgullo de estudiante aplicado. Decidí que eran la verdad y me aferré a ellas con fe y entusiasmo

y me dispuse a librar la gran batalla. Era necesario que dejara de persignarme antes de acostarme y de rezar mis oraciones. Me armé de valor tan grande como para afrontar al dragón y la primera noche que me acosté sin cumplir con mis ritos no pude dormir, en la lucha establecida entre la razón y el sentimiento. Repetí en lugar de mis oraciones las ideas de Darwin y del catecismo de un librepensador hasta vencer definitivamente. La lucha fue menor en las noches siguientes, hasta que triunfé convirtiéndome en un ateo y librepensador. Desde entonces he robustecido estas mis ideas sin ostentación, humildemente, con tolerancia, sin tratar de imponerlas a nadie; inclusive, a pesar del ambiente anticlerical de la época, nunca hice una declaración pública de mis ideas, ni siquiera en grupos de amigos. He sido y sigo siendo en esta materia un militante de la tolerancia de opinión.

#### *OTRA VOCACION*

Llegué hecho un brazo de mar donde mis padres, con mi gran premio de ser el mejor alumno del Colegio. En mí se había iniciado un proceso de adaptación al estudio y, a medida que avanzaba en los cursos, sentía más entusiasmo y también más facilidad en el aprendizaje. Los primeros cursos fueron difíciles, pero cumplí los últimos con verdadera alegría y con orgullo. Me sentía superior a mis compañeros, no sólo porque me daban los premios, sino por las consultas que absolvía sobre los temas de estudio.

En estas vacaciones me dediqué a avanzar la materia de física, interesándome particularmente por la óptica. Se me metió en la cabeza la posibilidad de construir una máquina fotográfica que reprodujera la imagen en

las tres dimensiones sólidas. Para esto me di a realizar una serie de cálculos y a buscar trucos sobre el papel, llegando a la conclusión de que era posible ejecutar este proyecto. La cosa consistía en dotar a la común cámara fotográfica de un juego de espejos que proyectaran la imagen interna, reproduciendo no sólo la superficie anterior, sino posterior del objeto. Para ello era necesario situar el objeto delante de un espejo y recoger así las dos imágenes, que luego se fundían en el interior de la cámara fotográfica. Esto lo pude obtener en mi vieja cámara de latas. Bien, alcanzado este primer paso, era necesario obtener la imagen sólida. Para ello pensé en la posibilidad de realizar una mezcla de almidón con bromuro de plata, de tal forma que se obtuviera la imagen en relieve, por la confluencia circular de la luz y después bañar la pasta como cualquier otra placa. Obtenido el relieve, este serviría de molde para hacer después los respectivos vaciados. Concebida la idea, fracasé en la obtención de la materia sensible, pero entre tanto ya habían pasado las vacaciones. Luego construí un avión de madera y lata que volaba y que sirvió de juguete a mi hermano menor José Luis.

Mi padre se entusiasmó con la construcción del aparato y exclamó:

— Sólo quisiera tener dinero para mandarte a Estados Unidos y que estudies ingeniería, pero a ver si hasta que seas bachiller mejoran las cosas.

Las cosas al año empeoraron. La verdad es que puesto a estudiar física y matemáticas, habría sido, sin duda, mejor ingeniero que literato. Las dos cosas me gustaban por igual.

Luego marché en enero al colegio para no volver más a Corocoro sino como turista. Ocurrió la catástrofe.

## II

### *RUINA PATERNA Y PERIODISMO*

Año 1913.

Mercedes me recibió muy contenta. Ella me decía que me amaba mucho y yo le respondía con versos de Amado Nervo o de Rubén Darío.

Un día recibí una carta que me preocupó intensamente. Mi padre estaba enfermo y había recibido orden de trasladarse de la Aduana de Corocoro a la de Viacha, y además, los minerales de cobre que explotaba en compañía de un ruso de apellido Rabdil, bajaron, de tal modo que se perdió mucho dinero. Mi padre con una familia de cinco hijos, estaba tan pobre como cuando se fue a Corocoro. Entonces, ese traslado sin la ayuda de los minerales era la ruina. Mi madre resolvió volver a La Paz, —era el mes de marzo—, con todos mis hermanos y sus trastos, mientras mi padre se iba a Viacha como un empleado de baja categoría. Aquella orden del gobierno y la baja de los minerales de cobre fue nuestra ruina. Mi padre estaba en la pendiente, pobre y en avanzado proceso alcohólico. No se atrevía a volver a La Paz, pa-



ra no sufrir el olvido o el desprecio de sus amigos, todos los cuales habían escalado durante su ausencia altas situaciones en la banca, en la política o simplemente se habían enriquecido.

★

Mi madre llegó a La Paz como salvada de un naufragio. Depositó a sus hijas en el internado de los Sagrados Corazones, quedándose con Cristina y Pepe. Yo todavía permanecí algunos días más en la casa de Mercedes. Mi madre se instaló en un departamento de la calle Ballivián. Antes de partir de la casa de Mercedes, ésta llegó a llorar, rogándome que me quedara unos días más, pero a mí esta insistencia me produjo una fuerte reacción contraria, y salí de la casa, dejándola con un resentimiento profundo. No volvimos a hablar más.

Este año fue árduo en mis estudios, y al mismo tiempo en la iniciación de mis aspiraciones periodísticas que se materializaron debido a la inducción del director del Colegio Nacional Ayacucho, don Felipe Esprella. Los alumnos del sexto año, fundamos el periódico estudiantil. El director elegido por nosotros fue Roberto Pérez Patón y yo le puse el nombre de A.B.C., imitando el diario madrileño que conocía mediante los regalos de mi tío Berna. Los demás redactores fueron Carlos Ardiles Arce, Hugo Montes, Eduardo Reyes, Hugo Silva, estos tres últimos muertos. Allí publiqué mi primer artículo dedicado a mis especialidades químicas, titulado "El Radio". Era un artículo de estilo sencillo y escueto. El segundo, relativo a la tolerancia de opiniones, lo llamé "La Opinión Ajena" y es ya de tipo literario, de un estilo barroco un poco afectado. Entonces leía con entusiasmo a Manuel Ugarte, Gómez Carrillo y un libro titulado "La Fisiología del Placer", en dos tomos, de Pablo Montegazza.

La presencia del A.B.C. despertó en un compañero de curso, Néstor Silva Agramont, la vena satírica, y me convidó a que le colaborara, y así fundamos con Hugo Silva, un periódico poligrafiado, "Fray Simplón". Silva Agramont dirigía la publicación, demostrando con sus lecturas de Taboada, Pedro Mata y Pérez Zúñiga, una obra periodística apreciable. Yo escribí con espontaneidad y mis primeras palizas fueron dirigidas al bedel que era el actual médico Genaro Mariaca, pero en mis artículos apareció la intención y la malicia de mis antiguas lecturas del maestro Ciruela. La publicación de este periódico me trajo algunas molestias que pudieron haberse tornado graves. Mi amigo Silva Agramont, actualmente cumplido, serio y ejemplar funcionario del Ministerio de Educación, escribió algunas líneas alusivas a la manía mercantilista de mi amigo Carlos Ardiles Arce, poniendo en ellas estas tremendas palabras: "hacía rifas con artículos sustraídos de la tienda de su papacito". El padre de Ardiles se presentó ante el Ministro de Educación, don Carlos Calvo, acusando a los editores del periódico de enemigos de su hijo porque era chuquisaqueño. Con este plan se le tocaba el amor propio al alto funcionario, también de la culta Charcas. El ministro ordenó un proceso para que se castigara a los autores. El director se presentó en clases y nos pidió que los autores de ese pasquín se pusieran de pie, para castigarlos. Me pareció la cosa más natural del mundo el hacerlo, y con gran sorpresa de todos los compañeros y del mismo Ardiles, me puse de pie... Mis otros compañeros se quedaron sentados: no los delaté. Al producirse el consejo de profesores, tuve defensores en todos mis maestros. El profesor de química, don Norberto Galdo, fue el que salvó la situación, explicando al ministro que yo me había delatado, pero que no era justo que se me castigara solo a mí, mientras los otros por su silencio disfrutaban de indemnidad. El asunto quedó en nada, truncándose así las ediciones de

"Fray Simplón". A.B.C. salió unos dos números, eso sí prolongando su vida hasta el presente. En sus páginas han escrito ya unas tres generaciones de gentes que ejercen el periodismo y escriben libros. La imagen de estos dos periódicos escolares, la he visto repetida en la vida pública de nuestro país.

Este año las dificultades económicas de la casa eran graves. Mi tío Berna nos ayudaba a salir del paso sin mucho caudal. Debido a los estudios y a la alimentación deficiente enflaquecí mucho, poniéndome transparente. Hacía dos años que había dejado mis expansiones con elemento femenino. La situación económica se agravaba momento por momento, al punto de que algunos días iba al colegio sólo con desayuno. Grave cosa, y lo peor, sin solución. Mi madre hacía milagros para sostener la casa, vendiendo cuanto cachivache superfluo encontraba. Pero no obstante de todo ello, estrené un terno azul, elegante, para concurrir al desfile patriótico del 6 de Agosto. Después de esa fecha, mi padre se presentó en la ciudad, ya sin ningún cargo, aumentando con su bulto aun más las dificultades. Así, en esta atmósfera insegura e inquieta, proseguí mis estudios hasta rendir el examen de sexto año, igual que el anterior del quinto, con las más altas calificaciones. Al fin terminé mis estudios y entonces sólo me faltaba dar mi examen de bachillerato. Después de los dos meses de vacaciones en que preparé las quinientas doce cuestiones del programa, rendí el examen general, obteniendo también altas calificaciones. Pero, ocurrió el caso inesperado de que Hugo Montes, que siempre estuvo debajo de mis puntuaciones, llegó a nivelarme en algunas. El caso causó comentarios y sorpresa. Este mismo año, en enero en 1914, se bachilleraron algunas mujeres por primera vez en Bolivia, entre ellas Lucila Flores, Arminda Aparicio, Mercedes Iraizós y otras.

Los exámenes de Bachillerato me habían rendido, dejándome verdaderamente exhausto, con dolores de cabe-

za, sangre de narices, mareos y falta de sueño. La situación económica proseguía difícil. Debido a mi mala salud que desde entonces no ha sido nunca buena, sino siempre llena de achaques y molestias físicas de diversa índole, se resolvió por mi madre que dejaría de estudiar este año de 1914, como en efecto lo hice, buscándome trabajos y ocupaciones agradables. Con mi amigo Carlos Ardiles Arce me dediqué al billar, juego en el que era necesario ganar para no exponerme al ridículo de no tener dinero. Resulté un billarista mediano, pero me defendía sin agravios económicos, metido por las tardes en esa atmósfera plebeya de los billares de segunda o tercera clase. Al propio tiempo Ardiles me prestaba libros de la biblioteca de don Luis Arce Lacaze. Este don Luis era un personaje interesante, delgado, con aires de pájaro bobo, muy pulido en el vestir. Había llegado recién de Chile de donde salió del cargo de Encargado de Negocios por loco. Permanecía en el lecho hasta las dos de la tarde, leía toda la mañana, enamoraba a la servidumbre, y si podía la seducía. Leía obras de moral, de sociología y pedagogía. Cierta vez nos escandalizó Carlos con la noticia de que su tío Luis había tratado de violar a su propia hija. Lo cierto es que este señor, era un hombre exótico aunque inteligente y de gran cultura. Desde las cuatro de la tarde para adelante hablaba mal contra Montes, promoviendo la fundación de un nuevo partido político. Era de la biblioteca de este señor, que ahora está en poder de su sobrino Pedro Zilveti Arce, que Carlos me prestaba abundantes lecturas. En esta biblioteca leí algunos clásicos españoles, los Pereda, Palacio Valdés, Octavio Picón, la Pardo Bazán, Clarín, Manuel Ugarte y Flaubert, Zola, Maupassant, Teófilo Gautier, Anatole France, y no sé cuantos más, incluyendo "El Feticchismo Amoroso" de Binet, "La Neurastenia" de Garnier, "El Problema Nacional" de Planas Aguinaliedo. Leía por leer. Para distraerme sin plan ni concierto, devoran-

do algunas veces tres y cuatro volúmenes por semana. Fue en esta época que se me ocurrió comenzar a formar la biblioteca que tengo. No sé con qué dinero adquirí "Galería" de Joaquín Dicenta, "La Voluntad" de Azorín y con los libros que me regalaba mi tío Berna, más los que tenía, junté unos treinta volúmenes que comencé a ordenar y cuidar. Mi tío Berna me trajo un día dos libros que me impresionaron: uno llamado "Tributo al Odio", y el otro "El Hombre Mediocre" de José Ingenieros. Me pasaba repitiendo capítulos de estos libros a los amigos que encontraba en la calle. Entre estos me encontré con Hugo Aranda, antiguo condiscípulo de la preparatoria media de 1905, y con quien había fundado aquella primera asociación cultural. Hugo me abrió el camino animándome a que escribiera y que fuera repórter, como él, de "El Comercio de Bolivia". La idea me pareció interesante, sobre todo cuando Hugo me anunció que el ser repórter me abría la posibilidad de ingresar gratis a los espectáculos públicos, teatro y cinematógrafos. Me presentó al director, un señor Rodolfo M. Loza, hombre al parecer honesto, miedoso, diputado, clubman.

Años después, estuve desterrado con él en Lima, hacia 1924. Pero este señor se fue más lejos en sus proposiciones, me ofreció pagarme un sueldo de 80 bolivianos a condición de que me instalara en la oficina a las 9 de la mañana hasta las 11, tomando nota de las visitas y escribiendo mis artículos o crónicas, y por la tarde debía recorrer los ministerios, solicitando datos administrativos, para luego ir por la noche al teatro o al cine gratis. Aquello era Jauja. Acepté sin vacilar comunicando a mi madre la feliz noticia. Fui un mes todas las mañanas, aprendiendo a escribir a máquina, y leí las colecciones de "El Comercio de Bolivia". Don Rodolfo se tardaba mucho en su tocado, pues era calvo, y cada día se hacía un maquillaje en base de una peluca, almendras quemadas y no sé cuántas cosas más. Publicaban las noticias

ministeriales, pero no vi jamás un artículo mío, a pesar de las reseñas que hacía de la compañía teatral Virginia Fábregas. Esta empresa hizo conocer en La Paz el teatro nuevo: "Los Intereses Creados" de Benavente, "La Noche del Sábado", "El Ladrón de Berestán", "Los Dos Pilletes", "La Enigma" de Darío Nicodem., "Zá-Zá" de Zola, "Malbólica" de los Quinteros, y otros. Mis crónicas eran muy bien estudiadas, pues me tomaba el trabajo de revisar las crónicas de "Mundial", la revista de Rubén Darío, para leer las crónicas hechas a estas obras por Manuel Bueno, el gran crítico español, y después presenciaba la función dando mis opiniones. Pero no se publicó ninguna, al menos con mi firma; acaso León M. Loza, viejo erudito, político y corrector de pruebas, me hubiese aplicado la censura. No me pagaron en "El Comercio de Bolivia" ni un centavo de aquel famoso sueldo tan generosamente ofrecido por Locita, como llamaba a Rodolfo M. Loza don Moisés Ascarrunz. Las circunstancias me hicieron cambiar de rumbo. Una tarde, cuando hacía mi recorrido por las oficinas, me encontré en la Asistencia Pública con un joven de anteojos, melencólico, tuerto, de voz ronca y corbatas al viento, con andares de brujo. Se me presentó. Se llamaba Angel Salas, que andando el tiempo se habría de convertir en un enemigo solapado, resentido y envenenado. Me ofreció hacerme pagar en "El Diario" treinta bolivianos efectivos, un carnet de repórter y pase libre para cines y teatros. Me llevó a "El Diario", me gustó la atmósfera. Aquello era distinto a "El Comercio de Bolivia". Tampoco me pagaron un centavo, pero en cambio tenía otras compensaciones que me llenaban de entusiasmo. Hablaba con escritores y yo mismo escribía. Eran exactamente los días en que rompieron relaciones Alemania y Francia, lanzándose a la guerra mundial de 1914, en el mes de agosto. Aquel olor a tinta, el humo de los cigarrillos, el desorden de la redacción, todo me parecía magnífico. Yo depositaba mi pa-

quete de informaciones de los ministerios en manos de Salas, y luego, por la tarde, iba a escuchar hablar a aquellos señores periodistas. El director, Luis Espinoza y Saravia, acababa de llegar de Chile, era elegante, cuidadoso de su persona, muy fumador y silencioso. Cuando hablaba hacía alguna observación graciosa y se reía él mismo de su chiste.

Don José Carrasco, el propietario del periódico, hasta ese momento, había sido líder de la cámara de diputados al servicio de Montes, ministro de gobierno y vicepresidente de la República. Fomentaba "El Diario" y actuaba en el partido liberal. Meses más tarde, Carrasco viajaba al Brasil como Ministro Plenipotenciario. Cuando volvió a verlo en el mismo local de "El Diario", a su vuelta el año 1920, era otro Carrasco. Había transformado su persona y su mente. Ya no era el antiguo liberal de la Cámara, sino el diplomático constitucionalista, autor del "Derecho Constitucional" en cuatro tomos y de "Bolivia ante la Liga de las Naciones". A poco moría en 1921, de un ataque biliar.

Don Franz Tamayo, era personaje interesante. Rechoncho, de gran melena hirsuta, con cara aymara que se ha convertido en beethoveniana, de movimientos ágiles, hombros anchos, piernas cortas, manos gordas y uñas cortadas hasta la yema de los dedos. La mirada fiera, relampagueante, los dientes de lobo, de caninos desgarradores y la voz fuerte, llena de matices, profunda e insinuante. Don Franz hablaba paseando, luciendo una abundante pirotecnia oratoria. El único hombre que se le parecía mucho, tanto en su fisonomía como en su voz y en sus gestos, era Mussolini, como comprobé el año 1936 cuando visité Roma. Don Franz escribía los editoriales y algunas notas agresivas. Otros eran Tomás Manuel Elío, alto, de dientes largos, piorreicos, de mirada honda y tranquila, de voz lenta y profunda. Elío no charlaba, sino que pro-

nunciaba discursos, sin imágenes y sin fuego; Felipe Guzmán, gordo, con aires de dios Baco, de una risa estruendosa, de palabra fácil. Este también escribía los editoriales. Los que escribían en la página literaria eran José e Isaac Tamayo, Medardo Chávez, poeta malo y persona peor; Pablo Guillén, cagatintas confuso; Zenón Arteaga, del cual siempre leí elogios anunciando que publicaría artículos sin haber leído ninguno. Le debo gratitud por haberme estimulado y aplaudido. Allí también estaba Gustavo Carlos Otero, mi primo, que acababa de salir del servicio militar y que hacía la sección de Policía en broma. Aparecieron otros como Cleto Cabrera García. Los reporteros éramos: un joven no sé si Revollo o Riquelme, que actualmente es director de una escuela, y yo. Lo que se hacía más en esta redacción era hablar mal de la gente y de los políticos. La primera vez que hablé les interesó mi bachillerato, pues les largué mis profundos conocimientos de psicología y les enseñé lo que era "emoción". En "El Diario" publiqué algunos artículos sin mi firma, con seudónimo estrafalario. El más interesante fue uno titulado "Los Bohemios", inspirado en los libros que leí entonces, "El Ultimo Bohemio" de Pedro Mata que me prestó mi amigo Silva Agramont, "La Musa Bohemia", editada en la biblioteca Semperé, original del autor mexicano Manuel González Peña, y unos versos de Emilio Carrere, el poeta español, leídos en un libro que me regaló mi tío Berna llamado "El Parnaso Español". Los versos de Carrere eran de "El Alto de los Bohemios". No cabía duda estaba cogiendo la cola de la literatura del siglo XIX, y además ya había sido intoxicado por el veneno de la literatura. Luego publiqué otros artículos y entre ellos uno titulado "La Imitación y la Moda", que lo tracé después de haber leído "Sociología de la Imitación" de Gabriel Tarde.

★



Cuando trabajaba en "El Diario", se me presentó la oportunidad de emplearme, en septiembre, en la oficina del célebre Arturo Posnansky. Obtuve el cargo por medio de doña Amalia Molina, y el gringo éste, profesor falsificado, arqueólogo de pega, sabio de calcomanía y siempre hombre "bluff", me tomó por su secretario con el sueldo de 50 bolivianos.

En este nuevo empleo me sentí muy bien. No hacía nada. Copiaba mis artículos a máquina en buen papel, leía a mis autores. Me lancé a leer a Nietzsche, "El Superhombre", "El Amor, las Mujeres y la Muerte" de Schopenhauer. Escribí algunos artículos para "El Diario", titulados "Memorias de una Bachillera", que no se publicaron porque el linotipista dispuso su censura debido a que los encontró muy tontos. Nunca me olvido de este linotipista, un tal Juan Torrico, que ahora lo veo viejo y renegón, todavía circulando sobre la superficie de la tierra. Por estos días, mi amigo Alberto de Villegas me inició en la lectura de Don Ramón del Valle Inclán, presentándome sus célebres "Sonatas". José Tamayo me inició en Ricardo León, prestándome "La Escuela de los Sofistas", y Rafael Ballivián hizo que leyera las poesías de Herrera y Reissig y unas prosas D'annunzianas de Gonzalo Zaldumbide.

Posnansky me interesó mucho por sus libros, sus huesos, los cráneos, Tiahuanacu, "El Signo Escalonado". Este libro, "El Signo Escalonado", lo escribí sobre las pautas de unos borradores trazados en una forma brutal y simple, los que corrigió Luis A. Guzmán, el manco Guzmán, hijo de Alcibiades, el periodista e historiador.

Aparte de este trabajo agradable, Posnansky me daba otro también simple, que me pareció grave y que me dio el grado de la moral de este hombre. Mucho se ha discutido la ética de este caballero, pero lo que pasó por mis ojos me probó su calidad de pirata.

★

Lo curioso del caso es que cuando ya había creído que mi carrera estaba definida, en enero de 1915, sin empleo, me inscribí en la Facultad de Farmacia, como homenaje a mis aficiones científicas, que seguían latentes y que no habían desaparecido a pesar de mis aficiones literarias y mi debut periodístico. Mi curso de farmacia lo tomé alegremente, pues la materia era muy fácil, aunque los profesores severos. Vencí el curso sin dificultad. Las novedades fueron que resulté miembro de la Federación de Estudiantes y redactando una página universitaria con el Dr. Juan Ml. Balcázar, Constantino Carrión y Daniel Ortiz. Pero no hay que adelantar los acontecimientos.

Hacia fines de 1915, "El Diario", secundando la acción parlamentaria de don Tomás Ml. Elío, radical, inició una campaña escandalosa contra el Ministro de Hacienda don Casto Rojas, bajo el nombre de "El Affaire de la Aduana". Se realizó uno de los primeros acontecimientos públicos que observé de cerca, fruto de la envidia de los propios amigos políticos de Rojas, que deseaban mediante esta maniobra cerrarle el paso a la Presidencia de la República, cosa que consiguieron. (Yo podía haberme alegrado de esta campaña contra Rojas, porque este caballero como director de Aduanas, fue el que arruinó a mi padre —y a nosotros—, expulsándolo violentamente de su cargo de Corocoro). Pero aquello me confirmó que aunque hubiese tenido culpabilidad, a Rojas, futuro autor de la "Historia Financiera de Bolivia", se le había hecho una gran injusticia.

A poco, en "El Diario" ocurría un terremoto. Se había publicado en España un libro titulado "Celebridades Hispanoamericanas" que eran un conjunto escandaloso de adjetivos a personajes, personitas y personajillos de las tierras de ultramar, entre los que figuraban algunos políticos bolivianos de primero y de vigésimo quinto orden. "El Diario" publicó sin comentario algunas de estas bio-

grafías, entre ellas las de dos diputados liberales, el uno ministro a palos y el otro eterno diputado hasta la caída del liberalismo el año 1920. Espinoza y Saravia publicó una biografía del mismo tono que las "Celebidades Hispanoamericanas", dedicada a un personaje pintoresco, que era el sombrero Rivero.

La sátira fue comprendida por los politiqueros, y en respuesta le atizaron una paliza, rompiéndole el sombrero, abriéndole las alas del chaqué hasta la espalda, y pateándolo en el suelo. Se reunieron las planas mayor y menor de "El Diario" para conocer el asunto, y todos los ases y las cartas se dispusieron a escribir artículos encendidos de protestas contra el ignominioso atentado cometido en la persona de un periodista que encarnaba la libertad de prensa, garantizada por el gobierno liberal. Los artículos quedaron sin publicar, pues, el paternal don José Carrasco, descubrió que el grupo de sus redactores mayores era el estado mayor del Partido Radical, y les negó la hospitalidad en su imprenta. Espinoza, Tamayo, Elío, Guzmán y los demás, se retiraron de "El Diario". A poco se publicó un manifiesto de protesta en boletines, redactado por don Franz Tamayo. Soy yo el último de la lista. Luego, en una nueva reunión, se acordó la publicación de "El Fíguro", nombre puesto por don Franz y con membrete también producido especialmente por Tamayo: "Burlándome de los lobos, desafiando a las protestas, presto me río de todo para no tener que llorar". Suscribieron acciones para comprar la imprenta: Tamayo, Guzmán, Elío, Espinoza y Sánchez Bustamante, y contribuyó también con alguna plata la Legión Francesa, porque el nuevo diario era radical y francófilo.

"El Fíguro" salió en los primeros días de abril de 1915. Allí comencé a escribir una serie de artículos costumbristas y humorísticos. Las lecturas de Larra me habían impresionado mucho por aquellos días, igual que los libros de Julio César Valdés. Los artículos tuvieron éxito

y mi pseudónimo de Repórter Pérez se hizo popular rápidamente. Al mismo tiempo publiqué algunos estudios literarios en la página del domingo sobre Gustavo Adolfo Bécquer, a instancias de mi madre, y sobre Rubén Darío, precisamente a la muerte del poeta.

“El Fígaro” era un centro de bohemia y de perdición. y de allí, además de la planta de “El Diario”, ingresaron Vicente Mendoza López, Alberto Saavedra Pérez, Gabriel Levy y Vicente Fernández.

Allí no se pagaba a nadie y todo el mundo trabajaba por su jornal de gloria. No obstante de esto, como la situación de los reporteros no era sino de hambre, discurrimos un procedimiento para pagarnos los sueldos eternamente atrasados. Consistía en colocar suscripciones a los padres de la patria, naturalmente adelantadas. Se suscribían por horror a este periódico que era un verdadero volcán irrespetuoso, intolerante y valiente. Así conocí a muchos políticos, a algunos de los cuales respeto todavía y a otros he perdido de vista, ocultos en la muerte, en el olvido o en el desprecio.

En este año de 1915, en enero, ingresé al cuartel para hacer el servicio militar, donde fui postergado por falta de peso, pues apenas llegaba a los 46 kilos faltándome para llegar a los 52 reglamentarios.

Después de un largo período de tranquilidad erótica, resulté amigo íntimo de una compañera de estudios, Arminda. Las cosas se entrelazaron, quedando prendido amorosamente en las redes de su juventud. Era fresca, lozana, complaciente, aunque nada bella, y chiquita como una campanilla de plata hecha por el relojero, según dice la copla. En esta estudiante de química volqué no todo mi amor, pero toda mi literatura poética y erótica. Escribí casi un libro de versos al estilo de Gustavo Adolfo, leía a Eça de Queirós, “La Reliquia” y “El Primo Ba-

silio", y el lirismo de este escritor me inspiraba unas cartas interminables que más que expresiones amorosas eran, no cabe duda, ejercicios literarios. Los domingos me pasaba todo el día leyendo versos en voz alta, esperando las diez de la noche, para encontrarme al amparo del silencio cómplice de Sopocachi y de su paz, que nos permitía citas en la ventana de su dormitorio hasta las dos y tres de la mañana. Este régimen duró todo el año 1915 y parte de 1916. Luego, aparte de estas citas a lo Romeo y Julieta, teníamos los encuentros casuales, las visitas a su casa y los juegos en las noches de luna. En aquella ventana romanesca dejamos el eco de miles de besos, de promesas y de juramentos. No cabe duda que el asunto tenía su encanto, sobre todo dada la edad de los enamorados.

*MAS ANGUSTIAS, AVENTURAS  
Y EL ESCRITOR*

Mientras tanto, nuestra situación económica no había mejorado. Mi padre llevaba contabilidad en algunas casas, mi madre enferma, muy grave, es decir, un cuadro nada agradable. Se le había presentado a mi madre la tuberculosis de la que moriría diez años después. Yo ayudaba con las miserias que conseguía ganar en "El Fígaro", llevándole religiosamente pequeñeces, diez, veinte o treinta bolivianos, de vez en cuando. Es decir que la vida se presentaba horriblemente dura. Di mi examen de farmacia muy bien, aunque no con las calificaciones a que estaba acostumbrado.

Un consejo decidió mi carrera.

Como repórter de "El Fígaro", visitaba el rectorado de la universidad, siendo Cancelario el Dr. Claudio San-

jinés Tellería. Hombre de ademanes bruscos, voz fuerte y resuelta, con todas las apariencias de hombre de carácter, le había dedicado unas cuartillas elogiando la construcción de un salón de actos públicos, y un día, a fines de 1915, después de que di examen, sostuvimos esta charla:

—¿Qué estudia usted?

—Farmacia.

—¿Farmacia? —dijo con asombro y luego agregó—: Ve a, joven Otero, deje esa carrera que no es para usted. Usted vale para cosas mejores. Va a terminar vendiendo pomadas y drogas y eso no es para usted. Siga el periodismo.

Me impresionó la charla. Al año siguiente proseguí mis amores con la compañera de química, pero no me inscribí. La suerte estaba echada. No sería hombre de ciencia, sino plumífero, uno más del montón de los cagatintas.

En este período, hacia el mes de noviembre, ocurrió en "El Fígaro" un suceso que me impresionó toda la vida. Llegué a ser amigo de don Franz Tamayo, pero descubrí en él algo de histriónico, de humorístico, que me provocaba al combate. Igual cosa le pasaba a mi amigo Salas, que era secretario de Redacción. Don Franz llegaba todas las mañanas a la destartalada redacción de "El Fígaro", colgaba en un gancho su editorial y en otro su proverbio. Luego se ponía a charlar dándome consejos, muy amable, incitándome a que estudiara los clásicos griegos, latinos, franceses e ingleses. "No lea usted —me decía— a ese Rodó, ni a ese Fombona, ni a Vargas Vila. Lea a los clásicos. Lea Goethe, le gustará". Debido a esta sugestión leí "Werther", el "Fausto" y un libro de Paul Saint Victor, titulado "Las Mujeres de Goethe". Pero, a pesar de todo, me tentaba el demonio de la tra-

vesura y llegaba por la mañana a las diez y media, antes que don Franz, colgando en el gancho de sus proverbios algunos textos que le preparaba, en forma burlesca y satírica, al estilo de estos: El día tiene 24 horas, el que no se lava los pies, señal que los tiene sucios, en Roma el Papa y en La Paz Franz, etc, Jamás me descubrió.

Pero Salas tomó las cosas por el lado inmoral y mercantilista. De repente apareció un semanario titulado "El Herald", que tenía por principal sujeto de sus diatribas a Franz Tamayo y en general a los redactores de "El Fígaro"; hasta yo caía bajo las palizas de "El Herald". Salas era secretario de redacción de "El Fígaro", el hombre de confianza, inteligente, buen redactor, que comenzaba su carrera. Vicente Mendoza López había descubierto lo inaudito y lo trágico. Salas era el autor único de "El Herald", semanario pagado por la Prefectura y fomentado por el entonces prefecto don Néstor Cueto Vidaurre. Salas no se resistió a la tentación de un buen sueldo (además de una bonita suma que ganaba en "El Fígaro"). Hubo un día de duelo en "El Fígaro", y Salas fue despedido substituyéndolo en la secretaría de redacción mi primo Gustavo Carlos Otero, que comenzó allí su carrera pública, con todo éxito, constituyéndose en el terror de los políticos y sobre todo del liberalismo imperante.

Gustavo Carlos, es hoy lo que fue entonces, un hombre listo, inteligente, de mucho carácter, poseído por la pasión de mandar y de hacer, sacrificándose con trabajo y esfuerzo para compensarse con el sensualismo de imponer su voluntad. Su cultura ha sido la lectura de los periódicos, su maestro de política, de bellas letras y de ideas, don Franz Tamayo. Además de don Franz, Gustavo Carlos había leído en el cuartel a Vargas Vila. Es un hombre que no sabe nada y lo entiende todo. Después de la charla con un médico que ha hecho una operación de próstata él puede dar una lección, con igual o

más claridad que el médico. Y así en todo. Es que fundamentalmente es un político. Hombre de imaginación y de recursos inteligentes, humorista cruel, dúctil, duro, perverso, bondadoso. Sueña con ser presidente de la República. Acaso no haría mal papel o, si acaso, mejor que muchos. El panfletario de 1915 y 1920, hoy es un honesto ciudadano burgués, que vigila por las aguas potables de La Paz, como presidente del Comité de Obras Públicas. Hoy precisamente ha sido condecorado con una medalla como el más activo contribuyente al progreso de La Paz.

Salas es hoy después de haber recorrido todas las redacciones, jefe de redacción de "El Diario", sin gloria y con pena, cargado de odio y de envidia. El cargo más alto que desempeñó fue el de vice-cónsul en Tacna y administrador de Correos (donde cometió un robo, como me contó Humberto Muñoz Cornejo). Aquel acto de Salas en "El Fígaro" fue su hara-kiri moral.

Por esos días funcionaba en La Paz el Círculo de Bellas Artes, que agrupaba a los hombres representativos de las letras, la música y la pintura. Allí escuché algunas conferencias interesantes, entre ellas **Horacio y El Arte Lírico**, por Franz Tamayo, **La obra de Gustavo Flaubert**, por Alcides Arguedas, y otras de Andrés Belaunde, Abel Alarcón, etc. Hice en "El Fígaro" varias reseñas de estas veladas, naturalmente todas elogiosas. Ese año me dediqué a leer **La Biblioteca de Obras Famosas**, "Pueblo enfermo" de Alcides Arguedas, y un libro que me gustó, aunque salía de mis predilecciones, la "Historia Financiera de Bolivia", por Casto Rojas.

★

Hacia fines de año me ocurrió un suceso inesperado y nuevo para mí. Apareció frente a mí la imagen de nuestra señora la Aventura. Salíamos con Rafael Balli-



vián a ambular sin rumbo ni destino por las calles apartadas de la ciudad, hasta avanzadas horas de la noche, sin distinguir ni la buena estación ni el frío. La noche aquella, observamos juntos el paso de una mujer joven, cubierta totalmente en su mantón. Se veía que era joven por su cuerpo esbelto y sus andares airosos y alados. La seguimos con Ballivián por espacio de dos horas, y ya serían las dos de la mañana cuando nos cansamos de la maniobra. La mujer, como un fantasma alimentado con gasolina, caminaba sin volver la cabeza y sin cansarse. Nos despedimos, abandonando la empresa. Ballivián se fue con dirección a su casa y yo a la mía. Habitaba por entonces la casa de doña Benita v. de Daza, la misma esposa del presidente general Hilarión Daza, de tan zaran-deada historia. Subía tranquilamente la cuesta de la calle Pichincha, cuando con sorpresa, veo bajar la cuesta a la dama del mantón. Avancé resuelto hacia ella que con voz desesperada me dijo:

— ¡Retírese, me sigue mi padre!...

Le vi el rostro. Era sugestiva y juvenil, de ojos pequeños, sana, fuerte, de bella boca carnosa, y ya interesado le dije:

— No la sigue nadie, yo conozco a su padre.

— ¿De veras? —preguntó.

Total, anudamos el diálogo. La muchacha era una locuela que pasaba por una crisis amorosa. Su padre quería casarla, según contó, con un viejo, y ella huyó ante la perspectiva, sin rumbo y sin saber dónde. Se llamaba Josefina López, y ahora, como viuda de un militar muerto en la guerra del Chaco, es una honrada madre de familia. Estaba cansada, muerta de agotamiento físico y moral. Le expliqué mi situación, contándole que no tenía ni un centavo en el bolsillo, y le sugerí como consecuencia, que la acompañaría a la casa de alguna amiga.

Fuimos a una casa de la calle Mercado y tocamos, no respondió nadie. Entonces ella en su desesperación, me dijo que la acompañara a un hotel. Encontramos uno y al fin, a eso de las cuatro de la madrugada, le propuse dejarla y me invitó a subir. En la habitación me dijo que le parecía buen chico, y me entregó todo su dinero, consistente en unos ochocientos bolivianos. Comimos algo. Yo dejé el dinero sobre la mesa. Bebimos algo, creo que vino, y luego nos acostamos rendidos de fatiga, al punto que tan sólo iniciamos nuestra faena amorosa a las ocho de la mañana del día siguiente. Desocupamos el hotel a las 12 y mientras yo iba a conseguir una habitación, ella fue donde una amiga, con el convenio de encontrarnos detrás de la cárcel de San Pedro, a las ocho de la noche. Logré alquilar una habitación decente en la calle Catacora y nos instalamos allí. Había dinero para vivir y para pagar el alquiler, y ella se compró una máquina de coser. Naturalmente, yo conté mi aventura a Salas, y a un tal Saturnino Rodrigo, potosino y maestro de escuela, amigo de Salas, que estaba metido como escritorzuelo en "El Fígaro". Así las cosas y luego de mi confidencia a los amigos, un día fui como de costumbre a buscarla después de comer y me encontré con la sorpresa más extraña. La habitación estaba vacía y hasta sin la máquina de coser. Recogí un papel que dejaba leer estas palabras: "Gustavo, discúlpame, te amo, te dejo, olvídate. Adiós". Esta Josefina, no cabe duda, era una alocada. Al abandonarme, inclusive dejó 400 bolivianos que aun no habíamos gastado. Y por lo que pudiera ocurrir, los guardé.

No supe más de ella, hasta que Salas salió de "El Fígaro" y el tal Rodrigo, publicó en "El Heraldo" un folletín en el que me insultaba groseramente contando esta aventura. Con el epílogo de que Salas y Rodrigo me siguieron, descubrieron la guarida, se fingieron de la policía y se llevaron a la pobre Josefina, prostituyéndola

ambos y abandonándola luego. Ella me escribió una carta explicativa. Pero ya era tarde. Yo tenía otras cosas en la cabeza.

★

Pasé un buen año nuevo. Mi madre había mejorado y me volvieron a postergar el servicio militar otro año más, hasta el primero de enero de 1917.

El año 1916 fue para mí de gran inquietud mental, de sorpresas para mi destino y de dolores y tristezas.

### *ROMANTICISMO Y CULTURA*

En enero mi hermana Cristina, o Tina como le llamábamos, enfermó gravemente, manteniéndose así con alternativas hasta el cinco de febrero, en que murió. Nuestra miseria culminó con la muerte de mi hermana. Salimos del apuro gracias a amigos de mi padre, que le ofrecieron algunas sumas, impresionados por nuestra situación. Mi padre seguía sin empleo, siempre a salto de mata, y yo no ganaba sino pequeñas cantidades que entregaba a mi madre. La muerte de mi hermana nos planteó la necesidad de trasladarnos de casa, por higiene y porque hacía seis meses que no pagábamos los arriendos. Mi madre estaba enferma. Salí en busca de habitaciones con mi prima María Luisa Gosálvez. Yo estaba enlutado con un terno nuevo, zapatos negros de gamuza y sombrero fino. Llegamos a la calle Evaristo Valle y en la casa No. 73, vimos un letrero que decía: **Se alquila un departamento**. Entramos a la casa que tenía por ingreso un largo callejón. Al fondo, en una amplia vidriera, se peinaba la dueña de casa, una joven que a través de

los cristales me pareció hermosa. Me emocionó de un modo particular el verla. Así como me gustó la muchacha, me disgustó el departamento. Y este fue el comienzo de un romance que diez años después concluiría en el matrimonio. Se llamaba Hortensia Arguedas. Volví al día siguiente con objeto de verla y logré mi deseo después de larga espera. Proseguí el juego varias tardes y mañanas hasta que me convencí que la curiosidad de conocernos era mutua. Gestioné la presentación por medio de un sobrino suyo, Guillermo Arguedas, que nos puso en contacto una mañana de marzo en pleno cementerio. Allí, como en las novelas románticas, le declaré mi amor, mientras su cuñada, su sobrina Eda, y su sobrino, habían desaparecido en forma estudiada. ¿Quién era ella? Pronto lo supe. Hacía apenas un mes, o menos, que había muerto su padre, don Fructuoso Arguedas. Tenía tres hermanos de padre: Alcides, Federico y Arturo, y dos hermanos de padre y madre: Julio y Arminda. Me sorprendió saber que fuera hermana de Arguedas, el escritor a quien leía con entusiasmo y el que me había dirigido una carta, pocos días antes, agradeciéndome por un artículo elogioso a una conferencia que dictó en el Círculo de Bellas Artes. Sería imposible el contar estos amores en una página; vamos a dejar las huellas de su recuerdo conforme se suceda el curso de los días y los años hasta nuestro casamiento.

Por esos días de 1916 la cosa se presentó interesante y duró hasta después del carnaval de 1917.

Hice varias visitas a la casa de su cuñada y algún domingo también visité su casa, hasta que un buen día todo terminó con una fiera hostilidad. Ella ingresó al internado y hubo cartas reservadas y misteriosas. En fin, amores románticos al cien por cien. La verdad es que entonces jamás pensé que Hortensia padeciera el romanticismo de Lovelace en base a las lecturas de "Clarisa Harlowe" en forma tan aguda. El terreno estaba abonado

y yo disparaba mis flores románticas, las más puras y mejores, desflorando corolas en su honor. Cuántas cartas, cuántos sueños, cuántas inquietudes, cuántas fantasías, cuántas esperas!...

★

El año de 1916 fundamos, un grupo de amigos, el Círculo Futurista, que se llamó así de un modo muy casual y espontáneo. Llegó a nuestra ciudad un joven peruano, Alberto Hidalgo, que posteriormente adquiriría alguna notoriedad como panfletista y poeta, y se presentó a la prensa con un libro titulado "Oda Futurista al Emperador de Alemania". Tenía el tal Hidalgo una petulancia hiriente, un desenfado que llegaba a la impudicia y una personalidad toda ella agresiva. Isaac Tamayo, que frecuentaba "El Fígaro", sin escribir sino muy pocos artículos, una mañana nos propuso a Alberto Villegas y a mí, el dar una fiesta humorística a Hidalgo. Perfilamos el asunto y decidimos darle un banquete que debería pagarlo él. El banquete debía estar sazonado con tantos discursos como asistentes. Yo fui el encargado de visitar a Hidalgo y plantearle la cuestión del pago del banquete. Le expresé que al banquete concurriría lo más selecto de la intelectualidad de La Paz, y que las cuotas recaudadas sólo ascendían a la mitad del costo de la manifestación. Agregué que el programa fracasaría si él no aportaba su contribución correspondiente a la otra mitad (que en verdad era el costo total del banquete) y que esperaba su decisión. La vanidad del bichorro se hinchó y sin más me dijo que estaba de acuerdo. Lo llevé al hotel llamado Westing House y allí pagó la suma cuyo monto no me acuerdo exactamente. Se produjo el banquete, en el que se pronunciaron más de 15 discursos de una categoría ditirámica, malévola. Yo pronuncié uno leído, bajo la inspiración del Buscapie de don Juan Montalvo, que fue

celebrado. Aquella noche se organizó el "Círculo Futurista". Era el 16 de septiembre de 1916.

Los miembros fundadores del referido círculo, que después adquirió celebridad fueron los siguientes: José Tamayo, Isaac Tamayo, Gustavo Carlos Otero, Arturo Otero, Gustavo Adolfo Otero, Alberto Saavedra Pérez, Gabriel Levy, Hugo D. Aranda, Alfredo Flores, Roberto Pacheco Iturralde, Abel Guarachi, Alberto de Villegas, y otros que en este momento no recuerdo.

El Círculo Futurista adquirió, por la calidad de sus componentes, una fuerza espiritual explosiva, asidero de todas las rebeldías, de todas las inquietudes y de todas las audacias.

Realizábamos veladas semanales en casas particulares que en su forma eran caricaturas de las que se llevaban a cabo en el Círculo de Bellas Artes. Allí pronuncié varios discursos humorísticos.

### *EL POLITICO*

Hacia el mes de octubre de este año, "El Fígaro" tomó una gran importancia política, debido a la Convención del Partido Liberal que debía elegir al futuro presidente. Resultó que el **Fígaro**, opositor sistemático al gobierno de Montes, apoyaba la candidatura de don José Gutiérrez Guerra. Las cuestiones íntimas de esta actuación las reconstruí después. Fui enviado por el director a la casa de don José Gutiérrez Guerra, a pedirle una fotografía y unos datos biográficos. Esta fue la primera vez que vi a este aristocrático, interesante y desgraciado personaje. Era de estatura más elevada que baja, con cerca de un metro setenta y cinco centímetros. Carga-

do de espaldas, de andar ágil y desenvuelto, con un gesto de novedosa ceremonia, de dignidad y de orgullo. Parecía que antes de Gutiérrez Guerra nadie hubiese caminado sobre la tierra, ni nadie hubiera alzado una hoja de papel o fumado un puro. Todos sus movimientos eran elegantes y controlados. Usaba una barba cuadrada, sus cabellos echados hacia la nuca y anteojos de miope, adornados por unos aros quevedescos, de los que pendía un cordón de seda. Sus ojos de miope, que se desnudaba para leer, eran penetrantes y velados por una esfumadura como la de las águilas. Su voz bien timbrada, tenía esa misma elegancia y modulación inédita, única. Hablaba masticando las palabras, exagerando un poco su prosodia chuquisaqueña. Era elegante en su traje. Su gusto inglés adquirido en Londres no había desaparecido con los años. Sus manos eran unas magníficas piezas anatómicas, blancas, fuertes, de dedos modelados femeninamente, provistos de largas uñas blancas y espejeantes. De gran inteligencia, memoria no muy buena pues tenía que escribir sus discursos para pronunciarlos en el parlamento (vi algunos en su archivo), imaginación viva, voluntad violenta para el mando pero vacilante para la acción. De gran amor propio, muy poco astuto, confiado, altivo y naturalmente orgulloso. La vida de sociedad le había dado una espontánea fuerza de atracción sobre las gentes y era político y cortés sin bajeza. Era un hombre simpático, lo que se llama un hidalgo, amigo de sus amigos. Era servidor, tenía el don de hacerse cargo de la situación de los demás, sin egoísmo, de una generosidad sin límites. He conocido pocos hombres como éste, que fue un magnífico ejemplar de superioridad humana. Aplicó a nuestra política estas sus condiciones psicológicas aristocráticas y fracasó, fracasó elegante, señorial y magníficamente. Estas sus hermosas y admirables condiciones estuvieron contrastadas por su sensualismo. Amaba la vida, las mujeres, la pasión excitante del juego y se

fruía con el alcohol como lo hacen los lores británicos. Pero estas condiciones lubricaban el temple acerado de su psicología, amortiguando su fuerza, aunque no su temple y dureza. Sus amigos, algunos que fueron sus mayores enemigos, explotaron perversamente ese sensualismo que le perdió. Su trabajo fue anestesiar al león con perfumes, whisky y señoras bellas. Como no voy a hacer la biografía de don José Gutiérrez Guerra, dejo este capítulo para volver a ocuparme de él con otro motivo.

Aquel señor me entregó su retrato y sus datos biográficos escuetos. A la salida me encontré con que estaba en la puerta don Tomás Ml. Elío. Aquí estaba el secreto de muchas cosas que vi después. Gutiérrez Guerra fue elegido candidato a la presidencia, siendo sus vicepresidentes don Ismael Vásquez y don José Santos Quinteros.

Como he oído hablar muchas cosas sobre este hecho, que no responden a la realidad histórica, voy a apuntar ligeramente algunas noticias. En la cámara de diputados se había organizado un grupo liberal, antimontista, que era el que propiciaba la candidatura de Gutiérrez Guerra. Don José Zamora, personaje pintoresco, un falso valor de nuestra política, audaz, hombre corcho, dirigía el grupo montista aspirando a la vicepresidencia de la república, y se declaró neutral en la contienda. Cuando fue uno de sus correligionarios a preguntarle su opinión, le repuso:

— El Partido Liberal es mayor de edad y sabrá lo que hace. Así, pues, Montes no apoyó la candidatura de Gutiérrez Guerra. Dejaba hacer a sus ministros y perfectos, pero él no movió un dedo en favor de su sucesor a quien no miraba con simpatía, por antagonismo psicológico y por la extracción conservadora de Gutiérrez Guerra, a quien llamaba el "último oligarca", de acuerdo a una frase atribuida al propio candidato a la presidencia.



Montes no dio un solo centavo para la candidatura de Gutiérrez Guerra, costándole a éste más de 350.000 bolivianos, en la cuenta de gastos electorales.

\*

El día de Navidad me paseaba por la plaza a las 11 de la mañana, y sentí que una mano se posaba sobre mi hombro confiadamente. Revolví y me encontré con que era el propio Gutiérrez Guerra quien con su voz crujiante me dijo:

— Venga mañana a casa a las once, quiero que me ayude usted en mi secretaría... tendrá un buen sueldo. Le agradecí y se despidió insistiéndome en que no me olvidara. Sin que este caballero acabara de pronunciar sus últimas palabras corrí a mi casa, donde mi madre, a avisarle la fausta noticia, que significaba, de momento, la salvación de mi casa y mía, al asentar una posición económica, pequeña pero firme.

Fui a su casa y allí me enseñó, agrupadas en paquetes, diseminadas por la alfombra de una habitación, miles de cartas, y me dijo:

— Todo eso tiene usted que contestar. Cada paquete tiene su rótulo y según él debe usted contestar, al estilo de cada grupo.

Agregó que mi sueldo sería de Bs. 200.

Mi oficina estaba en el despacho de su casa romana, situada en la calle Potosí. Resultó mi colega de trabajo don Manuel Carrasco y mis subordinados Alfonso Alvarez García y Gustavo Alexander, registrador de correspondencia y archivero, respectivamente.

El trabajo mecánico era fuerte. Era necesario contestar unas 120 cartas diarias, para lo cual se requerían

algunas horas. De 9 a 12, de 1 a 6 y de 8 a 10 de la noche, y aun así, la correspondencia electoral proseguía acumulándose. Las únicas distracciones que tenía en esa temporada, eran escapar algún día a las 4 de la tarde para encontrarme con Hortensia en la puerta de su casa de la calle Ingavi, donde ya vivía con su hermano Alcides, y luego visitar las librerías para comprar libros, empleando casi la totalidad de los 50 bolivianos que me correspondían de mi sueldo, ya que el resto lo entregaba a mi madre.

Este trabajo intenso duró hasta el mes de mayo, cuando Gutiérrez Guerra triunfó en las elecciones contra la fórmula Escalier - Salamanca - Saavedra.

Hacia el mes de junio ocurría el más estúpido acontecimiento de nuestra estúpida historia nacional. Moría embarrancado en el Kenko, alturas de La Paz, el expresidente General José Manuel Pando, dándose la coincidencia de que por esos días también pasaba por allá el presidente electo Gutiérrez Guerra.

Pero es necesario anotar otros acontecimientos para explicar la situación en su sintética superficie. En enero de 1917, "El Fígaro" había dado el paso hacia el liberalismo. Elío arrastró a Espinoza a la venta del periódico, mientras Tamayo, Felipe Guzmán y Bustamante, proseguían en sus puestos de radicales. Se cambió la redacción de "El Fígaro", siendo director Ezequiel Calderón y colaborador José Salmón B., un tal Rivero, cruceño, empleado de Elío, Zacarías Monje Ortiz, Rafael Ballivián, Saturnino Rodrigo y otros. Yo proseguí como visitante, pero sin escribir nada. Luego fue director hacia el 5 de diciembre de este año, el peruano Federico More, del que tengo que anotar algunas cosas.

Los emigrados de "El Fígaro" fundaron "El Hombre Libre", y a poco mi primo Otero, con los republicanos fundaba "La Razón".

Ocurrida la muerte de Pando, tanto "El Hombre Libre" como "La Razón" acusaron al liberalismo del asesinato de Pando. Fue la más monstruosa impostura de la historia, no fue el crimen de los liberales sino de los republicanos y principalmente de Bautista Saavedra. El mismo momento que Saavedra supo la noticia de la muerte de Pando, dijo a sus correligionarios:

— Ese es un crimen político — tenemos que sostener eso, para acabar con los liberales.

Este asunto fue la pesadilla y la sombra funesta del gobierno de Gutiérrez Guerra y acabó con él, después de haber mantenido al país en un proceso lento de combustión interior.

Esta fue la primera vez que sentí auténtica indignación ciudadana, frente a la más canallesca y perversa manifestación del odio, como instrumento de política nacional.

Desde mayo hasta agosto tuve unos días de calma, dedicándome a la lectura de algunos libros que me inquietaron el espíritu; **Los Ensayos** de Emerson, **La Vida Austera** de Pedro Corominas, **La Educación de Sí Mismo** de Pablo Dubois, **El Glosario Espiritual** de Gregorio Martínez Sierra, **Las Moradas** de Santa Teresa, los libros de Smiles y Morden. Fueron tres meses de descubrimiento de un nuevo sentido del mundo; el mundo de la rectitud, de la disciplina, de la administración de los sentimientos, la reflexión sobre los sucesos de la vida y sobre todo un deseo de perfeccionamiento en la conducta. Puede decirse que con la lectura de esos libros, ingresé a un período de purga moral y a un afinamiento de mis emociones y de mi vida. Comencé por regularla en las horas, salir poco en las noches, aislarme de los amigos, es decir, comencé a ser yo mismo, con plena conciencia de mis actos. Mi éxito, tanto económico como mi nueva situa-

ción, el estar instalado en el Palacio como auxiliar de la Presidencia de la República, me estimularon, y los libros me dieron alas para volar. Dejé de escribir artículos y vacié todas mis nuevas ansias en las cartas que escribía a Hortensia. Mis amigos dijeron que estaba con neurastenia.

### *PALACIEGO*

El seis de agosto de este año ocurrió un acontecimiento que no por frívolo dejó de ser sensacional. Estrené un frac, el primero, impecable, y fui al baile de palacio. Salí decepcionado, porque comprendí que el bailar con las chicas más bonitas y elegantes no era sólo cuestión de estar en la sala de baile, ni de ponerse frac, ni tampoco de ejercer una función pública, sino sobre todo el disfrutar de una situación económica. Comprendí que la riqueza abría las puertas del mundo y a falta de ella, la rectitud, la altivez, el orgullo, la audacia y el saber. Me confirmé en mis ideas, y me apliqué más a ellas. Recuerdo que después de aquel baile, en el que no bailé, porque nunca he danzado en mi vida, me fui a casa, y me dormí leyendo **El Libro del Hombre de Bien** de Benjamín Franklin.

La vida en Palacio me trajo a las manos un mundo de observaciones, de conocimientos de la vida, de los hombres, de los sucesos, y también el ejercicio de algunas virtudes. Aprendí que el palaciego debe ser un poco tonto, un poco ciego, un poco sordo y un poco mudo. Con todo, como explicaré después, salí de Palacio precisamente por un momento en que por hacer un chiste, sacrifiqué una posición aunque no del todo. La lectura de la correspondencia me reveló la situación mental y psicológica de mu-

cha gente que tenía yo por culta y superior. El Palacio es una especie de alcantarilla de las bajas pasiones, de medidos intereses, de servilismo, de baja y de adulación. Estas cartas me daban la confianza en mi propia superioridad moral e intelectual. Mi madre disfrutaba en su curiosidad con las confidencias que le hacía sobre las peticiones, las faltas de ortografía, las fórmulas de baja usadas por gentes conocidas nuestras y que se daban humos de importancia y prepotencia social.

Nuestra situación económica mejoró notablemente. Mi padre fue empleado también por Gutiérrez Guerra en una comisión de inspectores de contabilidad y de deudores al fisco. Todo esto duró hasta la revolución de 1920.

\*

Contar mis observaciones de palacio durante el año que estuve allí, sería muy largo y casi podría decirse el reconstruir la vida boliviana de nuestra política en ese período. Sólo referiré algunas cosas relevantes o que más repercutieron en mi espíritu. Referiré primero la forma en que el presidente —o don José— recibía las audiencias del público, es decir del común de mártires. Estas audiencias se realizaban el martes y viernes y yo esos días tenía la obligación de sacar horas antes de tal función dos mil bolivianos precisamente en billetes de cien de la Casa Bancaria que el presidente metía en su cartera. Don José solucionaba los problemas difíciles o simplemente inejecutables obsequiando dinero. Como no era posible dar cargos a todo el mundo, repartía dinero. Gastaba 8.000 bolivianos en las audiencias y ganaba, contando con los gastos de representación, 5.000 bolivianos. La quiebra de sus finanzas privadas era, pues, notoria. A esas salidas había que agregar una serie de pensiones que yo enviaba a parientes pobres del presidente, distribuidos en toda la república, su tren de lujo

y dispendio en su casa y sus gastos de juego. ¡Esta presidencia lo estaba arruinando! Y acabó por arruinarlo.

A los amigos de confianza los recibía en otro plan. Tenía una mesa de trabajo pequeña, pegada a la ventana del despacho presidencial, y al lado colocaba una silla, donde se sentaba el visitante. Tras de esta mesita había otra, con una consola en la que había dos botellas de whisky, un sifón y una pequeña jarra con limón agrio. Llegaba el visitante a la hora que fuera, y entonces el presidente le invitaba el whisky con soda, tomándose ambos una copa. Al día eran varias las visitas de confianza, de tal modo que los whiskys que ingería también eran menudos y variados.

El 5 de diciembre de 1917 presencié los pormenores de un acontecimiento que fue la primera brecha grave en el castillo almenado del liberalismo. Se había planteado la acusación contra el presidente Montes, a la que en forma indirecta, por negligencia, había contribuido el Presidente Gutiérrez Guerra. El oficial mayor del Ministerio de Gobierno y Justicia, el abogado de extracción conservadora Fidel Vega, hizo publicar un inventario de muebles y útiles del Palacio de Gobierno que acababa de dejar el Dr. Montes, demostrativo de la ausencia de muchos objetos de valor, inclusive de unos diamantes de la Medalla del Libertador que lucen en su pecho como insignia de mando los presidentes de Bolivia... A estos explosivos, habría que agregar la hostilidad y la conspiración del silencio que el Presidente Gutiérrez Guerra sufría de "El Tiempo", periódico montista. La oposición había acumulado contra Montes una larga contabilidad de robos, desafueros, malversaciones, coimas, transgresiones constitucionales, etc. Los republicanos habían planeado la revolución a base del asesinato de Montes en la Cámara, defección de algunos regimientos y lanzamiento de turbas embriagadas a la plaza, ocupándola para fomentar el desorden. Bautista Saavedra había sido el organiza-

dor de esta aventura. De su parte el gobierno había tomado las medidas necesarias para contrarrestar el golpe. Se ocupó la plaza militarmente, se restringió y seleccionó el ingreso de los elementos al recinto camaral, y por último, un grupo de diputados liberales se habían apostado detrás de los acusadores, en tal forma que si ocurría algún hecho armado, ellos estaban listos con sus pistolas para disparar. La cosa iba en serio y realmente se percibía un olor desagradable en el ambiente desde las primeras horas de la tarde. Yo fui al palacio como de costumbre a las 12 y media y me sorprendí al saber que el Presidente se había instalado en las habitaciones privadas de Palacio, pues, don José vivía en Obrajes y se trasladaba diariamente en su auto Overland, abierto, enfundado en su abrigo de pieles y cubierto con su colcha de vicuña, su tongo, su barba y sus anteojos. Las esquinas de la plaza fueron ocupadas militarmente. A las tres de la tarde la plaza estaba escueta y sólo se oían los gritos de la multitud que rugía alcoholizada. Puntualmente salió de su casa el ex-presidente Montes, situada en la calle Bolívar, en el actual edificio de la Bolivia Railway, acompañado por el general Prudencio, varios diputados y algo de pueblo, entre el que iba mezclada abundante policía. Inmediatamente que Montes ingresó al Palacio Legislativo, escena que presencié desde uno de los balcones de Palacio, corrí a tomar mi asiento en la Barra, después de haber exhibido una tarjeta como contraseña. La guardia del Palacio había sido reforzada con un número diez veces superior en hombres que lo habitual, y pasé en medio de los soldados que ocupaban la puerta, para instalarme en el Palacio Legislativo. No anoto aquí los pormenores de la actuación del Presidente Montes, porque de este asunto me he ocupado extensamente en uno de los números de mi publicación **La Revista de Bolivia**. Debo anotar que no concluí de escuchar la defensa de Montes, pues salí a las seis menos diez del Palacio Le-

gislativo. Esa tarde, después de mucho tiempo, debía encontrarme con Hortensia en la puerta de su casa de San Sebastián. En efecto, pasé en medio de la cholada que demostraba su inquietud y sus ansias de rebelión mediante gritos. No fui molestado y llegué sin novedad a San Sebastián. Charlamos media hora y cuando me disponía a despedirme de Hortensia, sentí el tiroteo de la fusilería. Me fui rodeando la Plaza y llegué a las siete a mi casa, cuando ya los sucesos habían pasado. Después de comer me encaminé a Palacio. El movimiento militar era grande, y fui a la redacción de "El Fígaro" que encontré vacía. Estuve algunos momentos y luego se presentó un señor alto, moreno, simpático, que hablaba imperiosamente. Era el peruano Federico More, que esa tarde acababa de llegar desterrado de su país. Charlamos y como los redactores del periódico brillaban por su ausencia, el extranjero tomó la máquina y en colaboración de algún otro, sacó el diario el día siguiente, para sorpresa de todos los redactores. Yo escribí un artículo glorificando a un soldado Echalar que había caído esa tarde en defensa del orden, que me valió una estruendosa felicitación del Ministro de Relaciones don Julio Zamora.

Luego volví al Palacio. Aquí hacía algunas horas que el Presidente y sus ministros, discutían a puerta cerrada en consejo de gabinete sobre la conveniencia de dictar estado de sitio para desterrar a los subversivos. Yo estaba en la Secretaría Privada con Manuel Carrasco, y los ministros a su turno venían a redactar proyectos para el estado de sitio. Pero el conflicto principal no era sino que el Ministro de la Guerra, Dr. Andrés Muñoz, había hecho cuestión sobre un punto de los sucesos de la tarde. El momento en que salía Montes y el grupo de sus acompañantes del Parlamento, avanzó desde la Prefectura un grupo resuelto de civiles armados con pistolas y penetraron en la Plaza. Igual cosa ocurría en la calle Ballivián. El Presidente don José Gutiérrez Guerra, había ordenado



a la guardia que rechazara a los amotinados y el jefe del regimiento que comandaba la plaza le pidió orden por escrito. Entonces el presidente montó en cólera, bajó hasta la puerta de palacio y allí ordenó a uno de sus edecanes que hiciera fuego sobre la multitud. El teniente Aramayo obedeció, dispersando a la gente con algunas bajas de bala y bayoneta. El Ministro de la Guerra, Dr. Muñoz, insistía en que la orden debía haber sido por escrito y con su referendo; y como la mayoría del gabinete no opinaba así, presentó su renuncia, si bien firmó el estado de sitio. Como siguiera la discusión sobre la aprobación del Decreto, don Julio Zamora me entregó un anuncio del tiempo de Arce, para que con algunas modificaciones copiara el decreto del sitio. Eran las 3 de la mañana. A esa hora, cuando los señores ministros tomaban caldo y ponches, se aprobó el decreto, pensándose en preparar la lista de los deportados y hacerlos prender por la policía. Entonces Zamora, que era Ministro de Relaciones Exteriores y no le incumbía el asunto, lanzó una carcajada diciendo:

— Señores, siento comunicarles que todos esos señores de la lista ya están presos desde las ocho de la noche...

El astuto y listo ministro se había adelantado a los acontecimientos.

Se hizo la recomposición ministerial con la renuncia del Dr. Muñoz, que salió sólo por su prurito de poner los puntos sobre las íes y por su empacho de escrúpulos legales. El Dr. Mujía, poeta, adiposo, lento, sentimental y humorista, diplomático viejo, ejercía muy mal las funciones de Ministro de Gobierno y pasó a Relaciones, quedando Julio Zamora en su cargo, ejerciendo estupendamente su papel de Fouché criollo. Los demás ministros del primer gabinete de Gutiérrez Guerra, don Alfredo Ballivián, gran señor, elegante, bello y legalista, banquero,

en Hacienda; el Dr. Claudio Sanjinés T., enérgico, inteligente, emprendedor, en Educación; el general Fermín Prudencio, de Guerra de quien mi tío Berna decía que era un civil disfrazado y que sólo tenía valor cuando se ponía uniforme; de Justicia y Minas, Julio Gutiérrez —un hombre astuto, violento y torpe—; el ministro de Fomento debió ser algún hombre sin relieve, pues lo he sepultado en el olvido.

★

Pasados estos barullos políticos ingresé nuevamente en la calma. Por esos días hice una travesura literaria que quiero anotar aquí porque la he visto muy mal contada en un libro sobre Franz Tamayo, que acaba de publicar Fernando Diez de Medina. Tamayo, publicó un libro titulado **La Prometheida o las Oceánides**. El periódico "El Hombre Libre", publicó una nota, anunciando que en sucesivas ediciones daría a conocer los juicios críticos que se enviarían a su redacción por todos los literatos del país y de América; pero ocurrió que los juicios que se publicaron fueron pocos. Confieso que Tamayo, con todo su talento, siempre me movía a la risa y a la travesura. Precisamente por aquellos días había leído unos juicios críticos sobre la **Prometheida** de Carducci, otro de Paul Saint Victor y otros de Angel Guerra. Con retazos de estos juicios, adornándolos mediante pequeñas ensambladuras, envié en un sobre un extenso artículo, naturalmente elogioso para Tamayo. El artículo se publicó con grandes caracteres y en sitios de preferencia e iba firmado por Pertinax. Me contaron que don Franz, según su costumbre, se paseaba en la redacción, y leyendo el artículo decía:

— Es magnífico, el único que puede haber escrito esto en Bolivia es Francisco Iraizós.

Pasaron los días y aquí vino lo bueno. "El Tiempo" me publicó un artículo a doble columna, denunciando el plagio y agregando, naturalmente, que los redactores de "El Hombre Libre", para loar a su jefe, habían recurrido al plagio. La verdad es que hice esto, no sólo por fastidiar a Tamayo, sino para demostrar a sus redactores que eran unos ignorantes. Al día siguiente apareció un suelto en "El Hombre Libre" expresando algo como esto: "Nos han prendido, lo reconocemos. La jugarreta ha estado bien tramada. Lo que no gusta es su mala intención y perversidad, etc...". Así fue la cosa y no de otra manera.

Ahora debo referirme a Federico More, el escritor peruano que hizo "El Fígaro" cuando todos sus redactores abandonaron el periódico, perseguidos por el miedo. More no fue mi amigo en aquella fecha, sino después, pero entonces lo admiré. More es uno de los hombres de mayor, más fino y más brillante talento que he conocido en mi vida, contando a Felipe Sassone, Manuel Azaña, Federico García Sánchez, Gabriela Mistral, Gregorio Marañón, Enrique Larreta, Franz Tamayo, Vargas Vila y otros. Era un tipo extraordinariamente simpático, de verbo tajante y fluido, su frase hablada era tan impecable como su frase escrita. Gran memoria y una imaginación verbal llena de luz, de agilidad y de un relampagueo siempre sugestivo y alado. En este More el talento, como en Chocano, era enemigo de la virtud. Era hombre sin sexo moral, situado más allá del bien y del mal. Era el centauro del ángel con el cerdo. Orador magnífico, sus discursos eran el canto de luz de una fuente sonora. Sus artículos precisos, ceñidos, cargados de sugerencias. Gran tipo este More, borracho, tramposo, sucio, elegante, sifilítico, perverso y bueno, un hombre sin defectos y con muchos vicios.

Por esta misma época y antes de finalizar este año, se me ocurrió otra travesura literaria. El Círculo de Be-

llas Artes de Potosí llamó a unos Juegos Florales. El poeta colombiano don Manuel María Muñoz era el privilegiado de los Juegos Florales y todos los años se sacaba el primer premio. Con el objeto de poner a prueba la imparcialidad de los jurados y sus conocimientos literarios envié al concurso una bella composición del poeta argentino Leopoldo Díaz, poniendo en el sobre bajo pseudónimo una tarjeta de Manuel María Muñoz. Él, naturalmente, había enviado su composición propia, y recibió telegrama anunciándole que había obtenido el primer premio. Grande debió ser su asombro cuando al llegar a Potosí se encontró con que la poesía premiada era del otro Manuel María Muñoz y que él no había alcanzado nada; pero, como ya se había hecho publicidad sobre el asunto, se arregló la cuestión, dándole el primer premio pero con su composición. Una indiscreción mía hizo traslucir el asunto y Muñoz, a su vuelta de Potosí, como dentista que era, me ofreció sacarme las muelas a trompadas. Andando los años fuimos muy buenos amigos y yo lo hice figurar en mi *Crestomatía Boliviana* a pesar de ser colombiano. Cuando llegué al año 1938 me volveré a ocupar de él.

Al finalizar este año de 1917, debo anotar dos cosas: que eché las bases de mi biblioteca, llegando a contar unos quinientos volúmenes; que fui exencionado definitivamente del servicio militar, gracias a un certificado que me otorgó el Dr. Sanjinés en plan de favor, aunque no había aumentado de peso, sin llegar a los 46 kilogramos.

★

El año 1918.

El año nuevo se presentó bien. Recibí un sueldo doble. Uno pagado por el gobierno y el otro particular de don José. Aquello fue Jauja. Me compré una cantidad

de libros, entre ellos uno que hasta hoy lo leo de vez en cuando y que lo hice empastar de lujo como homenaje de admiración y agradecimiento a su genial autor, Mauricio Maeterlink. Compré y leí por aquellos días un mundo de novelas y entre ellas cuatro deliciosas que son hasta hoy mis novelas predilectas, a pesar del tiempo: **Afrodita** de Pierre Louy, **Los dioses tienen sed** de Anatole France, **Pepita Jiménez** de Juan Valera, **Maravilla** de Alberto Insúa y **El retrato de Dorian Grey** de Oscar Wilde. Luego me entusiasmé con la lectura de los fragmentarios franceses. Por aquellos elaboradores de máximas y sentencias como La Bruyere, Vainenages, La Rochefoucould, Joulert, Pascal, etc. Este año fue para mí de una intensa actividad mental, y también fecundo en sucesos, traumatismos morales y experiencias.

★

Desde el año 1916, aquel grupo de amigos que indiqué, más algunos otros que luego vinieron a sumarse, fomentábamos el Círculo Futurista que extendió su radio de acción de las casas particulares al teatro. Dimos tres juegos florales humorísticos que tuvieron un éxito escandaloso de público, de risa y de taquilla. Yo fui el poeta laureado por dos años con sendas composiciones humorísticas. Pero, a fines de 1917, el gobierno de Gutiérrez Guerra comenzó a fomentar el Perú-bolivianismo mediante viajes de estudiantes. Los peruanos que llegaron a La Paz fueron agasajados en forma demasiado calurosa por la sociedad y especialmente por la juventud femenina. De aquí que nosotros hicimos la crítica que suscribimos mi primo Gustavo Carlos y yo. Ésta se quedó escrita hasta Carnaval, que fue ese año a mediados de abril. Pero dejemos esto en suspenso, como antecedente, y sigamos cronológicamente.

En enero me hicieron socio del Círculo de Bellas Artes y di una conferencia sobre la novela boliviana. Antes, el año 1917, di otra sobre Larra, pero fue casi en la intimidad. Mi conferencia alcanzó algunos comentarios de prensa. Comencé a escribir "Las rutas perdidas", una novela que publiqué en "El Diario" en 1919 con el nombre de Vida y Milagros de Franz Pereira, en 1923, editada y mejorada, la publiqué en volumen con prólogo de don Alfredo Ascarrunz.

En el mes de enero, un día de esos, me llamó don Julio Zamora al Ministerio y allí, de golpe y sin previo aviso, me echó una lluvia de elogios sobre mis artículos y mi conferencia, ofreciéndome hacerme cargo de una Sección de la Dirección de Estadística y Estudios Geográficos con un sueldo de 300 bolivianos, 100 más de los que ganaba. Zamora agregó que allí podría dedicarme con libertad a mis trabajos literarios y también estudiar las cosas del país, de las que hasta ese momento sólo sabía lo que había aprendido en el colegio. Comenté a mi madre el caso, porque yo no me sentía con fuerzas para acometer la empresa. Mi madre me aconsejó que aceptara el cargo:

—No tengas miedo. Allí mismo aprenderás. Además el director es Moisés Ascarrunz, medio tu pariente, yo le hablaré.

Acepté el cargo y me retiré de Palacio muy agradecido para don José y todos. Sólo años más tarde supe el motivo por el cual había sido ascendido tan rápidamente y en forma tan agradable. Recibí órdenes de llevar al Presidente su correspondencia a la cama, hacia las ocho de la mañana. Llegó a eso de las ocho y media el coronel Donato Moreira y sin saludar fue a la cama del Presidente, y lo besó en la frente y en las mejillas con fervor. Estuve a punto de soltar el trapo de la risa y el paquete de telegramas que tenía entre las manos, al ver

aquella escena de servilismo y de repugnancia. Es cierto que don José besaba a todo el mundo, especialmente a las señoras bonitas, pero así, en público, a la francesa, pero no sabía que los hombres y nada menos que los coroneles lo hicieran con él. Dejé los telegramas, recibí las órdenes y corrí a la sala de edecanes, donde encontré en charla al coronel Núñez del Prado, al capitán Peña, al capitán Quintanilla y al teniente Toro, todos personajes de nuestra historia en estos últimos años. Les conté lo sucedido alardeando mi buen humor, pero, mi auditorio recibió la noticia con la mayor frialdad. A poco uno de los militares contó el suceso al Presidente y Zamora aconsejó:

— Hay que sacar a ese chico de Palacio, parece inteligente, y puede ser un peligro con una indiscreción aquí dentro.

Ese fue el motivo de mi ascenso. Me lo contó cinco años después el mismo Moreira. Cosas graciosas de la vida.

Me instalé en la Dirección de Estadística y Estudios Geográficos. Me recibió con agresiva hostilidad el Director, Moisés Ascarrunz, con quien después en el correr del tiempo, hice una gran amistad y hasta me consideró como su sobrino. Los empleados, el Secretario, un tal Casto Pinilla y los demás, me recibieron con igual hostilidad. El Director me pedía estudios difíciles poniendo a prueba mi paciencia y mi poder de trabajo. Me acuerdo que a los dos días que ingresé me dijo que le hiciera un informe sobre los "Usos horarios y su implantación en Bolivia". Este fue el origen de la dictación del decreto de la hora oficial el año 1920. Yo no sabía nada del asunto; pero revolví librerías y bibliotecas, diccionarios y qué se yo, estudiando día y noche, y al cabo de tres días presenté el informe con un proyecto de decreto. Mi jefe leyó el asunto y me lo devolvió con correccio-

nes en las frases sin decirme una palabra. El informe se envió al Ministerio de Gobierno. Esta fue la primera prueba. Otra, que me resultó fácil, fue la preparación de una bibliografía de las producciones literarias de Bolivia en los años 1914, 1916 y 1917. Hice el trabajo empleando el mismo método de René-Moreno, a quien conocí por su Bibliografía Boliviana que aprendí a manejar en esta oficina. Esta vez Ascarrunz sonrió, pero sin más expresión. El trabajo se publicó en el Boletín. La tercera prueba, fue la preparación de un estudio sobre la coca, pedido por una oficina de los Estados Unidos. Revolví otra vez bibliotecas, cronistas, ordenanzas y mil cosas. Hice un estudio de 50 páginas. Aquí se rindieron todos. Ascarrunz me felicitó, lo mismo que el Subsecretario. Desde aquel día fui el amo de la oficina y dejé de trabajar. Apenas si contestaba algunos oficios. Me hice comprar una máquina nueva, cambié de oficina y me instalé en una con ventana sobre la calle frente a mi casa, de donde podía coquetear con mi madre que aparecía en la suya. Proseguí escribiendo mi novela que avanzaba rápidamente en aquella espléndida máquina flamante. Luego Ascarrunz me tomó confianza, comenzamos a charlar sobre libros y autores españoles que él había conocido personalmente. No le cabía en la cabeza que un muchacho de 21 años hubiera leído tanto. Me incitó a ejercitarme en el francés y luego en charlas sobre autores franceses. Él conocía Víctor Hugo y su Dumas. Yo había leído ya a muchos de los románticos, Lamartine, Musset, Gerardo Nerval y también a los surrealistas y parnasianos, Baudelaire —sus poemas en prosa y Las Flores del Mal— Catulle Méndez, Teófilo Gautier, etc. Nos entendimos, pues, con el jefe hostil, y un día me dijo sinceramente:

— Yo estaba dispuesto a vetar este nombramiento, primero, porque me molestó que me mandaran un pinche de Palacio, y segundo, que viniendo de Palacio un jo-



venzuelo nada bueno podría ser; pero —me dijo—, tú has demostrado que sabes más de lo que yo esperaba, y podemos hacer una gran obra en esta oficina.

Le sugerí la idea de publicar una Guía de Bolivia, él se entusiasmó con la cosa y le tracé un plan, tanto técnico como económico, para su ejecución. Me aprobó, me puse a acopiar documentos e informes de toda clase, pero faltaban algunos datos vivos como las nóminas de Comercio, Edificios, Direcciones, historia de las ciudades, y entonces él me propuso un viaje por el interior de la República, que ejecuté en dos partes.

#### *BUROCRACIA, LIBROS Y TEATRO*

Entre tanto, en el mes de febrero, con motivo del carnaval, organizábamos los Futuristas una velada bufa, como indiqué, poniendo en solfa la visita de los peruanos. La velada fue el sábado de carnaval. Algunos elementos que no nos veían con simpatía, atrincherados en el Club de La Paz, Carlos Diez de Medina, Humberto Muñoz Cornejo y otros, habían organizado una claque agresiva contra nosotros, armada de tomates y otras hortalizas. Yo leí el discurso de ofrecimiento en tono lírico y humorístico, que pasó siendo aplaudido.

Luego hubo algunos números de variedades, y después se inició la comedia, pero en las primeras escenas fue interrumpida con la lluvia de hortalizas. Se suspendió la función, mi primo Gustavo y yo tratamos de explicar al público, pero éste se había levantado de sus asientos y salía protestando. Los organizadores del mítin había logrado su propósito. La policía ingresó al escenario y el propio Intendente, el famoso Tigre Cusican-

qui, detuvo a toda la banda. Inmediatamente cobramos presencia de ánimo, nos colocamos nuestro frac, nos formamos militarmente, y por la media calle, desde el teatro, nos dirigimos a la Policía, seguidos por la guardia a caballo. Ya en la Intendencia el Jefe Cusicanqui nos notificó que debíamos entregar a las Sociedades de Beneficencia todo el ingreso económico que habíamos tenido. Aceptamos la orden, firmando un acta colectiva mediante la cual nos comprometíamos a entregar el saldo de las entradas, una vez pagados los gastos. Y allí vino lo gordo. Nos distribuimos el ingreso de 3.500 bolivianos tocándonos a cada uno algo de bolivianos 180 después de pagar los gastos y pasarnos un buen carnaval. Luego de la fiesta nos pusimos de acuerdo para defendernos, pero no hubo periódico que nos aceptara una línea. Otero tenía a sus órdenes "La Razón", "El Hombre Libre", yo disponía de "El Figaro", pero ninguno quiso aceptarnos nada. La conspiración del silencio era general. Se reputaba que el escándalo y la ofensa a la sociedad de La Paz había superado a la iniquidad. Entonces optamos por publicar un manifiesto en un boletín de carácter agresivo contra los saboteadores. En uno de los considerandos decíamos que la única distinción de clases que aceptábamos era la de sucios y limpios, metiéndonos con Diez de Medina y Muñoz Cornejo, ahora mis buenos amigos. Pero lo más interesante del caso es que mi primo Gustavo Carlos, es hoy uno de los constructores del edificio del Club de La Paz y el fomentador de su progreso más activo. ¡Ironías de la vida!

Luego presentamos a la Policía las cuentas del Gran Capitán, cargando unos gastos tremendos, adquisición de fracs, compra de un buey, telones, etc., dando un saldo de bolivianos 3,50, que pusimos a órdenes de la Policía de Seguridad, destinados a las Sociedades de Beneficencia. El Jefe de Policía no pudo menos que sonreír ante la sarcástica ocurrencia.

Así quedó concluido este asunto, y también ahí concluyó su vida el Círculo Futurista, con un escándalo cósmico.

En el mes de mayo, me despedí de Hortensia e hice mi primer viaje largo en tren rumbo a Cochabamba. Allí estuve unos tres meses dedicado a pasarla bien. Me encontré en Cochabamba con la noticia de que yo era un "intelectual". Al menos así lo dijo la prensa. Me conformé con el título de "distinguido intelectual paceño". Para los 22 años que tenía, el título no estaba mal.

Allí un núcleo de otros "intelectuales" como yo, me ofreció una velada y un banquete. El que pronunció los discursos fue un muchacho menudo y cabezón, Joaquín Espada. Otro de los miembros era Guillermo Viscarra, —recientemente fallecido—, político agresivo y de verba rabelesiana, gran memoria y temperamento mal dirigido, que esa noche con sus mandíbulas cerradas trataba sin éxito de hacer chistes a mi costa. Resultamos amigos. Allí también estaba Eduardo Anze Matienzo, que leyó un trabajo sobre el crepúsculo, Carlos Anze Soria, Carlos Soruco y otros menos eminentes. Después de veinte años a Espada, Anze y a mí la política nos juntó el año 1940, y por eso aquí hago recuerdo de esa amistad.

Conocí allí varios jóvenes, comí picantes, bebí chicha y pronuncié algunos discursos. Luego cumplí mi cometido recogiendo los datos necesitados. En esta oportunidad conocí dos obras que después me han interesado: la obra de Tadeo Haenke el sabio geógrafo de la época colonial y los documentos de Pedro Angelis, donde se publica el célebre informe del visitador Viedma sobre Cochabamba.

A mi vuelta proseguí el trabajo sobre la Guía y también mi novela que a poco terminé, y la publiqué en "El Diario", sin pena ni gloria. Continué haciendo unos reportajes literarios a las figuras de las letras que comencé

en la "Revista Lectura" el año anterior. Mediante estos reportajes conocí y aprecié a hombres que figuraban en primera fila de la literatura como Rosendo Villalobos, Armando Chirveches, Franz Tamayo, Gregorio Reynolds, Tomás O'Connor D'Arlach, Daniel Sánchez Bustamante, Alberto Gutiérrez, Alcides Arguedas. Ninguno más porque desapareció la revista, que la dirigían José Eduardo Guerra y José Tamayo. Con relación a las revistas que escribí, aparte de los periódicos hasta esa fecha, debo recordar "Campanas y Campanadas" de Walter Carvajal y "La Semana" de Cardina Prudencio. Los reportajes que publiqué eran hechos en la pauta de unos que en la revista "Esfera" de Madrid, publicaba El Caballero Audaz o Carretero Audaz. Mi amigo Hugo D. Aranda estaba suscrito a esta revista desde el año 1915, y me la prestaba religiosamente. Fue para mí una escuela literaria de información y cultura.

La Guía iba lentamente con el difícil acopio de datos, y se interrumpió porque un buen día de esos, la oficina recibió la solicitud de una institución histórica de Estados Unidos, de que se le enviaran cien biografías de todos los personajes de Bolivia muertos en el siglo XIX. Con este motivo emprendí el trabajo de preparar biografías, y me di a traficar y rebuscar papeles viejos en archivos y bibliotecas. Escribí unas cincuenta. Otras lo fueron por don Moisés, y algunas de los presidentes por Casto J. Pinilla, pero como falleciera éste, concluyó su tarea don Belisario Díaz Romero, que fue nombrado en mi lugar y yo ascendido a Secretario. Se publicó un libro a principios de 1919, con el título **Hombres célebres de Bolivia** y con prólogo de Moisés Ascarrunz. Esta fue la primera de mis producciones en volumen que me llenó de satisfacción. Hice encuadernar un ejemplar en piel de cabrito, muy elegante que aún conservo.

A fines del año 1918 di otra conferencia en el Círculo de Bellas Artes sobre "Los Fragmentarios", que por aque-

Los días eran mis ídolos. Tengo la impresión de que la conferencia no la entendieron por ser el tema algo exótico al ambiente. Todo este año hice una vida retirada, dedicado a mis estudios y encantado de mis libros, escribiendo cartas amorosas al estilo del **Adolfo**, de Benjamín Constant a Hortensia.

\*

Comencé a interesarme por la política, leyendo con interés los periódicos y una revista española titulada **España**. La tenaz prédica opositora de los republicanos me impresionaba haciendo eco en mi ánimo vigorosamente. Mis lecturas de Larra, las de Vargas Vila, las de Azorín, las de Palacio Valdés, y Galdós, me estimulaban a la lucha y al efecto, me entregué con pasión a la lectura de Guyau, Gumplowicz, Novikov, Fouillée, etc.

Obras de sociología, porque estimaba que si quería interesarme por la política, debía comenzar por el principio. Luego leí **El Político** de Berthow, **El Político** de Azorín, las **Empresas políticas** de Saavedra Fajardo, **El Príncipe** de Maquiavelo, **El Héroe** y **Tratados Políticos** de Gracián. ¡Qué iluso era! Sólo después lo supe.

Mientras tanto don Casto Rojas, director de "El Diario", me interesó para que hiciera una sección permanente, que sostuve durante algún tiempo con el título de "Mientras el Mundo Rueda", firmada por el Curioso Parlante. Eran comentarios sobre sucesos diarios y mundiales. Nunca supe de alguna persona que hubiese leído esas crónicas que me sirvieron de magnífico entrenamiento literario.

Mi primo Alfredo me interesó para que ingresara a una asociación política llamada La Guardia Blanca, para la defensa del liberalismo y del gobierno. Yo me negué a formar parte de ella aduciendo que era funcionario pú-

blico. Pero la verdad es que sentía la oposición. Esperaba que don José dejara el gobierno para lanzarme a la lucha arduamente; mientras tanto silenciaba y acumulaba fuerzas.

### *NOLO BEAZ*

Año 1919.

Con motivo de preparar la Guía, debía hacer un viaje a Potosí y Sucre. Por motivos fútiles, cosas de enamorados, Hortensia y yo nos peleamos formalmente, y luego me marché de viaje, con el firme propósito de olvidarla. En esta mi decisión había algo de resentimiento contra sus hermanos y familia, que me molestaban, mortificándola con su vigilancia. Estuvimos reñidos cerca de un año muy seriamente.

En Sucre la pasé bien. Di una conferencia en la Sociedad Filarmónica y me propinaron una paliza en los diarios porque injurié en su propia ciudad de nacimiento a don Jaime Mendoza, por haber dicho que el nombre de este caballero era cacofónico como su literatura de polígrafo y de notario. Allí, libre de compromiso, me enamoré de Carmen Ostria Gutiérrez, armando matrimonio. Era una guapa muchacha de tipo español, de ojos andaluces, hermosa. Regresé a La Paz, convencido de mi destino. Pero ocurrió lo inesperado. Carmen, fuerte y lozana, murió de una pulmonía. Me quedé viudo prematuramente. Volví, pues, a Hortensia, mi antiguo amor.

Este año también trabajé activamente. Hice en "El Diario", todos los días durante tres meses, siluetas de los más grandes escritores contemporáneos vivos. Por allí pasaron desde Kypling hasta Chesterton, y desde Bena-

vente hasta Julio Camba, desde Rosny hasta Raúl Morand. El único que me aplaudía fervorosamente era don Casto Rojas. Tener toda aquella documentación me costaba buen dinero consumido en las librerías. Luego los domingos hacía crítica de los libros recientemente aparecidos. Entonces me dio por presumir de crítico literario. Seguí en este plan hasta el mes de agosto, en que se me ocurrió hacer unas siluetas humorísticas de políticos, parlamentarios, literatos y demás liendres de la fauna pintoresca. Había leído el libro **Semblanza** de Palacio Valdez, y otro, **Los Bicheros** de Anton del Olmet y me pareció interesante hacer algo parecido. Titulé a la sección "Cabezas" y firmé Nolo Beaz, combinación que surgió del nombre de una novela titulada "Nolo" del padre Luis Capitán, publicada en La Paz y el apellido de un pintor español Beaz. La cosa tuvo éxito. Las siluetas crónicas, amables, finas, hicieron fortuna. El primero en celebrarlas era mi padre sin saber que yo fuera el autor y Ascarrunz. Después la gente. Me encontré con la imagen de la popularidad en menos de quince días. Es decir, a los 23 años ya era alguien, pero el caso fue tan curioso, que algunas respuestas de los personajes que no se sintieron cómodos en las Cabezas, se dirigieron a don Alfredo Ascarrunz o a don Casto Rojas, figuras del periodismo, no concibiéndose que alguien por ahí pudiera hacer estas creaciones periodísticas. Lo que no sabía nadie eran mis métodos de trabajo y adquisición de datos. Esas Cabezas gustaron, porque con cierto estilo gracioso lo único que hacía era ordenar la misma chismografía ambiente, oída en mi casa, en los grupos o hecha por los amigos. También capté mucho en Moisés Ascarrunz y en Belisario Díaz Romero que conocían a la gente. Proseguí este trabajo que me resultó agradable, hasta fines de año. Entre tanto terminé la Guía de Bolivia, mientras Díaz Romero hacía otras secciones y yo mismo compilaba datos estadísticos, de tal modo que ya impreso el volumen le cambiamos el tí-

tulo con el de Anuario General de Bolivia de 1919, el que salió en el mes de mayo de 1920. El volumen es interesante y hoy rarísimo, pues no se hicieron sino 500 ejemplares.

### *ALGUNAS ANECDOTAS*

Este año se me ocurrió fundar una revista y al efecto, me di a recorrer todas las imprentas proponiendo una sociedad mercantil para su publicación, pero en todas encontré el mayor escepticismo, exceptuando una de unos italianos apellidados Riccio, que tenían su taller medio parado y un regente argentino a la cabeza. Estos Riccio, al propio tiempo, tenían una sastrería. Me habían aceptado el proyecto; pero el momento de medirle un traje, le consultaron el caso al eminente político, diplomático, poeta y hombre de letras, don Eduardo Diez de Medina, y éste les dijo que él podría dirigir la revista colaborado por mí. En efecto fue así. La revista, con el título de "Atlántida", salió por el mes de abril de 1919, yo como secretario de redacción, y Angel Salas, a quien busqué, como redactor. La publicación, dados los recursos, salió bastante bien, pero mientras Diez de Medina ganaba algún dinero, apenas me pagaba a mí un sueldo de Bs. 100, eso sí puntualmente y previa firma del respectivo recibo.

Eduardo Diez de Medina pasaba uno de los momentos críticos de su vida. Después los pasó peores, pero aquel no era agradable. Eduardo Diez de Medina era en aquellos días un hombre de cerca de cuarenta años. Menudo, algo inclinado de la cerviz, física y espiritualmente, de una linda cabeza, interesante de rostro con su aire moruno, de ojos negros y cejas de tarjeta funeraria, con la boca un poco ladeada y con las mandíbulas un poco ce-



rradas. Hombre interesante, interesantísimo, que bien vale dedicarle unos renglones. En Eduardo, siempre he visto cuatro hombres distintos, que funcionan asociados y dirigidos a un sólo fin: gozar de la vida y hacer lo que le da la gana, situado en las cumbres de la pirámide social. Uno de los hombres es el casero y el oficinista, hombre meticoloso, ordenado, disciplinado, tiránico, con espíritu de mando. Viéndolo en su hogar se pensaría en el hombre perfecto. El otro es el hombre de la calle, amable, vanidoso, captador de voluntades, enamorado, negociante, calculador. El tercero es el hombre del club, jugador, irresponsable, firmador de cheques en blanco, amigo de la canalla. El cuarto es el poeta y el iterato y hasta el hombre de estudio. El común denominador de estos cuatro se llama Eduardo Diez de Medina, pero, aun hay otro, el desconocido, el que se cree él: un gran señor aristócrata, caballero sin tacha, el hombre austero, el ciudadano perfecto, el patriota... Acababa de llegar de su misión desgraciada en el Uruguay, donde fue expulsado del principal club de Montevideo por haber pagado una deuda de juego con un cheque en descubierto. Sería largo trazar aquí la biografía de Diez de Medina, pero bastará anotar que todo lo que se diga de él por malo que sea en materia de conseguir dinero, es verdad. Es decir que para esto tiene alma de caballero, pero de caballero de industria. Por eso siempre he creído en la absoluta veracidad del famoso affaire de los judíos. Pero, es caso digno de anotarse, Medina que ha comerciado con todo, creo que no ha comerciado con la patria en el exterior. Tiene este señor un temperamento en el que hay algo, miniaturizado de Fouché y de Talleyrand, más en los vicios de éstos que en sus virtudes. Una biografía de Eduardo Diez de Medina sería lo mismo y así monótona, como obtener la película de una cloaca en movimiento...

★

Al finalizar el año, Hortensia y yo, tanto encontrarnos en las calles llegamos a reconciliarnos. Con esto consolidamos una unión espiritual, que habría de llevarnos años más tarde al matrimonic.

#### Año 1920.

Este sería el año crucial de mi vida. Me encerré más en mí mismo, leyendo siempre con creciente entusiasmo sobre todo libros heroicos, tónicos de la voluntad. Proseguí realizando mi vida ordenada, tranquila, sin zozobras. Pocos o ningún amigo, muchos conocidos. Me apasioné por el cine concurriendo todas las tardes y hasta alguna noche. Mi primo Arturo Otero me presentó algún día en un prostíbulo. La cosa no me hizo gracia y salí, entristecido, sin ánimo de volver. Aquellas bestias de placer me dieron asco.

Hacia el mes de enero ocurrió en mi casa un hecho singular. Mi hermana Luisa tenía novio. Se lo había conseguido mirándolo en un tranvía. Se llamaba Enrique Guzmán y era un hombre buenazo, medio loco y de unos cuarenta años. La cosa no me gustó nada. Sentí una entrañable aversión hacia este hombre sólo porque quería casarse con mi hermana, por la que tampoco sentía un afecto apasionado, sino un amor fraterno, frío, displaciente, lejano.

Se casaron, sin la presencia de mi madre que estaba enferma, el diez de julio de 1920. La fecha es memorable porque el doce —lunes—, se producía la revolución republicana contra Gutiérrez Guerra, expulsándolo del poder.

Esta revolución, que no fue sino la primera de una serie de cambios de guardia que habrían de sucederse desde esa fecha hasta 1940, y de los que aún no estamos libres, consistió en el desobedecimiento de los jefes al presi-

dente de la República, y el acatamiento a una junta revolucionaria constituida por Escalier, Ramírez y Saavedra. Salamanca no formó parte de ella. Fue un acontecimiento en el que el pueblo estuvo ausente, todo lo resolvió con su traición el ejército, siendo el principal el propio jefe del Estado Mayor General, Coronel Oscar Mariaca Pando, que enmascaró la situación, fomentando la subversión como si la combatiera. Tengo la certeza que fue así porque un mes antes de la revolución, Saavedra visitaba a este coronel —que vivía frente a mi casa— diariamente; el 10 de julio se ausentó de La Paz faltando al matrimonio de mi hermana como testigo, y finalmente, la revolución de 1923 de Mariaca contra Saavedra en represalia de no haber cumplido éste su compromiso de hacerle Ministro de la Guerra después de la revolución del 12 de julio, al constitucionalizarse el país.

La revolución del 12 de julio fue nada más que un cambio de decoración. Yo estaba en mi agua, preparado para lanzarme al combate; inmediatamente reapareció "El Diario" el primero de agosto, con Fabián Vaca Chávez, Octavio Limpías y Manuel Carrasco. Proseguí la publicación de mis Cabezas, correspondientes a los nuevos individuos que afloraban a la superficie política. Estas nuevas Cabezas ya comenzaron a ocasionarme disgustos más o menos serios. Uno de ellos ocurrió cuando un tal Arturo Pinto Escalier quiso tirarme de las orejas, pero no pudo. Este intento, años más tarde, le retribuí haciéndolo Ministro del Presidente Peñaranda.

Hacia el mes de septiembre mis Cabezas eran famosas. El casamiento de mi hermana me despertó el amor propio, y me hice la curiosa reflexión de que si ella se casaba, yo debía publicar un libro. Reuní las Cabezas, Raúl Jaimes Freyre me hizo un soneto, y encontré un editor que me las publicara. Salió así mi primer libro y se vendió rápidamente, con una buena cantidad de comentarios periodísticos.

El doce de julio don Moisés dejó la Dirección de Estadística, mientras proseguimos cobrando el sueldo aunque no trabajando, don Belisario Díaz Romero y yo. En aquella máquina nueva de la Dirección de Estadística, escribí todas mis Cabezas, y luego unas crónicas tituladas Panorama Grotesco, y una novela satírica de la situación que titulé El Honorable Poroto.

Por aquellos días mi salud se resintió bastante. Comencé a sufrir unas taquicardias molestas, ahogos, fatiga al caminar y se me diagnosticó por los doctores Lora y Bilbao, una aneurisma, que felizmente hasta hoy, en 1942 no ha reventado. Pero este estado de ánimo, en lugar de reprimirme, me exaltaba espiritualmente, y la idea de la muerte que me ha perseguido siempre, me sirvió de acicate para mis trabajos, creyendo que mediante ellos conseguiría la inmortalidad. La idea de la muerte cierta me dio una gran audacia, una falta de miedo y un gran valor civil. Por no temer a nada no tenía ni miedo del hambre que volvía a amenazarme.

El año 1921.

Eduardo Diez de Medina vendió la revista **Atlántida** a su hermano Alberto, que no supo orientar la publicación, dejándola unos momentos en mis manos, pero siempre en busca de director.

Medina se llevó la revista para publicarla en la imprenta de mi primo Alfredo H. Otero. Yo me retiré, induciendo también a Salas a que lo hiciera. Entonces de acuerdo con los Riccio, ellos como propietarios de la imprenta y de la revista, fundé **La Ilustración**, siendo jefe de redacción Angel Salas. Fue todo un éxito tanto económico como literario. Esta publicación semanal se sostenía exclusivamente por mi artículo titulado Figuras Con-

vencionales, por donde desfilaba todo el mundo político, siendo mis víctimas propiciatorias los parlamentarios.

★

En mayo de 1921, después de una muy larga enfermedad que duró algo de siete meses, murió mi padre. Su entierro fue la demostración de mi popularidad, polvo perdido en el camino de la vida y siempre convencional de acuerdo a los intereses de los grupos o de la colectividad que, al fomentar a un escritor con su aplauso, se aplaude siempre a sí misma. Por eso, creo que la popularidad es siempre prueba de efemeridad de la producción literaria. Yo complacía al público necio y él me aplaudía.

Al día siguiente del entierro de mi padre me encontré que en la Dirección de Estadística habían cambiado de personal. No me extrañó porque yo estaba allí en una actitud provocativa. Había recibido varias sugerencias de que si me callaba continuaría en el cargo. Aquello era superior a mis fuerzas. ¿Cómo iba a desaprovechar la oportunidad de ser opositor y más aun si para ello me venía preparando desde hacía dos años? Al día siguiente publiqué en "El Diario" un artículo titulado: "Mi profesión de fe política" que fue aplaudido por todo el mundo y reproducido en todos los diarios de la República. Mi suerte estaba echada y debía comenzar mi lucha, mis verdaderos tiempos heroicos.

Antes de seguir adelante quiero consignar algo que se me olvidaba. En enero saqué un pequeño libro que se publicó en Alacitas titulado "Diccionario Zoológico de convencionales" por **Mecachio**. Tuvo un éxito tremendo. Gané unos 500 Bs. Sólo años más tarde se supo que yo era el autor, pues guardé rigurosa reserva. En cuatro palabras, en aquel título definía **proverbialmente** a un político.

Proseguía este año mis asiduas colaboraciones a "El Diario". Allí me pagaban 30 bolivianos semanales y 150 en la revista; y más algunos ahorrillos que había hecho, podía afrontar mi situación y la de mi familia, que ahora más que nunca estaba a mi cargo. Murió mi padre que tantas angustias había causado a mi madre, y ahora estas se derivaban en otro sentido, por la situación de peligro en la que yo me colocaba frente a una situación política triunfante y engreída, a la que atacaba humorísticamente sin respeto ni piedad. Mi risa era algo vindicativo, cauterizante y térmico, que molestaba profundamente al régimen.

Para completar mi presupuesto también escribía un artículo en "La Razón", con el pseudónimo de Dyonisios. Estos artículos eran en serio, igualmente combativos.

Así que yo disparaba contra Saavedra por tres sitios: "La Ilustración", "El Diario" y "La Razón". Organizada así mi vida proseguí en este ritmo, sin otras preocupaciones que mi salud, mis libros y Hortensia, con la que me veía una vez por semana. Sin otras novedades, concluía así el año de 1921, iniciando el de 1922.

★

Hacia los primeros meses de este año, los médicos me alarmaron fuertemente sobre el estado de mi salud, llegando el Dr. Lara Quiroz a decirme que como alivio a mis males en la aorta, la única receta posible era que permaneciera algún tiempo en la costa, esperando cómodamente allí la muerte... La notificación, ratificada por otros médicos igualmente animales que Lara, me llevó a proyectar un viaje a Chile, no tanto por el bienestar que me produciría la influencia del nivel del mar, sino porque consultaría a otros médicos. Reuní algún poco de dinero, y recibí además la ayuda efectiva de manos sentimentales que se sacrificaban por mí, para conseguir mi

salud. Es algo que solo ella y yo lo sabemos, y no tengo para qué hacer constar aquí mi agradecimiento, puesto que mi corazón es el suyo.

Permanecí en Santiago dos meses, paseando y entregado a los médicos, que me dieron muchas esperanzas sometiéndome a un tratamiento tónico para combatir un gran surmenage nervioso que padecía como consecuencia de una neurosis sexual muy pronunciada por una continencia de más de siete años.

### ORIGEN DE UN LIBRO

Allí en Santiago recibí una gran sorpresa. La prensa se ocupó de mí con reportajes y artículos. A raíz de un reportaje que publicó "El Diario Ilustrado" donde citaba elogiosamente el nombre de Gabriela Mistral, esta poetisa me invitó a tomar té a la escuela donde era directora y allí me presentó a muchos escritores, poetas y novelistas, algunos de los cuales hoy están viejos y otros tienen sus nombres consagrados: Eduardo Berríos, Luis Alberto Arrieta, Rafael Malienda, Manuel Acuña, Carlos Silva Vildosaba, Armando Donoso, Rafael Mesa, Pablo Neruda —este muy joven— Roxana, Manuel Vega, Manuel Luis Rocuant y otros. De alguno de estos escribí en mi libro **El Chile que yo he visto**. Pedro Prado me invitó a su casa.

Debo anotar aquí el origen de mi libro **El Chile que yo he visto**. La obsecuencia, mejor el servilismo admirativo de los bolivianos residentes en Santiago, me cargaba profundamente. Mi bolivianismo reaccionó al escribir esos artículos no tanto contra los chilenos que sólo me habían tratado amablemente, sino contra esa cortesanía de los bolivianos. Además cuando regresé a La Paz

en el mes de junio, me encontré con la noticia de que el gobierno de Chile había pagado mi viaje. Me causó tanta indignación el asunto que en doce días de trabajo constante escribí las 240 páginas de ese libro, y luego encontré un editor, Manuel Flores, un español que hizo la impresión y me pagó Bs. 1.600, con estas palabras:

— En su vida le van a volver a pagar mejor por un libro como lo hago yo...

Ya contaré cómo luego me acordé en España de aquella frase.

Con mi primera salida de Bolivia a Chile, inicié la serie de mis viajes al exterior que tanto han contribuido para afinar, pulir y ampliar la vida de mi personalidad. **El viaje plebeyo alrededor del mundo** fructificaba.

\*

Los amores con Hortensia se agravaron por alguna libertad de que gozábamos, pues ya pude visitarla en su nueva casa en Sopocachi. Pero faltaban algunos años para que nos casáramos.

En este mismo año me encontré con la sorpresa de que no podía residir en La Paz. El ministro, mi amigo don Hernando Siles, me indicó que saliera de La Paz, porque estaba expuesto a ser confinado. Arreglé las cosas bien. Tomé a comisión un gran lote de libros de la librería Flores y me fui a venderlos por el interior de la República, Cochabamba, Potosí y Sucre. El negocio salió muy bien, y permanecí en Sucre algunos meses, hasta septiembre, en que se levantó el estado de sitio.

Lo que me ocurrió en Cochabamba fue realmente digno de contarse. Algunos meses atrás había recibido juntamente con unas poesías para "La Ilustración" una carta firmada por María Quiroga. Mi contestación dio



lugar a una réplica y así hasta producirse una correspondencia continuada. Ella llevaba las cosas en un tono sentimental encendido, yo cortés y humorístico o irónico. Cuando llegué fui bien recibido por la prensa y la sociedad, me ofrecieron algunas fiestas, y entre ellas una por María Quiroga. Las muchachas y los jóvenes, me felicitaban por mi próximo matrimonio con María. ¡Había comunicado a sus invitados que la fiesta era de petición de mano, para lo que yo había viajado! Por este incidente tuve que desocupar Cochabamba lo más pronto posible. No obstante esta mi huida, la correspondencia prosiguió, trayéndome una sorpresa pintoresca después de algún tiempo como referiré más adelante.

A mi vuelta a La Paz, reinicié mis actividades en "El Diario", "La Razón" y "La Ilustración". Esta vez la lucha se presentó un poco áspera. En menos de dos meses fui objeto de dos agresiones bastante aparatosas aunque no graves. Pero la más original de estas agresiones, fue una que había planeado el Prefecto de La Paz, don Abdón Saavedra, hermano del presidente. Pagó los servicios de una chola prostituta, de armas tomar, fuerte y lengua-raz, con objeto de que me pegara en un sitio céntrico de la ciudad. Dos agentes de policía la llevaron hasta la calle Comercio donde tenía yo instalada una tertulia en la puerta de la sastrería de Riccio. Yo ví que la chola trataba de avanzar; pero luego retrocedió, desapareciendo finalmente. Pues lo que había ocurrido era que la prostituta no quiso cumplir su compromiso aduciendo estas palabras:

— Pobre jovencito! ¡Yo lo hubiera pegado, pero no lo encontraba para el segundo, tan chiquito y flaco!

Como a Poquita Cosa, de la novela de Daudet, me salvó del ridículo mi exigua figura.

Así, en este plan de batalla, proseguí mi campaña contra Saavedra. Agresiva, mordaz, siempre valerosa.

Diariamente subía la tónica de mis adjetivos y embestidas, en tal forma que al leer hoy esos mis artículos no he podido menos que asustarme por la fiereza del ataque. Mi popularidad era realmente escandalosa. Gentess que no conocía se acercaban a felicitarme en la calle, en las cantinas se levantaban los grupos para saludarme e invitarme —a pesar de que sólo concurría con motivos ocasionales— y personajes del régimen caído me invitaban champán... Hasta hoy la gente me repite mis frases de hace 20 años, mis dichos y mis actitudes. Pocas juventudes han alcanzado desde entonces ese privilegio, tan deleznable y falso de la popularidad como yo, cuando tenía 26 años.

Antes de proseguir debo anotar que nadie ha conseguido ni entonces ni ahora, hacerme beber una copa de alcohol. Hacia el año 1914, con motivo de mi bachillerato, me entretuve con los amigos hasta muy tarde de la noche. Cuando llegué a casa encontré a mi madre sentada a la ventana. Mi padre tampoco había llegado.

—¿Tú también? —me increpó mi madre. Me olió la boca, me reprochó el aire de fatiga que tenía y por último, me rogó, implorando:

— No bebas.

— Madre, que no he bebido... (en efecto no había bebido).

— No bebas nunca, si quieres ser útil a tu familia y si puedes a tu patria. Mira el caso de tu padre. Estamos arruinados sólo por su afición a las famosas copas.

— No te preocupes, madre, no beberé, —casi juré (pero lo prometí firmemente).

Por esta promesa, jamás he bebido en mi vida. Al punto que unas cuantas gotas de cualquier licor me afectan inmediatamente. Resulta un caso excepcional el mío

en un pueblo de bebedores y donde casi todo el mundo es alcoholista.

Año 1923.

Este año debía ser uno de los más agitados de mi vida y el más sujeto a cambios bruscos de posición, de recursos y de libertad.

Mi campaña proseguía fuerte y tenaz, mientras los políticos preparaban la revolución contra Saavedra. Lo sospeché, porque los políticos se servían de mí, pero no me tomaban en cuenta para sus conjuraciones.

Hacia el mes de abril recibí la primera y fuerte agresión. Los Riccio me echaron de "La Ilustración", obligados por Saavedra. La revista moría meses después en manos del hijo del ministro de la dictadura, Mario Flores, padre de Adolfo, centauro del cerdo con el perro. La situación económica se me complicó, y previendo días peores que desgraciadamente vinieron, nos cambiamos de casa, pagando un alquiler de 50 bolivianos en lugar de 150 que pagábamos. Traté de fundar y fundé la revista "Nueva Era", de la que salieron ocho números en medio de una lucha atroz y que también murió, en manos de mis socios Julio y Chacho Montes mientras mi confinamiento. La atmósfera se iba, pues, enrareciendo y haciéndose irrespirable, al punto que comencé a considerar la posibilidad de ponderar mis ataques pero ya era tarde.

Mis arrebatos habían colmado la paciencia de las gentes de gobierno y se dispuso mi confinamiento.

## EL CONFINAMIENTO

Y llegó el día primero de junio de 1923.

La noche anterior había estado en una fiesta de intelectuales en casa de Manuel María Muñoz, que se realizaba en honor del escritor venezolano Diego Carbonel. Regresé tarde, contra mi costumbre, a las doce, pues ya hacía dos años que había establecido no salir de noche, acostándome a las ocho para tener algún tiempo consagrado a la lectura. En las charlas de esta noche se percibía la atmósfera electrizada, que hacía presagiar la tormenta, aunque nadie la anunciaba. Yo mismo, dos días antes, había bajado la tónica de mis artículos, pero ya era tarde. Había sembrado vientos y debía cosechar tempestades.

A las siete de la mañana se presentaron dos cholos, que eran policías reservados. Habíase cortado mi posible huida, ocupando militarmente los alrededores de la casa. Al anuncio de la llegada de los policías, los hice pasar a mi dormitorio, intimidándome éstos a que me diera preso. Los hice esperar. Me vestí, me afeité y tomé desayuno, nervioso, pero con estudiada calma y tranquilidad. Yo sabía de lo que se trataba. Aquello era el destierro o el confinamiento. Me puse en los bolsillos unos mil bolivianos, me despedí de mi madre que estaba algo enferma, cogí algunos libros, y salí acompañado del pongo de mi hermana Luisa que cargaba un sillón morris y algunas camas. Me situaron en la policía en una habitación del piso bajo. Allí estuve toda la mañana. Almorcé y por la tarde me trasladaron a una habitación del primer piso. Allí encontré no pocos amigos: Fabián Vaca Chávez, Carlos Romero, Misael Goytia, Angel Méndez, Armando Salinas y algún otro que no recuerdo. Yo estaba mejor instalado que ninguno, pues mi cuñado Enrique Guzmán me llevó un catre de campaña, de tal modo que

con mi Morris y mi anafe de bomba casi era un magnate. Allí pude observar los caracteres de los hombres. Carlos Romero mantuvo durante los ocho días que estuvimos presos antes de salir al confinamiento, su insolencia, su agresividad y su engreimiento. La prisión le incitaba su vanidad y su orgullo. Nunca salieron tantas procacidades y tantas secreciones corrosivas de la boca de este político como en aquella oportunidad. Era un buen compañero de prisión, porque servía de tónico.

Vaca Chávez llevaba la prisión con buen humor. Era entonces un tipo pequeño y gordo, de ojos pequeños y barriga grande, con aspecto de un cerdo, sin que lo fuera mucho espiritualmente. Hombre listo, astuto, audaz, irónico, de pocas lecturas, casi de una cultura al mínimo. Su rectitud la desviaba hacia la perversidad. Como político era en aquellos momentos combativo y resuelto, pero, su forma de actuar era la variabilidad, teniendo por signo la veleta de Ninon de Lenclos. Por lo demás, era un hombre honesto. Nunca me hizo ningún favor, ni yo a él, y hasta hoy seguimos siendo amigos.

Los otros eran buenos muchachos, sin mayores alcances, salvo aquel Goytia, que era un canalla y del que me ocuparé después.

Un día de esos, ocurrió lo inesperado. Abel Iturralde se había convertido en el más encarnizado enemigo de Saavedra, y posiblemente por molestar a éste, venía a visitar a la policía a sus ex-enemigos, con frecuencia, instruyéndonos que si nos llevaban al confinamiento, debíamos resistir haciéndonos los rengos, los muertos o enfermos. Iturralde se despidió de todos, y fue grande nuestro asombro al verlo regresar a los pocos momentos, todo pálido y silencioso.

— ¿Qué ocurre, doctor Iturralde?

— Que este perro, asno, cerdo de Saavedra, ha ordenado que no me dejen salir.

Iturralde quedó preso no obstante su investidura de senador nacional.

Este hombre ocupó unos 30 años la historia de Bolivia, desde 1898 en que fue diputado conservador hasta 1928 en que murió loco. Era un tonto inteligente, hombre de carácter, empecinado y temático. Sus ideas católicas y su rectitud tenían algo de obsesiones y de la manía razonadora. Su vida política fue la del esquizofrénico, en suma la del demente progresivo. Era tan católico como paño, y declamador de la honestidad como invariable en sus ideas. Escritor mediocre y orador apasionado, sin verbo y sin elegancia, aunque valeroso, mal intencionado e irónico. Entre las anécdotas más interesantes que se refieren de él figura la siguiente:

— Yo no creo en milagros — terminó diciendo en su discurso un joven diputado que había improvisado una fortuna a la sombra del gobierno Siles (Carlos Salinas Aramayo).

— Yo sí creo —arguyó Iturralde—, porque hasta ayer yo veía al señor diputado con los pantalones remendados, y ahora sé que tiene casa y fortuna... Yo creo, pues, en milagros.

En vista de los acontecimientos mi madre había hecho algunas gestiones para que me enviaran al exterior, porque se sabía que Saavedra había dispuesto mi confinamiento. Fue a visitar al ministro de gobierno, antiguo conocido suyo, un tal Adolfo Flores.

— Señora —le dijo—, no mandamos a su hijo al exterior porque no es premio lo que le imponemos, sino castigo.

No cabía duda que comenzaba a pagar mis chistes y mi actitud combativa. ¡Estaba castigado!

La víspera de salir al confinamiento, me quedé solo,

pues todos salieron antes que yo a sus destinos. Me notificaron que saldría al día siguiente a las cinco de la mañana. Para el anafe me trajeron una botella de alcohol en un frasco idéntico al de un tónico que tomaba. Me serví una media copa de vino, creyendo que era el tónico, comprobando mi error al sufrir la quemazón en las entrañas. Bebí dos vasos de agua y no noté nada alarmante, durmiéndome evidentemente borracho y vestido, hasta que fui despertado por un policía. El crepúsculo matutino alumbraba la habitación, envolviendo con su luz difusa los objetos y los cuerpos. Aquel hombre se me presentó como la figura del verdugo. Era la imagen de la autoridad, seco, duro, hostil, impositivo. Era un cholo seco, de larga nariz, vestido con uniforme militar.

— Apure, apure . . . — fueron sus palabras de mando—. El auto espera en la puerta.

Pronto estuve abajo. En la puerta de la policía me esperaban mis hermanas Carmen y María Luisa, con mis maletas y algo de libros. Hacía un frío glacial. Partió el auto rumbo a El Alto, y me custodiaban cuatro policías, dos civiles y dos carabineros armados. Para combatir el frío me enfundé, además de mi abrigo, mi larga bata de casa, adquiriendo un aire sacerdotal **balsaciano**. Hasta aquí todo fue más o menos bien, pero la cosa comenzó a cambiar de aspecto al llegar a una finca denominada Pacchani, situada sobre el camino a Puerto Acosta, a la legua de Achacachi. Allí me esperaban el subprefecto —un viejo arrugado y negro como un chuño— y el corregidor —un matón de respeto—, con una mula ensillada que sostenía de la brida un postillón indígena. Después de diez años que no montaba, me coloqué caballero sobre la mula, cargando el indio mis maletas. Partí acompañado y guiado por el matón que me trataba cortés y seriamente, con toda la desconfianza necesaria. Después de un viaje de ocho horas llegamos a Ancoraimes. Me dejó el corregidor de Achacachi en manos del corregidor de Ancoraimes. Fe-

lizmente tenía buena salud, gran tranquilidad de nervios y de ánimos. El corregidor para vigilarme aquella noche, había emborrachado a los vecinos notables, que, a pesar de sus gritos, me dejaron dormir muy tranquilo. El corregidor era un sapo, gordo y picado de viruelas. Apellidaba Zegarra. Me condujo amablemente de Ancoraimes a Carabuco. Años después fui a una gira administrativa como ministro, acompañando al Presidente, y salió Zegarra acompañado del pueblo, cubriéndome de mixtura. Al verle, a pesar de los veinte años transcurridos, le reconocí y le dije:

— Caray, Zegarra usted no ha cambiado. Está usted tan joven como hace veinte años y siempre de corregidor!

El hombre se puso rojo de vergüenza y contestó:

— Sí pues, señor, yo no he cambiado, mientras usted sí que ha cambiado mucho, ahora es ministro. . .

Proseguí el viaje de Carabuco hasta Escoma, sin novedad. Iba tranquilo y hasta cierto punto contento, con la esperanza de que mi residencia sería Puerto Acosta, población civilizada y capital de provincia sobre el lago Titicaca. El viaje entre Carabuco y Escoma fue delicioso, a orillas del lago, con cuyos recuerdos años después hice una descripción en mi libro **Estampas Bolivianas**.

Mi llegada a Escoma fue igualmente tranquila, aunque el corregidor había embriagado a algunos cholos para resguardar el orden y vigilar al confinado. Hacia el atardecer de ese mismo día se presentó mi cuñado Enrique Guzmán que me traía algunas camas, algo de comer y un traje de cuerpo forrado con piel de vicuña. Las autoridades del pueblo ya estaban sobre aviso de su llegada y, en previsión de que me hiciera fugar —porque supusieron que venía precisamente a prepararme o ayudarme a fugar— nos pusieron presos a los dos en la forma más



extraña y absurda, habiendo introducido en nuestra habitación a unos 20 indígenas dispuestos a todo. Yo poco a poco me iba intoxicando con el mal olor y con las exhalaciones de los indios, con la coca y el alcohol. En medio de esa atmósfera charlábamos mi cuñado y yo. Enrique era un buen hombre, nervioso, caballeresco, manirroto. Tres años después había de morir, dejando dos hijas: María Esther y Cristina, la primera que en estos momentos tiene 20 años y la segunda 18. María Esther es nerviosa, inquieta y romántica, con la cabeza a fósforos. Intimamente sensual, es seria y graciosa. Desgraciadamente no es bonita. La otra es de menos temperamento, violenta y más enérgica que inteligente. Tiene buen tipo aunque tampoco es bonita, pero tiene la frescura de la juventud, que hermosea.

★

Esa noche dicté mi testamento a mi cuñado, porque la verdad es que no obstante que tenía una regular salud, no me imaginaba salir vivo de esta aventura. Tenía pues fija la idea de la muerte y, avanzaba hacia el destino como un suicida en su afán de desaparecer. Y la cosa se puso muy seria cuando al día siguiente fui notificado para viajar a Ulla-Ulla en lugar de Puerto Acosta, sitio con el cual se me había engañado. Me negué rotundamente a seguir adelante, enviando al presidente Saavedra el siguiente telegrama: "Niégome a ser trasladado Ulla-Ulla, sitio insalubre. Caso insistencia haré que fuerza pública me asesine, consiguiendo usted hagan viajar mi cadáver. Dios guarde a usted. Otero Confinado". La respuesta a este telegrama llegó al subprefecto de Puerto Acosta, que me lo enseñó para cumplir órdenes: "Debe remitir Otero vivo o muerto Ulla-Ulla. Utilice usted indiada para su transporte. Saavedra". El subprefecto que era un variolado con ojos velados por unas nubes, antiguo tinterillo usurpador de tierras, tenía a su disposición ocho soldados armados,

pero la verdad es que no estaba dispuesto a hacerme matar. Entonces acudió a la humillación o la persuasión, o la técnica del engaño. Al fin llegamos a convenir que yo no iría a bestia, sino que a base de unos palos se me preparó una parihuela que sustentaba mi catre de campaña, y que sería trasladado en esa litera por los indios, hasta Ulla-Ulla. El 8 de junio salía de Escoma en posición de cúbito dorsal, extendido en mi cama ambulante, llevado sobre los hombros de ocho indígenas y seguido de una multitud de otros 50 de la prestación vial, que interrumpieron sus trabajos para conducirme en hombros. Extraño viaje aquel, a través del yermo altiplánico en medio de una fantástica soledad terrestre bajo el amparo de un cielo azul y marchando cargado por los indios. Aquello tenía para mí toda la evocación incaica. Yo era llevado por los hombros de aquellos mismos infelices que cargaban al Inca y ahora los pobres aterrorizados servían de instrumentos de castigo. El viaje duró dos días, durante los cuales se vencieron siete leguas de camino llano. La primera jornada se operó entre Escoma y una finca llamada Tarucani. Allí dormí en una casa de piedra, admirando el ingenio indígena que combatía el clima glacial de los 5.000 metros mediante la construcción de casas de piedras, unidas con barro y paja, de poca altura, de techo redondo y puerta muy baja. El interior todo cubierto de plumas y telas gruesas. La calefacción se hacía calentando las piedras por medio del fogón y utilizando la propiedad de la piedra, que es buena conductora del calor. En esta forma, con un frío exterior de unos 5 grados bajo cero, estaba interiormente como en el mejor hotel de Londres, disfrutando de una magnífica calefacción. Al día siguiente partimos en medio de una tenaz nevada. Para defenderme me cubría íntegramente como un muerto. El hecho de que fuera transportado en parihuela y mi modo de cubrirme, dio motivo a que algunos indios especiaran la especie de mi muerte. El hecho fue explotado en La Paz contra Saavedra, causando un gran pesar en

mi madre y Hortensia. Inmediatamente el gobierno se puso en movimiento tratando de averiguar la verdad telegráficamente, pero el último día de viaje demoró toda información, difundiéndose la especie con mayor intensidad. Yo ignoraba naturalmente todo esto. Al acercarme a Ulla-Ulla con mi comitiva, escuché dobles en el campanario de la iglesia, lo que no dejó de molestarme en un trance como era el de llegar a un sitio que tenía todos los augurios e informes de ser la tumba de algunos desgraciados que habitaban aquel miserable caserío, que se había construido el año 1910 como centro para la defensa de la integridad territorial frente a la frontera peruana. Los dobles se acentuaban a medida que nos aproximábamos al pueblo. La nevada era copiosa. Al fin llegamos a la plaza. Los pocos habitantes de la población estaban presentes y allí me esperaba desde hacía tres días aquel Misael Goytia con el que estuve en la policía.

Al depositar los indios la parihuela sobre el suelo, se acercó Goytia, sin darme tiempo a descubrirme, con estas palabras, al propio tiempo que levantaba las frazadas:

— ¡Pobre Oterito!

Yo le vi el rostro y la expresión de sus ojos. Era de profundo pesar, pues me tomaba por muerto, y grande fue su sorpresa cuando le respondí:

— ¿Cómo va ché?

En el pueblo me esperaban por muerto y habían abierto la iglesia para tender allí mi cuerpo, siendo aquellos dobles funerarios para mi presunto cadáver.

\*

Allí, en ese pueblo, viví desde el 8 de junio hasta el 1° de septiembre. Días desolados y tremendos, días de tormentos morales, de hostilidad de los hombres y de la

naturaleza. El clima de aquella región es el de las altas cumbres, donde en el transcurso de las 24 horas se producen los fenómenos meteorológicos de las cuatro estaciones del año; la evaporación de la nieve por las mañanas y el deshiele, hacia la media tarde el viento y la lluvia, por la tarde la nevada, y por la noche la helada. Cosa tremenda, sobre todo si no hay más defensa que la cama. Una estufa de petróleo sólo me produjo una congestión en la cara. Las comodidades eran todas las incomodidades. Mi alimentación era la miel, la mantequilla y el pan. Este régimen se me ocurrió para defenderme del frío, a costa del trabajo del hígado. Allí mi compañero inseparable era el silbido del viento y el frío. Para distraerme leía con afán los **Ensayos** de Rodó, **Los Espectadores** de Ortega y Gasset, las obras de Nietzsche, Eugenio D'Ors, **El Valle Josafat**, Marco Aurelio, Wilde, Hebbel, Martin, Séneca. **Hombres y Dioses** de Paul Saint Victor, y **Los Divinos y los Humanos** de Vargas Vila. Allí residía un joven peruano apellidado Sánchez que tenía un pequeñísimo negocio de rescate de cueros, que me prestaba periódicos de Lima y algunas novelas, entre ellas **Los Desencantados** de Pierre Loti, obras de Claude Jenere y de Dumas hijo. Cuando me cansaba de leer, me dedicaba a escribir unas biografías de los presidentes de Bolivia, retratos audaces, crueles, elogiosos, siempre cálidos y vibrantes. Llenaba y llenaba cuartillas, hasta llegar a la biografía de Saavedra, que era mi objetivo principal. Mostré estos mis trabajos a mi compañero de confinamiento, Misael Goytia, como la cosa más natural del mundo, sin pensar jamás que él podría especular con estas inofensivas cuartillas, las que no he vuelto a ver más.

Un día ocurrió lo dramático. Goytia, para cubrir la coartada, se cambió de habitación, dejándome solo en el galpón de la policía, una habitación de 20 metros de ancho y largo, donde en un rincón ocupaba mi catre y una mesa. Sobre el hueco de la ventana tenía mis dos male-

tas. Cuando acababa de escribir mi cuaderno, lo guardaba en mi maleta y además cerraba la puerta del galpón con un candado. Almorzábamos en casa del corregidor a las 11 de la mañana. El intendente, un pícaro —cerdo rojo—, Goytia y yo. De pronto se levantó de la mesa el intendente. De inmediato me cruzó por la cabeza como un rayo la idea del robo de mis papeles. Acabé de almorzar e inmediatamente me dirigí a mi cuadra. Encontré la puerta abierta y la maleta aparentemente en orden, pero los papeles habían desaparecido. Yo increpé al intendente acusándolo del robo, pero él calmó mis nervios con la amenaza de que tenía orden de trasladarme a Apolo. Porque una de las calidades y condiciones del confinamiento es el de no estar seguro de su residencia, a pesar de estar residenciado por la ley. A los pocos días Goytia regresaba a La Paz del confinamiento, para ocupar el cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Educación. Al año moría de una tuberculosis renal. Lo que había ocurrido es que este cobarde y canallita puso al intendente en conocimiento de mis escritos y vendió a su colega de sufrimiento por su libertad y por un cargo. Quien llevó mis papeles para abonar su conducta y entregarlos a Saavedra fue el propio Goytia. Yo seguí en Ulla-Ulla unos quince días más, en medio de gran inquietud, bajo la amenaza de ser conducido a un confinamiento nuevo y desconocido. Para probar el efecto de los papeles y conocer mi situación, solicité a Saavedra por medio del intendente ser expatriado al Perú. La consecuencia de esta gestión en la que intervino mi madre fue que recibí orden, con gran satisfacción, de viajar al Perú. Pero se me clavó una cruel sospecha y era que habiendo solicitado pasar la frontera que estaba a dos kilómetros en el pueblo de Cojuta, se me negó, indicando que lo podría hacer cómodamente por Puerto Acosta. Entre tanto llegue el momento que abandone Ulla-Ulla, debo contar algunas peripecias íntimas y públicas.

El año 1941, estando de senador, conjuntamente con el prefecto de aquella época de mi confinamiento en Ulla Ulla y con Fabián Vaca Chávez, se trató en este cuerpo legislativo del traslado de este poblacho a otro sitio, para lo cual se debatía un proyecto de ley. El senador Vaca Chávez habló, pidiendo que el senador Otero informara sobre las condiciones geográficas de aquel pueblo con intención histórico-humanística. Entonces yo pedí la palabra y dije lo siguiente:

— Nada tengo que informar sobre el particular porque quien conoce mejor que nadie las condiciones de ese pueblo es el antiguo ex-prefecto de La Paz, señor Saavedra, que lo utilizó por insalubre como cárcel y sitio de castigo.

Silencio en la sala.

La única correspondencia que se me permitía era con tres mujeres: mi madre, Hortensia y María Quiroga. Mi buena madre me escribía sus consoladoras cartas enviándome libros y revistas. Hortensia también me enviaba **La Nación** de Buenos Aires y libros con sus infaltables cartas breves y consoladoras que hasta ahora guardo, sin consentir ella que traslade ninguna a estas páginas. María Quiroga me escribía sus sensuales cartas llenas de cálido y casto lirismo y además me regalaba con dulces y confites. Un día, ocurrió lo desagradable e inesperado. Al colocar los sobres en las cartas, remití la de Hortensia a María y la de ésta a Hortensia. De pronto me encontré sin más correspondencia que la de mi madre. Ya no hubo dulces cartas de María ni hermosos libros sentimentales de Hortensia. Todo un verdadero e inexplicable desastre. La situación duró algo de dos meses sin que supiera la causa de mis calamidades sentimentales a las que se añadían, conturbándome agriamente, las políticas. Lo que pasó y me informó mi madre, fue el detalle que cuento más arriba. Escribí a Hortensia explicándole las cosas y además

anunciándole nuestra boda inmediatamente que saliera del confinamiento. No escribí más a María Quiroga que años después se casó con un monstruo de cocodrilo y serpiente, de remate periodista y político: El "fiero" Montenegro. Con éste van más de siete variolados que cito en estas páginas.

### *SOLEDAD Y ESTUDIO*

Mi salida de Ulla-Ulla fue menos dramática. Abandoné este auténtico destierro montado en una mula, vigilado por el intendente que se llamaba nada menos que Próspero Peñaloza, quien, según he sabido, ha hecho carrera en el Perú, casándose con una viuda millonaria. ¡Era muy canalla para que no tuviera buena suerte! Liegamos en dos días de viaje fácil a Puerto Acosta. Allí, después de tres días de espera, recibí un telegrama de Saavedra. "Será Ud. trasladado a Moco-Moco, residencia de clima benigno". En fin, del mal el menor, me sentí satisfecho, preparando viaje a Moco-Moco, población distante ocho leguas de Puerto Acosta y que hoy es la segunda sección de la provincia Camacho. Después de un viaje agradable de pocas horas llegué a Moco-Moco el día 8 de septiembre en plena fiesta de la población y el día en que cumplía exactamente los 27 años. El pueblo, simpático, riente, amable. La naturaleza es pródiga en belleza y el clima de valle realmente agradable, de verdadero sanatorio. En un cuento que escribí con el título de "Sortilegio", que publiqué en aquella fecha en la revista argentina del Círculo de Bellas Artes, de la cual era director el gran pintor y literato argentino Alfredo Guido, hice una sentida descripción de Moco-Moco y de algunas de sus costumbres indígenas.

En este pueblo viví exactamente ocho meses, tranquilo, recoleto y trabajador. Me alojé en su casa el señor Mariano Machicao, estudiante quebrado, inteligente y dueño de varias fincas, descendiente de un ilustre hijo de la provincia, que poseía una interesante biblioteca. Toda la gratitud que le tenía la echó a perder su suegra que consiguió que me llevaran a otro pueblo, a Chuma, privándome de las pequeñas y modestas comodidades de que disfrutaba.

Mocomoco fue un curso de cultura intensiva y sistemática, una verdadera universidad de verano, dirigida por mí mismo. Allí me dediqué a estudiar seriamente. Distribuí mi tiempo para pasar mejor. De 7 a 9 de la mañana, lecturas filosóficas y sociales. De 9 a 10, arreglo de la habitación y aseo de mi persona. De 10 a 11, escritor; me dedicaba a trazar unas biografías que publiqué con el título de Hombres y Bestias: Olañeta, Melgarejo, Mariano Donato Muñoz, Evaristo Valle, Néstor Galindo. De 11 a 12, paseo en compañía del único amigo y compañero permanente, un niño de 8 años, listo, simpático y muy alegre, cuyo nombre y apellido no recuerdo, y a quien le puse el apodo de "Jamatanca", nombre con el cual le trataba siempre. De 12 a 2 de la tarde, almuerzo y charla con mi amigo, juegos y cantos. A esta hora me fumaba algunos cigarrillos. De las dos de la tarde hasta las cinco, lectura y copia de libros serios; copié todo el **Criterio** de Balmes y la **Lógica** de Aristóteles, el **Gobierno Democrático** de Stuart Miles. De 5 a 7, paseo largo con mi amigo, siempre con cantos y juegos. A las 7, comida y charla con la familia de mis anfitriones, cuando no estaban de jerga o pelea los señores Machicao. Por la noche, lectura de periódicos y revistas. Los domingos eran los únicos días que me ponía en contacto con la gente del pueblo, al esperar la distribución de la correspondencia, que para mí era un auténtico día de fiesta. Hortensia se hizo cargo de mi educación enviándome los libros que le solicitaba, de



acuerdo a los anuncios de **La Nación** y de la revista **Nosotros**. Aquí estudié a los filósofos Spinoza, Kant, Pascal, Schopenhauer, Guyau, a los filósofos epicúreos y a los pesimistas antiguos. También estudié la filosofía de Goethe.

Me familiaricé con los orígenes de la Francia contemporánea, leí la **Historia de los Girondinos** de Lamartine y la **Vida de Jesús** de Papini. Estudié a los clásicos españoles, Gracián, el padre Granada, Fray Luis de León, Luis Vives, el padre Moriana. Leí la **Historia de América** de Robertson, Prescott, Lummis y Garcilazo de la Vega, las obras de Castelar, muchos de estos libros de la biblioteca de Machicao. Por último leí y estudié, recién publicada la traducción de **La Decadencia de Occidente** de Spengler. También me di a estudiar a los psicólogos Spencer, Phaulan, Sergt, Payot, Wundt y otros que en este momento no recuerdo. Cuando regresé de Mocomoco, me vine cargado de 200 libros. Esta fue la época más fecunda de mi vida interior, la época que más he labrado en mí mismo, haciéndome hombre con toda responsabilidad. Estudié también los problemas nacionales, leyendo como iniciación **Pueblo Enfermo** de Alcides Arguedas y sus libros de **Historia de Bolivia**. No cabe duda que allí, en el confinamiento, surgió en mí el espíritu apostólico y reformador. Comencé a sentir la patria profundamente. El confinamiento me hacía otro. Esos mis estudios ya demuestran el viraje de mi personalidad. Comencé a soñar en ser educador y transformador de Bolivia por medio de la cultura, por medio del trabajo y del carácter. Surgió allí en Mocomoco el político que en cuatro años se perfilaba en mis intimidades. Años después se me ha negado que yo sea político por los políticos, porque estos creen que ser político es ser ignorante y hombre sin cultura ni libros. Un político para estos políticos es un imbécil que obedece y que forma como carnero.

Había momentos en aquel pueblecillo, que pensaba con placer que toda mi vida podía pasarla así entre mis

libros y tomando el sol, sin preocuparme de nada, en un ascetismo del espíritu y de la inteligencia. Pero de esta tranquilidad estudiantil un día me despertó la canalla. Hacia fines de diciembre había concluido de escribir las 120 páginas de que se conforman esos estudios, cuando una mañana recibí en mi cuarto a eso de las seis, con gran sorpresa de mi querido compañero "Jamatanca", la visita de dos policías de La Paz. Me intimaron que entregara mis escritos, indicándome que sabían que preparaba un panfleto contra la señora del presidente. De lo que se trataba era de molestarme y quitarme, probablemente, la funesta manía de escribir. Se llevaron las copias a máquina, que tenía listas para mandarlas a mi madre y también los borradores. La máquina me la prestó el cura del pueblo, un buen tipo que tenía su familia y que se daba el gusto de poseer una máquina portátil Underwood que la estrené yo. El cura apellidaba Castillo y me parece que ha muerto. Esta fue la segunda infamia que recibí con mis escritos en menos de un año. Evidentemente mi carácter era más duro que la dureza de mis persecutores. Se marcharon los policías y todavía durante tres meses proseguí en mi vida de trabajos. Uno de los sicarios se embarrancó al regresar. Esos originales mal copiados me fueron obsequiados por un intendente de policía que me confinó el año 1926, es decir, 3 años después, cuando el tal teniente coronel Morales ya no tenía cargo y trataba de congraciarse con sus antiguas víctimas.

Antes de concluir el año 1923, debo anotar que este año, hacia el mes de enero, a iniciativa de José Tamayo nos reunimos en casa de Humberto Palza, una muchachada para fundar el Ateneo de la Juventud. Yo preparé la declaración de principios de la nueva institución. No había duda que llegaba tarde hacia nosotros un movimiento de la postguerra en Francia con Barbusse, Duhamel y el autor de **Culto del Yo**, Mauricio Banés. Este núcleo del Ateneo de la Juventud era el segundo con el que me to-

caba actuar después de mi salida del colegio. Figuraban los siguientes individuos: Angel Salas, Humberto Palza, Víctor Ruiz, Saturnino Rodrigo, Antonio Díaz Villamil, Lucio Diez de Medina, Carlos Gómez Cornejo, Zacarías Monje Ortiz, Daniel Ortiz, Juan Capriles, Carlos Aramayo Ruiz, Rafael Ballivián, Belisario Illanes, Angel Chávez Ruiz y otros escritores y escritoruelos. Después este grupo fue reforzado en mi ausencia en el destierro por Enrique Baldivieso y algunos jóvenes profesionales y universitarios. En este Ateneo de la Juventud, yo dicté durante los meses de febrero y marzo unos cursos de estética en unas conferencias sobre la función social del arte, e hice la revolución al presidente José Tamayo formando un Soviet. Después de esta hazaña, en junio era confinado, como ya referí.

Hasta esa fecha había adquirido popularidad y ascendiente intelectual, pero no tenía situación social. Era invitado por exceso de simpatía a casas como las de Daniel Sánchez Bustamante, Alfredo Ascarruz y Adrián Castillo. Tampoco era socio del Club de La Paz, siempre y a pesar de todo, solo y aislado. Esta ha sido mi permanente situación. Desde entonces y por el influjo espiritual de mi padre siempre he sido muy orgulloso, no buscando nada, no pidiendo nada, no haciendo nunca papel ni de audaz, ni de inescrupuloso. Para ser un buen político me ha faltado la piel de rinoceronte que es tan necesaria. Siempre me he puesto a prueba en todas las situaciones cuando he publicado un libro, cuando se ha producido una elección, cuando se ha preparado un banquete. Jamás he preparado un banquete, ni ninguna cosa que fuera para halagar mi vanidad. He preferido que la montaña venga a Mahoma y no que Mahoma vaya a la montaña. Por eso, por mi falta de flexibilidad y por mi falta de espíritu de servidumbre se me ha tachado de ser un mal político. ¡Esto es una vergüenza y una sandez!

Aquella Navidad y Año Nuevo los celebramos con Jamatanca, acostándome temprano y entonando villancicos populares mientras esperábamos el sueño.

### *LA PERVERSIDAD POLITICA*

Año 1924.

Continué en Mocomoco hasta el 1° de mayo de 1924, fecha en que fui trasladado a Chuma, capital de la provincia Muñecas, distante 5 leguas de camino muy pintoresco y gracioso. En este maldito pueblo pasé la peor época de mi confinamiento. Ni en Ulla-Ulla, que tenía tan mal clima, la pasé tan desesperado como en este pueblo. Es cierto que el clima era bueno, pero tropecé con un corregidor que era una hiena, otro variolado, perverso, astuto y canalla. Aquí perdí todo mi método de vida y el régimen regular de mis estudios. Mi gran preocupación consistía en comer y sufrir la serie de entuertos y molestias que me buscaba ese perverso personaje. Me alojé en la casa subprefectural en un pequeño cuarto donde vivía solo en toda la casa. No me permitía salir, ni que entrara nadie a visitarme. Convine con la hija de este monstruo que me serviría de la alimentación pagándole una pensión. Todo fue bien durante tres días, al cabo de los cuales el desayuno llegaba a las doce y el almuerzo no llegaba, saltándolo hasta la comida, y por último había días en que no llegaba nada. El pueblo se daba cuenta de mi situación pero no podía hacer nada, excepto que enviaran algo de comer del vecino pueblo de Ayata, de donde recibí dos canastas de humintas y unas botellas de miel. A lo largo de varias semanas consistió mi alimentación en humintas y agua con miel. Luego el canalla vino a visitarme, explicándome que no había cocinera. Quince días antes que

llegara la orden de regreso a La Paz, volvía a atenderme de la mesa.

En este pueblo se me acabó la paciencia. Sentí la perversidad de la persecución y la saña enemiga de la política. El tal Peñaloza, de Ulla-Ulla, había ascendido a subprefecto. Se hizo mi amigo, y él obtuvo mi regreso a La Paz después de hacerme firmar una declaración concebida en estos términos: "Yo, Gustavo Adolfo Otero, me comprometo a respetar el orden público y a las autoridades constituidas.— Chuma, agosto 1° de 1924".

En estos tremendos días de Chuma me dediqué a la lectura de Emerson, de Kempis, **El carácter** de Smiles y **La Vida de Marco Aurelio** de Renán. Lo que buscaba era un clavo ardiendo para consolarme en mi tormento. Nadie que no haya pasado la prisión, bajo verdugos, podrá darse cuenta de mis padecimientos de confinado. Aquel sujeto no me dejaba tranquilo, me hacía enviar papeles con su hija, avisándome reservadamente que su padre tenía órdenes de enviarme al Guanay, sitio de clima mortífero, y que su bondad me detenía en Chuma. Discriminó además el procedimiento de que el telegrafista me diera nuevas catastróficas sobre la situación en La Paz, todo reservadamente para tenerme siempre en permanente sobresalto, a plan de hambre y desesperación. A no ser mis lecturas habría perdido la serenidad, haciendo cualquier desaguizado.

Mis amigos de Chuma preparaban mi fuga, cuando llegó la orden de que volviese.

\*

Al fin, después de un año y dos meses, me restituía entre los míos. Viajé de Mocomoco a Puerto Acosta, y de allí en barco hasta Guaquí y en tren hasta El Alto. La policía se encargó de llevarme en auto hasta mi casa. En

aquellos tres meses de Chuma había perdido toda la salud que gané en Mocomoco. Con todo, a pesar de mi flacura, no estaba muy mal, y sobre todo tenía los nervios, el corazón y el cerebro en orden.

### *LIBRE PERO PROSCRITO*

Al restituirme a casa me encontré con que mi madre hacía seis meses que estaba en cama, postrada con una grave enfermedad pulmonar que ella ignoraba. Con mi presencia se animó y se levantó de cama, pero ya estaba herida de muerte. Mis zozobras de perseguido no cesaban; era imposible salir a la caile, la gente no me saludaba. Amigos que me celebraban ayer, ahora aterrorizados, se pasaban sin conocerme. Y luego, los policías secretos me seguían como a un criminal. Me encerré en casa, saliendo los domingos para visitar a Hortensia toda la tarde. Don Moisés Ascarrunz, que se había convertido al saavedrismo, fue mi ángel tutelar en esta situación, en la que sin recursos debía afrontar la vida. Me consiguió que preparara, por Bs. 500, una monografía de La Paz en el Album del Primer Centenario que preparaba una casa americana por cuenta del Gobierno (\*). Con este trabajo me en-

---

(\*) Deseo anotar aquí, y había olvidado hacerlo, una cosa de las más sugestivas que puede ocurrirle a un escritor. Moisés Ascarrunz a la vuelta de Lima había sido nombrado por Saavedra introductor de Embajadores para la transmisión del mando y los festejos del centenario. En esta categoría debía Ascarrunz prepararle todos los discursos particulares para el presidente. Ascarrunz me pidió que le hiciera esos discursos —naturalmente pagándome algo— y es en esta forma como Saavedra que no habría aceptado de mis manos ni oro ni miel, leyó muy campante mis discursos. Uno de ellos, el pronunciado al inaugurar la estatua de Bolívar lo hice con verdadero sentimiento y cuidado. Le gustó a Saavedra, Saavedra felicitó a Ascarrunz y Ascarrunz me felicitó a mí. Guardo los originales de estos discursos así como las pocas correcciones hechas a ellos por Saavedra.

tretuve algo de tres meses, removiendo papeles y tomándole sabor y gusto a la historia, que me había descubierto meses antes **La Decadencia de Occidente** de Spengler. Con aquel trabajo y con mi estada en Mocomoco y Chuma se me despertó la afición por el Coloniaje.

En este plan de trabajo y de estudio pasé hasta el mes de noviembre, en el que acometí otra obra, no para mí sino para don Moisés Ascarrunz. Se trataba de una larga conferencia, que dió en la Universidad sobre la Batalla de Ayacucho y la confraternidad Perú-Boliviana, que también me pagó. Entretanto, la atmósfera política era para mí cada día peor. Sentía que se me cerraba nuevamente el círculo de la vida. Comenzaron las amenazas, los insultos en los periódicos que ahora me hacían efecto. Lo único que quería era huir de La Paz y del mundo. Mis nervios se habían aflojado nuevamente, y los tóxicos de la canalla comenzaban a asfixiarme.

He aquí que descubrí cómo marcharme de La Paz. Aprovechando la conferencia le propuse a Ascarrunz publicar un libro llamado El Centenario de Ayacucho y la Confraternidad Perú-Boliviana que contendría todos los discursos y ceremonias de las fiestas realizadas en Lima. Ascarrunz, ni corto ni perezoso, me aceptó la cosa, y la propuso a Saavedra, quien financió el asunto. A los pocos días estábamos de viaje a Lima. Dejaba en La Paz a Hortensia a quien no le hizo mucha gracia el viaje, aunque concertamos ante sus hermanos la boda. Alcides lamentó nuestro enlace porque yo no tenía ni salud física ni económica. En esto también se equivocó este hombre del permanente error.

## EL MATRIMONIO

Lima, a pesar del calor me sirvió para recobrar mi salud espiritual, en contacto con la libertad. Allí pasé seis meses agradables, desde enero a julio, no obstante de que me ocurrieron dos accidentes graves a la salud. El primero fue una infección pulmonar que felizmente se resolvió en 15 días, y el segundo, un serio accidente de tráfico en el que estuve a punto de morir, salvándome por unos pocos milímetros. Fui atropellado en el Paseo Colón por el automóvil de una joven, en momentos en que admiraba su belleza. El auto me hizo una hermosa rotura de cinco centímetros en el cuero cabelludo, en la región frontal-occipital, salvándome la vida el hecho de no haberse comprometido la arteria temporal; y luego, me rompió además dos costillas y un músculo en la pierna. A los ocho días estaba de paseo en la calle, perfectamente y sin molestia de ninguna clase. Me quedó como saldo de este tropezón una amable amistad amorosa con la joven, flirt que empero no podía progresar.

Precisamente en aquellos días precipitaba mi matrimonio con Hortensia. Este se realizó por poder, debido a ciertas circunstancias materiales y con objeto de que ella se trasladara a Lima, porque mi permanencia debía prolongarse hasta que se dictara la amnistía general y hubiese un cambio de gobierno. Total que resulté casado sólo por medio de papeles y cables. Mientras en La Paz me casaba con Hortensia, aquel día la morena del auto me invitaba a un alegre y serio paseo.

Se publicó el libro en Lima sobre la Confraternidad, gané unos pocos pesos o soles, y aproveché la oportunidad para documentarme sobre el Mariscal de Ayacucho con el fin de hacer un libro, como en efecto lo hice, meses después, ya en La Paz, sacándome un premio ofrecido por la Sociedad Geográfica, consistente en una medalla de



oro y 500 bolivianos en metálico. Este libro se llama **El Hombre del Tiempo Heroico**, y lo escribí en los meses de agosto y septiembre en La Paz.

Saavedra dejó la Presidencia de la República al Presidente del Senado Felipe Guzmán que dictó amnistía amplia, y todos los perseguidos nos apresuramos a volver. Así, en los primeros días de julio, al mes de mi matrimonio, llegué a La Paz, a mi nueva casa, y a vivir con mi mujer. Es decir, a vivir en la casa de mi mujer, porque en esta boda yo no aporté más que mi pobreza, además, naturalmente, de un futuro hipotético. Mi matrimonio desde entonces hasta hoy ha sido de una perfecta felicidad y tranquilidad. Posiblemente deben haber muy pocos matrimonios tan tranquilos, tan cordiales y tan plácidos como el nuestro. Hortensia es suave, aunque animada del prurito de lo perfecto; yo soy un poco impositivo y también suave, con la filosofía de que la calle se ha hecho para pelear y el hogar para descansar y para remanso de paz.

El 20 de agosto nació nuestro primogénito y único hijo, a quien provisionalmente le llamamos Sisebuto y quien luego se llamó Marcial. No parecía hijo nuestro, o al menos mío, porque era robusto y fuerte, y fue abatido por una diarrea maligna y un ataque de pulmonía. Moría el 28 de septiembre de 1926. Mi mujer conserva un recuerdo permanente de este nuestro hijo. Yo filosóficamente no lo olvido, pero creo que el mejor negocio es en esta vida el no haber nacido. La vida siempre es desagradable vivirla, aun en medio de la felicidad, porque frente a la auténtica felicidad de la nada perfecta, es imposible llamar dicha o alegría a los pequeños placeres del espíritu o del cuerpo que ofrece avaramente la existencia.

Mientras mi mujer disfrutaba criando a nuestro hijo, yo me preocupaba de buscarme una situación económica. El premio de los 500 bolivianos se volatilizó rápidamente, viviendo con la ayuda de mi cuñada Arminda, buena, ab-

negada y humilde mujer que nos colaboró siempre en todo, tanto espiritual como materialmente. Luego preparé el libro **El Perú que yo he visto**, impresiones de Lima y un combate a la dictadura de Leguía. Con este libro gané unos 1.000 bolivianos. Luego escribí otro, el mismo año: **Crestomatía Boliviana**, con el que gané otros 1.000 bolivianos. En fin, las letras comenzaban a rendirme algo, aunque no mucho, para salir del paso.

### III

#### *EL PARTIDO NACIONALISTA*

Año 1926.

Este año se presentó para nosotros jubiloso en perspectivas, y lleno de dicha con nuestro hijito.

La salud de mi madre comenzó a empeorar. Hacía un año que estaba postrada en cama avanzando lentamente su infección tuberculosa.

Hacia el mes de febrero, con el nombramiento de Presidente de la República de don Hernando Siles, los jóvenes desterrados y confinados por Saavedra, nos juntamos con el propósito de organizar un nuevo partido político, alejado de las viejas instituciones democráticas como el Partido Liberal que venía funcionando frente al Republicano y el Genuino. Siles estaba deseoso de popularidad y nosotros del calor del gobierno. Así nos entendimos y surgió la necesidad de fundar un periódico, para sustentar las ideas del nuevo partido. El grupo quedó formado por el siguiente personal:

Daniel Bilbao, médico  
Alfonso Claros, profesor, audaz y avaro.  
Saturnino Rodrigo.  
Fernando Campero, economista.  
Jorge Vargas Guzmán, abogado.  
Angel Salas.  
Armando Salinas, tonto y negociante.  
Anacleto Iriarte, politiquero sin suerte.  
Adolfo Saavedra, abogado.  
Víctor Alberto Saracho, tonto y astuto.

Fuera de este grupo en torno de Siles, para formar el nuevo partido se organizaron estos otros grupos antagónicos al nuestro:

- 1) Luis Fernando Guachalla.  
Waldo Alborta, pianista y periodista.
- 2) El otro grupo satélite estaba integrado por:  
Enrique Baldivieso.  
Carlos Salinas.  
Humberto Palza, intelectual inactivo y tonto.  
Víctor Ruíz.
- 3) El otro grupo se lo llamó Los Maduros, no sé si por la madurez en su picardía o en su madurez para mandar, o simplemente por su edad, que variaba entre los 40 y 50 años. Entre estos estaban los antiguos liberales:  
Enrique Finot, escritor.

José Salmón, ambicioso y tonto, creyéndose el político más eminente del mundo.

Alberto Cortadellas, diplomático, cobarde y servil. Tipo intrigante.

Fidel Vega, abogado.

Rafael Taborga, comerciante en constante quiebra, hombre caballeroso que hace cosas de sinvergüenza; y otros.

Estos cuatro grupículos vivíamos en constante lucha todos, apostando cuál llegaba primero al poder.

Nuestro grupo virtualmente sacaba las castañas del fuego, por ser el que se presentaba al público con el periódico **Nueva Era**, y fue el señalado por el público. Entre los múltiples disgustos que me ocasionó este periódico, del que fui fundador y director, debo anotar dos dueños, en los que otros se batieron por mí.

**La Razón**, dirigida por mi primo Gustavo Carlos, se estrelló contra **Nueva Era**, apodándonos Los Mamones. Los insultos cada día subían de tono, hasta que un día resolvimos retarlo a duelo sorteándonos entre todos los redactores. Salió sacrificado Angel Salas, que se disparó un tiro con Otero, sin que por ello hubiese amenguado la campaña de **La Razón** contra **Nueva Era** y Siles. Se contaba entre lo peor uno de los redactores de **Nueva Era**, el desleal Saavedra, a quien yo llamaba Olañeta, cuando habría sido necesario llamarlo simplemente traidor.

Otro incidente fue promovido por una imprudencia o perversidad de José Tamayo que se allegó al grupo de Baldivieso. Insertó en mi ausencia graves insultos contra Luis Fernando Guachalla y, después de haber prohibido que se dijera nada en **Nueva Era** sobre este señor, tuve que hacerme responsable del párrafo y aceptar los padrinos que me envió: Ernesto Sanjinés y Waldo Alborta.

Yo le mandé a Alberto Saracho y Daniel Bilbao. Se concertó el duelo para las seis de la mañana del día 15 de octubre. Yo estuve en la casa de mi padrino Daniel Bilbao a las 5 de la mañana, y éste manifestó que no había duelo. Con estas palabras yo regresé a mi casa tranquilamente, pero ocurrió que Guachalla y sus padrinos habían concurrido, y como yo no podía quedar como un cobarde, fueron mis padrinos los que asumieron mi defensa, batiéndose por sorteo Bilbao y Sanjinés. Así acabó este incidente desagradable y que hasta hoy me acarrea el odio de Guachalla.

Así fue el segundo duelo en que no me batí.

\*

En diciembre se realizó la reunión amplia para fundar el partido que a moción mía se llamó Nacionalista. Los maduros juntamente con los otros grupos habían preparado un programa y a mi vez preparé otro, pero al ir a la votación, el único voto a mi favor fue el mío. Esa falta de lealtad y consecuencia o el desprecio que demostraron por mi proyecto, hizo que renunciara violentamente de **Nueva Era**, agravada por la insinuación que me hizo el presidente Siles de que aceptara el cargo de director de la biblioteca de Sucre, a lo que le contesté:

— Yo no soy viejo para que me mande usted al entierro.

Año 1927.

Al fin salí de **Nueva Era**, quedando en espera, la verdad sea dicha, de una situación. Siles había cometido el error de mandar a Chile a mi adversario Guachalla como Encargado de Negocios, de tal modo que yo debía esperar una situación más allá o igual. Siles me hizo ofrecer el Consulado de Hamburgo, que rehusé por el mal clima, por el frío.

## MUERTE DE LA MADRE

Mi madre, mientras estos ajetreos políticos, iba cada día de mal en peor, precipitándose su cada vez más grave estado hacia fines de febrero.

Durante el mes de febrero y parte de marzo, escribí mi libro **Abaroa**, que fue leído y celebrado sólo doce años después. Este libro lo escribí para el Centro de Propaganda y Defensa Patriótica bajo los estímulos de un hombre simpático, patriota e infortunado que fue Alfredo Herrera Urioste.

Los últimos renglones de este libro los tracé bajo las emociones de la agonía de mi madre. El libro salió el 29 de marzo y mi madre moría el 27. No tuve valor de ver la agonía de mi madre ni presenciar sus últimos momentos. Murió con la interrogante de su enfermedad, y satisfecha porque yo viajaba a España. En efecto, pocos días antes, acepté el Consulado General en España. Luego se enfermó mi mujer; fue sometida a una operación y tuvimos que esperar para viajar a España hasta fines de abril. Este cargo me fue ofrecido por Siles con objeto de despejar el campo, pues, mi presencia era mortificante a los otros elementos que formaban los otros grupículos del nuevo partido Nacionalista, que después emborrachó a Siles. Salí de La Paz como un preso de galeras, deseando huír del ambiente, pues la verdad es que el medio circundante estaba muy pesado e irrespirable para mí. Partí tan sólo con el deseo de hacer un viaje de recreo y volver al cabo de seis meses, pero estos seis meses se convirtieron en nueve años.

Salimos de La Paz el 28 de abril y llegamos a Buenos Aires el 1º de mayo, permaneciendo en la gran metrópoli mientras esperábamos el barco diez días, embarcando a Barcelona el 11 de mayo. Paseamos la ciudad, visitando sus principales espectáculos, edificios públicos, centros de cultura. Desde aquella vez soy admirador de Buenos Aires, aunque no de los argentinos. La navegación nos molestó un poco. Viajábamos no obstante en uno de los grandes barcos españoles y el más lujoso: el "Infanta Isabel". Descansamos del mareo del golfo de Santa Catalina en Río de Janeiro, algunas horas. Visitamos la ciudad y almorzamos como los ángeles. El barco iba cargado de indianos hispano-argentinos. Pasé la navegación larga, leyendo la **Sociología** de Simmel y algunas novelas. Las amistades en el barco, por lo general, me fastidiaban, pero, en fin, toleramos a las que se ofrecieron, sin nada que haya que recordar. La llegada a Canarias fue otro reposo. Allí nos encontramos con un país nuevo, pero que era todavía nuestra América. El 24 de mayo llegamos a Cádiz. Allí nos encontramos nuevamente con América, y al visitar esa ciudad le decía a mi mujer esa frase que después la he teorizado más ampliamente:

— Me parece que en lugar de ir en línea recta, hemos viajado alrededor del mundo, llegando al mismo punto, y que partiendo de América hubiéramos llegado nuevamente a América. Cádiz, en efecto, es otra vez América, un desdoblamiento nuestro o viceversa.

El 27 de mayo llegábamos a Barcelona. La ciudad no me impresionó. Al lado de Buenos Aires, a mi mujer y a mí Barcelona nos pareció una ciudad fea, desaseada y sin encantos. No obstante, años después tenía que decir:



— Con Barcelona me ha pasado lo que con los cigarrros puros, que el aprender a fumarlos es desagradable, pero, cuando se ha aprendido, se convierten en agradable vicio...

Al llegar a Barcelona llevaba dos libros: **Avaroa** y **Pitagóricas**. Este último librito es algo así como de máximas o sentencias. Lo hice de enero a febrero de 1927.

Ya era el señor Cónsul General de Bolivia en España. ¿Y ahora?

Mi programa de acción fue no hacer nada, limitándome a cumplir las pocas labores burocráticas. En este estado de ánimo, después de pasar algunos días en el Hotel Palace, nos trasladamos a una pensión lujosa de la calle Clovis, de la señora Ana Abadal. Allí permanecemos hasta junio de 1930. Esta pensión fue un mundo para nosotros. Conocimos mucha gente, españoles, catalanes, franceses, ingleses, de todas las profesiones, sexos y condiciones, aunque todos siempre de dinero, porque la pensión era cara. Para vivir la vida española, en efecto, no hay otro sitio de observación más práctico ni más movido ni más interesante. **Traberas y Danzaderas** de Pérez de Ayala son una buena descripción de este ambiente, igualmente que muchas obras como las de Clarín, José Francis y otros.

Terminamos el año 1927 entre paseos, conocer la ciudad, reconocer gentes, comprar libros, asistir al teatro y al cine y vivir lo más plácidamente posible. Aprovechamos aquellos seis meses, porque después no tuve año tranquilo, siempre dependiente de la situación política, de las malas noticias, de los cables y de las noticias de los periódicos tanto de España como de Bolivia, que llegaban siempre como un nido de culebras.

Este año me enfermé con un ataque renal molesto, aunque sin mayores consecuencias.

Año 1928.

Al comenzar ese año decidí trazarme un programa de vida, es decir, comenzar a vivir ordenadamente para aprovechar mi permanencia en esta gran ciudad de la cultura española. Compré todos los periódicos y revistas españolas, todos los libros nuevos. Comencé a aficionarme a los libros de biografía y de psicología, que las editoriales publicaban mucho. Me hice socio del Ateneo barcelonés y del Conferencia Club y comencé a estudiar el mecanismo diplomático y el papel económico del cónsul.

Yo había dejado en La Paz una biblioteca de 2.000 volúmenes, de tal modo que todo mi empeño era acrecentarla y así lo hice, destinando buena parte de mis dineros libres a la adquisición de obras. Comencé aquí una reeducación literaria, pues me convencí de que, a pesar de haber escrito mucho, no sabía escribir. Visité en plan de estudio la Biblioteca del Instituto de Estudios Catalanes, el Museo del Traje, el Archivo del Arcediano, y la Biblioteca de la Casa de América.

Aquel año fuimos a veranear a Lloret de Mar invitados por los Busch. Era un matrimonio formado por la paisana Ily Bilbao de La Paz y Casimiro Busch, catalán y millonario. Mi mujer ganó mucho en salud, y yo también. Con esta invitación vi la tremenda situación de inferioridad de un pobre cónsul que tiene que desempeñar un papel social y de importancia frente a los paisanos ricos, y que en lugar de proteger es protegido. Esta fue mi eterna tragedia mientras viví en Barcelona: los millonarios vivían rodeados de millonarios. Yo sólo a expensas de mi cargo o de mi valor personal, pero siempre humillado y ofendido por el dinero, el palco de la ópera, el automóvil, las fiestas y el tren de lujo de los ricos. Nosotros apenas teníamos para vestir decentemente y para espectáculos y libros; para la gran representación no había. Los otros cónsules podían hacerlo, porque gana-

ban 10 veces más que yo. El sueldo llegaba a 1.000 pesetas que eran 50 libras esterlinas o sea 250 dólares.

Este año comencé a escribir una serie de pequeños ensayos titulados, después en volumen, con el nombre de **El Hombre y los Libros**, que se publicaron al año siguiente.

Este año quedé sorprendido con la noticia de que había cumplido 32 años.

★

Debo anotar aquí que España vivía en plena euforia de la Dictadura de Primo de Ribera y que ofrecía para el estudioso visitante un momento de febril actividad intelectual. Escribían y publicaban los dictatoriales como los liberales, socialistas y republicanos. En esta época anudé relaciones con importantes figuras como Francisco Maciá, que fue Presidente de la generalidad de Cataluña, Manuel Companys que también fue Presidente y más tarde fusilado, Pedro Corominas, Gonzalo de Refaraz, José María Sucre, Manuel Bueno, Francisco Cambó, Juan Durán y Ventosa, Rafael Vehils, el Derecho del Diluvio, cuyo nombre no recuerdo, que era un cojo simpático, José Francés, Rufino Blanco Fombona, Manuel Ugarte, Felipe Sassone, Luis Bello, Ramiro de Maetzu, Ramón Gómez de la Serna, Federico García Sanchiz, Mario Verdaguer y otros. Desde luego debo indicar que estas relaciones fueron accidentales. Fui enemigo sistemático de buscar conexión con los escritores por el convencimiento de que estos son siempre más interesantes en sus obras que en sus personas. Además el escritor español, que se moría de hambre, se pagaba con su petulancia y soberbia, despreciando a los escritores hispanoamericanos que tenían la debilidad de presentarse. Mi sistema de conducta me ahorró muchos malos ratos. Tendría que escribir un tomo especial sobre los literatos españoles, y lo tengo proyectado. Más adelante, en el año 1932, diré por qué no llegué a escribir nada sobre España y los españoles.

Año 1929.

Este año fue el año más movido y activo que tuve en Barcelona en todos los sentidos. Trabajé, actué, serví a Bolivia y tuve aventuras amorosas que se prolongaron hasta fines de 1930.

Escribí un folleto de propaganda llamado **Bolivia**, que lo hice con anuncios del comercio catalán-americano, un folleto llamado **El Comercio Boliviano** que lo presenté al Congreso de Cámaras de Comercio y publiqué mi obra **El Hombre y los Libros**. Coleccioné interesantes libros sobre la historia colonial, arte, derecho indiano, economía, etc. Este año se celebró la Exposición Internacional de Barcelona, y se produjo una verdadera romería de hispano-americanos, literatos, gente de dinero, gente de sociedad, en fin, turistas.

Hacia el mes de junio de 1929, ya comenzado el verano, me paseaba por el barrio gótico de Barcelona, la sección más bella de la ciudad condal, en busca de libros viejos, y naturalmente mirando a las muchachas lindas, porque dicho sea de paso, en aquella fecha la ciudad levantina era el emporio y la capital donde habían más mujeres lindas, contando Madrid, Roma y París, al menos esta es mi impresión personal. Se necesitaba ser un san Francisco de Asís o un asceta de la Tebaida para no hacerse turbar por los maravillosos encantos de estas chicas, que al cabo de seis años de distancia, todavía las recuerdo con nostalgia. Sólo en Barcelona con libros y museos, aquello habría sido a la postre un destierro agradable, pero sin vida. Lo que me llenaba de seducciones eran sus bellas señoras y señoritas.

Examinaba una vitrina, y de pronto sentí a mi lado una hermosa muchacha, rubia, fresca, de ojos magnífi-

cos y toda ella un canto a la salud. Entró en la librería, y yo detrás de ella. Pensé el primer momento en una aventura fácil, de las 120.000 que a 50 pesetas se podía tener en Barcelona. Pero la chica eligió unos libros —novelas empastadas un poco caras—; es una querida de rico, pensé, y me decidí a sitiarse la plaza. Le insinué algunos nombres de novelas, en tercera persona, sin pensar que me contestara dirigiéndose a mí. Me agradeció y entablamos charla. Aquello debía ser el comienzo de muchos momentos agradables, de muchas inquietudes y de algunas desazones. Salimos juntos de la librería y la invité a tomar un refresco a un bar elegante. Me rechazó, diciendo que allí sólo iban ciertas mujeres, y en cambio me aceptó entrar a una pequeña “botica” que estaba al lado de la librería en la calle Petrixal, cerca de la Rambla de las Flores. Muchos días, muchas semanas proseguimos encontrándonos en aquella botica. La chica era honesta de toda honestidad, me tomó por un americano rico, supo mi cargo y no le ilusionaba sino el matrimonio. Pertenece a la burguesía catalana, hija de pequeños fabricantes de vinos, mallorquina, se llamaba Felisa Extracta. Ella desconocía en absoluto que yo era casado, desde luego, y sus esperanzas matrimoniales eran fundadas, por mi asiduidad y los regalos que le hacía. La moza era un pozo de encantos y peligros. A medida que discurría más el alejarme más me atraía. Cosa atroz. Mi mujer lo adivinaba, aunque no lo descubrió. Crecimos en confianza, siempre honestamente, aunque ella era pródiga en caricias, mortales para mí. Mantuvimos este plan hasta diciembre en que una imprudencia de un amigo descubrió mi situación de casado. Contra mi costumbre salí aquella noche de casa —una de las cuatro— en nueve años de permanencia en Barcelona, y fui al Teatro Liceo, para verla a la rubia Felisa en el Palco de uno de sus amigos. Estaba deslumbradora, fantástica, cegadora con la luz de su belleza. A la salida la invité a ella y a sus amigos a una “cave” del Hotel Colón. Allí pasaba el rato, viendo bailar, cuando

un profesor de la Universidad que ni siquiera conocía a mi mujer se me acercó malévolamente creo yo:

— Oh, señor Cónsul, cuánto gusto de verlo... —le presenté a las chicas, y él en correspondencia me preguntó por la salud de mi señora, a lo que le contesté:

— Bien gracias, mi señora... madre.

La chica oyó bien el caso y al día siguiente nos explicábamos y aquello acabó catastróficamente:

— ¡Te quiero casado, soltero o viudo!

El problema se me planteó gravemente. En lugar de volatilizar el amor de esta muchacha con la noticia de ser yo casado se acrecentó, aumentando sus favores amables y cálidos, siempre dentro de los límites de la honestidad, aunque apasionados. Descubierta ya mi engaño ella trató de ser más fuerte que yo, y arrastrarme a romper con mi mujer, cosa imposible, o al divorcio, asunto rigurosamente difícil. Porque yo soy absolutamente enemigo del divorcio, no por católico, que no lo soy, sino por un mínimum de moral y de lealtad a mí mismo. El divorcio me parece una obra tan inmoral como una estafa. Cambiar de esposa por amor es un pecado, cambiar de esposa por interés es un crimen despreciable. En el fondo y en la forma la peor recomendación que puede un hombre presentarme, es el ser divorciado. De este hombre lo espero todo como de un asesino, o peor de un irresponsable. Así, pues, yo no podía divorciarme, y también debía acabar este juego agradable, sensual y alegre. La chica era un baño de optimismo y de salud para mí, pero debía concluir la cosa con un auténtico acto de heroísmo. El no consumarlo, me habría arrastrado a una serie de dramas irreparables.

Un día de verano, que mi mujer había sido invitada por unos amigos portugueses al bello pueblo de Silges, llevé a almorzar a Felisa a un restaurante elegante, don-

de había logias reservadas. Allí en la soledad de este aposento amable, íntimo y elegante, con dos cocktails, Felisa se excitó extraordinariamente. Era una ninfa convertida en bacante. Salió un momento del comedor, para ir al cuarto de baño, y a los dos minutos regresó gloriosamente desnuda, envuelta en la magnificencia blanca de su piel satinada y juvenil. Se echó a mis brazos para evitar que la inspeccionara con más detalle, arrojando sobre mi cuerpo un torrente de fuego y de pasión. Se extendió después en un chaiselongue, agotándome a besos, en una locura de solicitudes que me arrastraba a poseerla. Tuve la cabeza fría. Aquello era, pensé, una astucia preparada. No podía creer que el amor sólo pudiera arrastrar al deseo a esta joven de 23 años, a sacrificio tan grande. Corté la escena bruscamente, llamando al camarero. Ella visiblemente molesta me dijo:

— ¡No te creía tan idiota! ¿Por qué llamas al camarero?

Después se vistió lloró de ira, me besó, me pidió disculpas. A los ocho días, faltó por primera vez en un año a una cita. Luego, a los quince días, la sorprendí en un auto con un joven.

Nuestras relaciones prosiguieron hasta fines del año 1930, pero, ya en otro plan. Una amistad amorosa, aunque nunca me habló de su novio. Comenzó a espaciar las citas, y luego a que nos juntáramos en sitios públicos. Abandonamos la botica en la calle Petrixol y nos vinimos a la Rambla Cataluña, hasta que un día me envió una carta, y al recibirla sonreí agradecido y liberado:

“Gustavo te amo y sé que con esta carta te haré mucho daño, pero debo decirte la verdad. Me caso la próxima semana. Adiós y felicidad — Felisa”.

Luego, dos años después, vi a Felisa pasear su hermoso vientre, vidrioso de maternidad, en compañía de aquel joven del auto que era su esposo.

El año 1929, lo despedimos, con una fiesta en el Ritz. Fue la única vez en mi vida que realicé esta estúpida ceremonia.

Llegamos al año 1930.

Este año iba a venir cargado de inquietudes, por el malestar político en Bolivia.

Dí una conferencia en el Ateneo Barcelonés, sobre la Poesía Boliviana, escribí una comedia llamada "Entre llamas", y pronuncié una conferencia sobre Bolívar y la Política Pacifista de Bolivia.

Me aficioné apasionadamente a las biografías. Los editores se dieron a lanzar biografías de todo género, autor y tamaño, desde Zweig, Ludwig, hasta el señor García Kholy, Embajador de Cuba en España, con su libro sobre Gambetta. Este año posiblemente leí una biografía por semana, todas las que conservo en mi biblioteca.

La aventura de Felisa tocaba a su fin. Me aburría en Barcelona, y no tuve más remedio que entregarme al trabajo. Comencé a escribir una serie de impresiones geográfico-emotivas sobre nuestro país. Las hacía, una cada semana, de tal modo que en tres meses acabé el trabajo, publicando el libro con el nombre de **Estampas Bolivianas** en 1931. También me di a escribir en los periódicos, de Barcelona y Madrid, sobre el tema forzado y consular de Bolivia. Lo hacía muy a gusto, más que como obligación, como agradecimiento a la Patria que me permitía vivir cómoda y amablemente en un país simpático, lleno de atractivos espirituales y materiales.

\*

Hacia el mes de junio de este año se produjo en La Paz la inevitable revolución. Siles, aconsejado por su orgullo, había discurrido permanecer en el Gobierno pro-



rrogando su mandato, considerándose hombre insustituible y providencial. Su engaño fue mayor, porque el Partido Nacionalista, creció formidablemente, inscribiéndose en él, inclusive todos los que lo habían combatido. Pero con todo, combatiendo la prórroga se preparó la revolución. Siles se había retirado del gobierno, antes de finalizar su período en mayo, llamó a elecciones de convencionales, y dejó el mando en poder de un consejo de gabinete. En fin, un tinglado absurdo, más absurdo aún, por tratarse de un hombre de leyes y de un hombre inteligente como Siles. Se produjo la revolución, ocupando el Gobierno una Junta Militar presidida por el General Carlos Blanco Galindo, hombre débil, caballeroso, ilustrado que escribía cartas sin ortografía, y sin construcción. Se encargó del Ministerio de Relaciones Exteriores don Daniel Sánchez Bustamante. Producida la revolución, presenté mi dimisión, quedando sin respuesta hasta hoy. En espera de ésta seguí en el cargo hasta fines del 30.

Me dispuse para lo peor. Nos trasladamos a una pensión barata, para ahorrar con destino al viaje de regreso, y aquí ocurrió lo inesperado y desagradable. En esta pensión precisamente tuve que enfermar dos meses de una grave otitis al oído derecho. De Bolivia me enviaron mis sueldos atrasados, y nada hacía esperar un cambio. Buscamos una pensión elegante y céntrica y comencé a convalecer de la otitis. La cosa fue larga y se complicó con una disentería grave. Al entrar el otoño en septiembre ingresé en franca mejoría. Total, pasamos un verano físico y moralmente trágico. Sentimos en aquellos días el silencio y el vacío en la gran ciudad. Los paisanos y amigos, al presumirnos caídos, nos abandonaron. Pero ellos tuvieron que volver con sus propios pies, cuando me vieron proseguir en el cargo. Desde septiembre hasta enero, me encontré con mis lecturas. Salíamos poco, al teatro o al cine. Yo, a visitar por las mañanas las librerías y a charlar con algunos amigos en los cafés.

Año 1931,

El año fatal para Boviiva, cuando comenzó a prepararse la Guerra del Chaco.

Ese año tomé contacto con los estudios de arte. Me entusiasmé con la pintura, la arquitectura y la escultura, visitando museos y leyendo libros de arte y estética. Se aceleró también mi fervor por los estudios coloniales e hispánicos, relativos a estos temas.

Como si no me hubiese curado con las zozobras que pasé con los amoríos con Felisa, el sino sensual de Barcelona me arrastraba con su ola de tentación. Una mañana de primavera, hacia el mes de abril, saludé a una joven que nos había sido presentada en una fiesta social, sin mayor devoción ni cortesanía. Ella me contestó muy amable y a los pocos pasos nos encontramos envueltos en una charla agradable. Rita Xirau, era una catalana bien plantada y hermosa, inteligente y vivaz. Acaso la perjudicaba el detalle que fuese demasiado buena moza y algo abundante. A base de libros y de versos, enredamos una situación amorosa. No había complicaciones, porque ella sabía mi estado civil. Pero esta era una loca de atar, quería presentarse en todos los sitios conmigo, ir a los dancings, cafés de lujo, bares, etc., no obstante su condición de hija de familia. Llevé la broma muy agradablemente unos meses, hasta que un día, fingí marcharme a París, y acabé el asunto. Esta loca, deseaba divertirse a mi costa, dándome todas las libertades. Rompí precipitadamente, porque ella conocía a todo el círculo de hispanoamericanos, y me aterraba que mi buena mujer se enterara del caso.

Hacia el mes de octubre, recibí una misión agradable del Gobierno. Fui nombrado Delegado al Congreso Postal de Madrid. Así podía cumplir uno de los gratos sueños de mi vida. Conocer la capital de las letras del mun-

do hispano. En esta ciudad permanecí solo, porque Hortensia se quedó en Barcelona dos meses. Madrid me pareció la ciudad más americana del sur que ninguna de las españolas, es una hermana mayor y más rica; pero en ella se puede mirar siempre algo de las nuestras. Me hacía ilusión de vivir aquellas noches de Galdós, de Jacinto Octavio Picón, de Pedro de Refriete, de Mesinero Romas, los artículos de Larra, las mismas noches del Caballero Audaz, de Inzúa, de Belda, que había leído años atrás en mi primera juventud, reconocía los nombres de las calles, los cafés, las plazas, los teatros, es decir que vivía en la realidad aquel Madrid literario. El Madrid literario no lo frecuenté, conocí en algunos actos públicos o en el Congreso a algunas de las figuras salientes; pero no visité a nadie, ni pretendí hacer amistades con los literatos españoles que no quieren amigos, sino admiradores. La visita en mi hotel de un poeta a quien conocí de nombre en Bolivia, Pedro Luis de Gálvez, me predispuso en contra de todos ellos, ratificando mi idea de no mirar a los literatos. Este poeta que después, el año 1940, se hizo célebre por sus asesinatos, me hizo la escena siguiente que no olvidaré.

Gálvez. — El señor Otero, Cónsul de Bolivia.

Otero. — A sus órdenes..

G. — Soy el poeta Gálvez, amigo de Bolivia y del gran poeta Ricardo Mujía.

O. — Mucho gusto de conocerlo y de saber sus relaciones con mi país.

G. — He venido a que me entregue usted inmediatamente 500 pesetas.

O. — Siento mucho no poder hacerlo, primero porque no los dispongo, y segundo porque no tengo motivos de dar dinero a quien me lo pide impositivamente.

G. — Yo tengo una publicación que se llama El Sa-  
ble donde injurio a todos los que no me dan dinero.

O. — Puede usted hacerlo.

G. — Es que el caso suyo es distinto, yo sé los chan-  
chullos que hace en el Consulado y lo denunciaré a Bo-  
livia, al Ministerio de Relaciones.

O. — Puede usted hacerlo... Canalla, chantajista,  
salga de mi habitación,

Aquí vino lo horrible. Pedro Luis de Gálvez se hinca  
y dice estas palabras:

—G. — Perdón! Reconozco que soy un canalla, pero  
no me eche sin dinero, mi familia se muere de hambre.

O. — Levántese, no sea vil.

G. — Deme nada más que 20 pesetas.

Se las di. Se marchó, dando agradecimientos. ¡Qué  
horror! Es indudable que no todos los escritores y poe-  
tas eran iguales que Galvez. Pero aquello me impresionó  
dolorosamente.

En Madrid visité la Biblioteca, la Academia, el Museo  
de Arte Moderno, y el Prado unas cuatro veces. Aquello  
es una delicia. Allí he sentido una de las impresiones más  
fantásticas de mi vida, la alegría de vivir y la gloria de  
haber nacido sólo para ver aquellas maravillas.

El Congreso Postal, más fue un Congreso de escri-  
tores. Allí estuvo hasta Rufino Blanco, representando al  
Paraguay. Allí conocí a algunos escritores mexicanos, que  
después me los he encontrado en Colombia y en Estados  
Unidos, una especie de congresistas profesionales.

Estando en Madrid, recibí también orden de concu-  
rrir a un Congreso de Cinematografía. Aparte de los ilu-  
sorios planes que se trazaron, el Congreso dio lugar a co-

nocer una colección admirable de artistas bonitas que en ese momento triunfaban en el teatro.

Concurrí a varias sesiones del Congreso, y allí escuché hablar a Angel Ossorio Gallardo, Niceto Alcalá Zamora, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo, Alvaro de Alvimaz, Indalecio Prieto, Julián Besteiro, Calvo Sotelo, Ortega y Gasset, Unamuno, Marañón, Lerroux y conocí personalmente en un banquete charlando con ellos a Manuel Azaña y Martínez Barrio. Habrían de ser objeto de un largo estudio, mis impresiones sobre la política de la república española y sobre la oratoria de estos magníficos tribunos, de diversos estilos, pero magníficos en la unidad del magnífico verbo español.

Me gustaba concurrir a los cafés célebres, como la Maison Dore, Negresco, Molinero, La Granja, El Henar, etc., para mirar bellas señoras, de todas las regiones de España, y a la peña de escritores y artistas. Una mocita de partido amiga mía, tuvo la ocurrencia de presentarme a don Jacinto Benavente. Hombre cordial, simpático, con el que charlamos algunos minutos. Se marchó, disculpándose, luciendo su puro y sus tacos altos. ¿Para qué conocer al hombre si había leído y visto sus admirables **Intereses Creados** y su **Noche del Sábado**?

Madrid era un sitio en el que el año 1931 aun no había desaparecido la vieja picaresca de la Celestina. Ciudad de muchos hampones y de muchas mujeres que ellas mismas se llamaban cortesananas. No había que buscar mucho para enredarse en aventuras fáciles a base de pesetas. Conocí algunas, mujeres estupidas, pero todas una especie de machos, por su carácter agresivo, pendenciero e imperativo. El encanto de bellas mujercitas se desvanecía en sus gestos de bandidos.

Hacia fines de noviembre regresé a Barcelona, anheloso de volver a la ciudad de Casanovas. Me había ha-

bituado a vivir en aquella amable ciudad y en Madrid, a pesar de sus atractivos, extrañaba todo.

Llegué a Barcelona cargado de libros. Adquirí cosas buenas sobre todo relativas a la historia colonial, obras que me servirían más tarde, para mis estudios sobre la dominación de España en el Alto Perú.

En Bolivia la guerra asomaba.

\*

### *LA GUERRA DEL PAPEL*

Año 1932.

Este año fue el de mayor tribulación que sufrí en mi vida, después de mi confinamiento. Sufría por algo impalpable e ideal como es la patria ausente. Sufrí por el honor, por la gloria y por la honra, como afán íntimo, como algo superior a mi propia familia, y a mi propia dignidad. El cable, los periódicos, los comentarios sobre la guerra del Chaco, eran cosas propias, y así las tomé para defender y hacer propaganda por Bolivia. Nadie me lo ha agradecido, pero para satisfacción mía, el esfuerzo que hice para servir a la patria, fue superior a mis propias fuerzas, no ya como funcionario sino como simple particular, interesado en demostrar a los españoles la superioridad boliviana. ¡Triste papel en aquellos días!

Con el movimiento diplomático precursor de la guerra me dediqué a escribir una serie de artículos y folletos que hacía circular en la prensa y entre gente de prestigio.

Este año puede decirse que me dediqué a la guerra. Tuve que abandonar todas mis predilecciones para con-

sagrarme a la guerra, estudios de derecho internacional, historia, historia del Paraguay, y todo, nada más que guerra.

Admiré a Salamanca aún en su error. Es el único de los gobernantes bolivianos, que habló con orgullo, con digno orgullo de boliviano. Es cierto que su altivez nos costó perder la paz y la guerra, pero el gesto magnífico, había sido trazado irreversiblemente ante la historia. España no pudo comprender el gesto de Salamanca, y con el mundo nos llamó imperialistas, poniéndose de lado del pequeño Paraguay, tan militarizado y cuya guerra era la guerra de la Argentina. Toda la prensa de Madrid no obstante los esfuerzos del benemérito ciudadano y patriota don Jorge Saenz —que era un viejo vanidoso y avaro—, se lanzó contra Bolivia, haciendo eco a la propaganda paraguaya. En Barcelona, la cosa era parecida, pero, hube de contrarrestar el golpe por medio de mis métodos, los que tuve que inventar para satisfacer mi orgullo patriótico. Las agencias de Buenos Aires sólo transmitían noticias favorables al Paraguay, y las noticias que enviaba el ministerio llegaban muy tarde. ¿Qué hacer? Me informé que existían dos agencias cablegráficas en Barcelona. La una Americana y la otra Atlántica. Estas agencias transmitían noticias procedentes de Londres o de París. Las convencí de ofrecerles noticias de primera mano, pagándoles de mi propio bolsillo, 100 pesetas mensuales a cada una. Y me dediqué a fabricar mi propia guerra con mis propias noticias sirviéndome de punto de referencia de las noticias contrarias de origen paraguayo. El juego era interesante. Todas las mañanas leía la prensa de Barcelona, y a las siete me fabricaba en la cama las noticias para mis agencias que se publicaban en el diario de la tarde y en los del día siguiente. No eran rectificaciones, sino noticias nuevas, partes oficiales, etc. Así resultaba una guerra que ganábamos imaginariamente. Inclusive publicaba declaraciones de los

generales sobre las acciones, etc. Pura mentira que me daba tranquilidad y satisfacción ante el público y ante los paisanos.

### *SOBRE UN HISTORIADOR*

El secreto lo guardaba rigurosamente, a tal punto que don Alcides Arguedas que estaba en Barcelona se satisfacía leyendo las noticias y las recortaba y pegaba floridamente publicando algunas de ellas en su libro **La Danza de las Sombras**. ¡Así se escribe la historia! Pero yo la hacía. Luego empleé otro procedimiento que me dio grandes resultados. Me arreglé con otra Agencia de distribución de artículos. Estos los escribía con distintos pseudónimos y se publicaban como corresponsales españoles en el Chaco. Lo curioso del caso es que en Bolivia transcribían estos artículos, sabiendo que no eran nada más que mentiras patrióticas.

Este año publiqué una novela de amor y de guerra de tipo panfletario contra el Paraguay, llamada **Horizontes Incendiados**. Son 300 páginas de dicerios en respuesta a los que defendía el Paraguay. Dicté conferencias sobre la función de Bolivia, en fin, trabajé. Trabajé estúpidamente a tal punto que un diplomático de carrera y amigo mío me dijo:

— Gustavo, comete usted un error en trabajar tanto, en Bolivia nada se reconoce.

Esto me decía José Eduardo Guerra.



## *EL PEDAGOGO*

A fines de 1932, se me planteó un problema interesante. Un buen día de esos me trajo al Consulado la policía un niño indígena llamado Lucas Ugarte, de ocho años de edad, fuerte, sucio y hambriento. El chico decía que era de Sucre, pero no sabía explicarse cómo ni con quién había sido traído a Barcelona. Por las frases que dijo en quechua, comprobé que era boliviano y además por las gentes y cosas de que hablaba. Nos quedamos con el chico, y aquí se me planteó el problema de su educación, de la medida de su inteligencia, de su capacidad, de su vocación. He aquí que se me abre un horizonte insospechado para estudiar, tenía siempre aficiones a los estudios psicológicos y pedagógicos pero en forma lejana. Se me despertó en presencia del niño indígena no sólo una dormida vocación de padre, sino el pedagogo que todos llevamos dentro. Comencé por el principio: si quería educar al niño, era necesario que me educara yo. Así me inscribí como alumno al curso de conferencias de psicología y pedagogía, dirigido por el doctor Emilio Mira López. A estos cursos concurría tres veces a la semana, a las siete de la tarde, cuando había concluído mis labores de oficina, para lo cual dejé de concurrir al cine y al teatro. Adquirí la mayor parte de bibliografía pedagógica publicada por Lorenzo Luzuriaga y de libros de psicología y de tipología. Hacia mediados de 1933 ya estaba preparando regularmente y comencé a educar al niño. El asunto me resultó fácil y agradable llegando al convencimiento de que había nacido para maestro de escuela. La educación del niño y la guerra me sorbieron en forma absoluta, a tal punto que no salía de casa. Para entonces había comprado muebles e instalamos un elegante aunque discreto departamento en el Paseo de Gracia. El asunto me absorbía en cada momento en forma apasionante, al punto que vivía preocupado absolutamente de Lucas.

Mi mujer comenzó a tener celos, disgusto, una protesta retrospectiva, pues, veía que en el niño indígena yo hacía lo que posiblemente hubiese hecho con nuestro pequeño Marcial, que a esa fecha habría contado ocho años. Conservo en mi biblioteca los libros de psicología, pedagogía y ciencias antropológicas que cultivé aquellos días desde Adler hasta Kretschmer, desde Binet hasta Dewey, Kretschneider hasta Kirkpatrick. Pero lo curioso del caso es que trascendentalicé el asunto, y para comprender al niño indígena, tuve que dedicarme a estudiar a los indios, y así surgió la idea de escribir mi libro, **Figura y carácter del Indio**, que fui madurando a lo largo de los años 33, 34, escribiéndolo y publicándolo a fines de 1935.

Año 1933.

No tuve otras actividades que escribir sobre la guerra del Chaco y ocuparme de Lucas y de los estudios de pedagogía y psicología.

Don Alcides Arguedas prosiguió este año en Barcelona, corrigiendo las pruebas de su libro **La Danza de las Sombras**. La intimidación nos distanció. Le molestaban mis observaciones y mi conocimiento de las cosas. Nos detestamos cordialmente, al punto que dejó un día a propósito su diario íntimo para que leyera lo que había escrito sobre mí. No cabe duda que el escritor es el hombre que nunca debe ser tratado en la intimidación. Hombre bueno, vanidoso, egoísta, de gran amor propio. Su avaricia la había vuelto francesa y su orden era miseria. Hombre estudioso, de buena memoria, pero sin mirajes, falto de imaginación, de ironía, con un absoluto desconocimiento de los hombres y una gran falta de penetración para los sucesos. Trabajador infatigable y lector permanente. Desde aquella época nunca más hemos podido sostener una charla. Fui su adversario en 1940 como candidato a Senador. Calló. Fuimos juntos ministros de Peñaranda.

Calló siempre, sin presentarse ni como amigo, ni como hermano de Hortensia. Arguedas ha hablado siempre de su honestidad pero yo he podido comprobar que no fue honesto, cuando consumió con sus otros hermanos, el despojo de la herencia de dos mujeres, Hortensia y Arminda. Esto que quede nada más que esbozado, pero es bastante.

Año 1934.

Mi vida se sistematizó sólo en las labores de oficina, mis estudios y el niño.

Nada de nuevo ni de extraordinario.

Este año di dos conferencias culturales, una sobre el carácter de la época, en la Liga de los Derechos del Hombre, y otra en el Círculo Italiano de Barcelona, sobre Leonardo De Vinci. Estas dos conferencias las junté en un volumen llamado 1934.

Publiqué también un libro titulado **Bolivia — Los Bellos Países del Mundo**. Contiene parte de Estampas Bolivianas, ilustrado con fotografías. Es una de mis obras mejor presentadas.

También publiqué un álbum fotográfico de Bolivia.

Hacia el mes de agosto de este año me ocurrió una fugaz aventura, de una rapidez meteórica. Un día por la tarde, salía de mi piso, cerrando la puerta, en el momento en que salía del ascensor una guapa señora, madura, joven de treinta años, interesante. Me preguntó si era el piso cuarto, le dije que sí, y ella me indicó que venía allí. La hice pasar a la oficina. Le pregunté qué deseaba, y me dijo que buscaba al médico. Le aclaré que se había equivocado y que el médico vivía al frente de mi piso. Siguió charlando. Fuimos en diez minutos grandes amigos. Me dejó la dirección de su casa. La visité dos

veces en su lujoso piso. Era amante de un millonario. No me contagió ninguna enfermedad. Le agradecí. No era muy pedagógica la aventura, pero era fisiológica, sin ninguna psicología.

Año 1935.

Comencé a escribir mi libro sobre el indio y lo terminé en julio. La edición se hizo en 15 días. Circuló el libro con una cosecha de abundantes comentarios.

Este año mi mujer fue operada, felizmente con éxito.

Proseguí mi campaña de artículos sobre la guerra, este año ya sobre el tratado de paz.

Este fue el último año que pasamos en Barcelona. Hacia el mes de noviembre fui ratificado para ocupar el consulado en Génova. El asunto me molestó. La verdad es que ya en nueve años de residencia me había habituado absolutamente en Barcelona, mi mujer tenía sus amigas, luego habíamos montado casa, y la perspectiva de instalarnos en otra ciudad era desagradable. Callé y obedecí. Venía a sustituirme mi antiguo amigo, Rafael Ballivián, que como oficial mayor de Relaciones se había preparado el cargo.

Este año ya se sentía el olor de azufre de la revolución española. El ambiente estaba caldeado y se percibían en el horizonte señales de tormenta.

## *ITALIA*

Vendimos nuestros muebles, vendí algunos libros, los que consideré no muy útiles y nos alistamos para salir en dirección de Génova, que los catalanes me pintaban al-

go peor que un destierro y un lugar mortífero. Me alisté un poco en el italiano. Este cambio a Génova fue hecho por el gobierno de Tejada Sorzano, que había sustituido en el poder a Salamanca como Vicepresidente. Dejamos a Lucas en casa de una señora millonaria, que quiso hacerse cargo de la educación del niño. El pobre murió al jugar en el campo, víctima de una granada de la guerra española.

A principios de enero salíamos con dirección a Génova. Debaba de herencia en el consulado mis numerosos informes, mis libros sobre Bolivia, y una secretaria, Asunción Arbós, a quien adiestré sobre la mecánica de la oficina. En este cargo recibí siempre felicitaciones de los ministros de Relaciones, Víctor Muñoz Reyes, Abel Iturralde, Alberto Palacios, Juan Muñoz Reyes, Tomás Ml. Elío, Demetrio Canelas, Franz Tamayo, General Osorio, José María Gutiérrez y otros que no recuerdo.

#### Año 1936.

Este año fue muy movido en todo sentido. Abandoné mis estudios sistemáticos. Me dediqué a estudiar italiano, y a leer algunos autores italianos en su lengua. Papini, D'Annunzio, Mussoli, Dante, y las revistas de estudio. Mi trabajo de oficina se reducía a elaborar informes, semanales. Publiqué un número de una revista en italiano llamada Colón, dedicada a los países latinoamericanos.

Me dejé seducir por las hermosas señoras italianas. Aquello era el paraíso terrenal, y necesité realizar un gran control para no tener sino las imprescindibles y seleccionadas, porque de otro modo, no habría tenido para afrontar la situación, ni salud ni dinero. Sólo tuve dos aventuras. Con dos morenas, ingentes de belleza, ticianescas, musicales, adorables. La una era rusa, circasiana, deliciosamente bella, y la otra florentina, elástica, de hermosos ojos negros y una boca dulce y jugosa. En Génova ha-

bría podido tener una conquista diaria. Era en esos días la ciudad de las mujeres, mucho más que Barcelona y Madrid. El deseo de lujo las tiraba a las solteras, a las casadas y a las viudas a la calle.

Mi vida en Génova fue turbada con la llegada de boливianos y amigos españoles que huían de la revolución española. Recibíamos a aquellos náufragos, y era necesario atender a los pequeños menesteres de la vida. Detalles estúpidos que me mortificaban desde las siete de la mañana.

En Génova sufrí uno de los sustos más tremendos de mi vida mezclado con el miedo a la vergüenza, el temor a la deshonra, y el espanto ante la expectación pública. La bolsa negra estaba prohibida y perseguida en Génova y en toda Italia, y esta era tentadora, pues las libras de a 60 liras en el banco, vendidas al público se convertían en 100. Todos los cónsules hacían lo mismo. Pero un día de esos, fue deportado y cancelado el exequatur de un cónsul de Venezuela. Yo había vendido esos días los cheques de mis sueldos, que ascendían a un trimestre, 150 libras. No había acabado de entregar a mi mujer las 15.000 liras de la venta de cheques, cuando se me presentan dos policías, pidiéndome que fuera a la Policía, sobre un asunto de bolsa negra. No cabía duda, estaba descubierto, horriblemente descubierto, y me preparé para lo peor. Al recibir a aquellos hombres pude haber muerto de miedo y de vergüenza. Pasé la noche de un condenado a muerte, y a las ocho me presenté a la policía. Allí me preguntaron por el señor Salinas Lozada, cónsul anterior, que tenía un pleito sobre venta de divisas con su antiguo dueño de casa. Total, que fue una coincidencia funesta. Todo acabó bien, pero a consecuencia de esto me dio una diabetes, producida por la descarga nerviosa.

Hicimos con mi mujer algunos paseos por Italia, fuimos a la Costa Azul, Santa Margarita, Rapallo, Florencia,

Nápoles, y Roma. Viaje muy rápido de 20 días. La descripción de este mi viaje tendría que ser objeto de un libro. Adquirí obras de arte, libros de pintura e historia italiana, que conservo. En este viaje recolecté una serie de anécdotas sobre el fascismo y Mussolini, que tengo coleccionadas en un cuaderno. No he publicado todavía nada de esto.

La verdad es que tanto mi mujer como yo nos enamoramos de Italia, tanto que establecimos la fórmula de que nos había gustado más el año de vivir en Italia que los nueve años de España. Todo esto, a pesar del fascismo, de la guerra con Abisinia y de la carestía de la vida. Nos sedujo la cortesía, la amabilidad, la elegancia de las gentes. Toda la gente parecía interesante, desde mi profesora de italiano hasta la portera.

Con todo, Génova, con la vida dispersa que llevaba, era ciudad aburrida, carecía de atractivos. Lo que me faltaba era dedicarme a trabajar, cosa imposible, en medio de las sollicitaciones de todas clases.

### *RETORNO A BOLIVIA*

Nos habíamos instalado en un hermoso piso de la calle Maragliano 19, cuando salí una mañana en busca de una mesita, encontrándome al regreso con el oficio de Relaciones firmado por Finot, que me cancelaba en el puesto, dándome la esperanza de un cargo en Bolivia, porque había residido en el exterior más de diez años. Hacía dos meses que se había producido la inevitable revolución a Tejada Sorzano, colocándose en el poder un coronel de la guerra, David Toro. Tras de Toro estaba el coronel Germán Busch que se había hecho figura en la guerra, y necesitaba el cargo para su cuñado. Naturalmente, ni Toro

ni Finot, podían negar nada a Busch y me sacrificaron, sin respetar ni mis servicios, ni el tiempo, ni mi persona, ni nada. La única razón es que necesitaban el cargo. No quise reclamar, y acepté la cosa, como siempre con serenidad. Vendimos los muebles y otra vez a preparar viaje. Nos pagaron bagajes. Salimos a principios de enero de 1937, con rumbo a Buenos Aires en el "Augustus".

### Año 1937.

Venía a Bolivia como un recién nacido, sin fortuna, sin cargo. Otra vez a luchar como hacía diez años. El viaje fue agradable. Visitamos Dakar, Río de Janeiro y Buenos Aires. Para el 6 de febrero estábamos en La Paz. ¡Otra vez la patria, los hermanos, la familia, otra vez los amigos, los enemigos, es decir otra vez la lucha!

Finot me ofreció un modesto cargo en el Ministerio de Relaciones. Rechacé el asunto, porque este, había cobrado una venganza conmigo. Yo le descubrí una estafa en la Bolivian Railways, cuando pidió dinero a nombre mío, aprovechándose de la circunstancia de que yo era Director de "Nueva Era". Habría sido una humillación para mí aceptarle nada. Visité a Toro, que me recibió receloso, cauto, medido. Este es un cínico, sin escrúpulos, un verdadero salvaje o un hombre del renacimiento, sin honor, sin moral, y sin nada. Borracho mujeriego, defraudador y ladrón. Me ofreció un cargo en Palacio de Jefe de Propaganda. Le rechacé y en cambio le pedí que se me pagaran en oro los descuentos de mis sueldos de la época de la guerra. Se me pagó. Con este dinero, 10.000 pesos, comencé a vivir nuevamente.

Para afrontar la situación fundé **La Revista de Bolivia**, que tuvo gran éxito. Parte de él le debo a mi amigo el escritor de raza y **experto** de primera categoría Manuel Frontaura Argandoña y a otros amigos, que me alentaron



en la prensa. Tuve un éxito tanto literario como económico, llegando a formar un pequeño capital de unos 100.000 pesos que ahora están metidos en máquinas en la Imprenta Artística.

Este año me dediqué a mi revista y nada más. Lecturas dedicadas a preparar mi libro sobre el Coloniaje. Comencé a hacer un índice, para escribir los capítulos y aprovechar lo que había traído de España. Se agravó mi vicio de los libros, y comprobé tener una biblioteca de 6.000 volúmenes contando los libros bolivianos, y algo de folletería. Es todo el capital que tengo, que hoy debe valer unos 300.000 bolivianos.

Vida tranquila, paz, hogar y acostarme temprano. Nada de excitaciones. Vida sistemática. Nada de aventuras. ¿Para qué? ¿Dónde? ¿Con quién?

Año 1938.

Proseguí con la edición de mi revista. Nada de aventuras. Nada de política. Nada de excitación. Tranquilidad. Ingresé a algunas sociedades; fui nombrado socio de las siguientes instituciones:

Amigos de la Ciudad

Rotary Club

Centro de Propaganda

Academia de la Historia

Sociedad Geográfica de La Paz

Academia de la Lengua.

Este es el colmo del sarcasmo, porque ninguna de estas sociedades existe, sino su presidente. ¡En fin!

Me dediqué a algunos pequeños negocios con éxito. Vivía sin servir a nadie, contento de no haber tenido miedo al hambre. Había aprendido mucho en Europa.

Hacia el mes de mayo, Manuel María Muñoz que era Ministro de Colombia a indicación de Tejada Sorzano, me hizo invitar con el gobierno de Colombia como delegado de Bolivia a la Exposición del Libro con motivo del Centenario de Bogotá. Julio Téllez Reyes, que era Subsecretario de Relaciones, muy afectuosamente se ocupó de conseguirme 1.000 dólares para mi viaje, que me entregó diez minutos antes de partir el tren, el día 1° de julio. Salíamos de Bolivia después de dos años, bien luchados y bien vividos. El viaje a Colombia fue magnífico. Llevé un lote de libros, que obtuve del Ministerio de Educación, del jefe del despacho, un señor Bernardo Navajas Trigo, a quien no conocía. También preparé tres conferencias, una sobre seis literatos, otra sobre la forma del alma boliviana y otra sobre la poesía. Viajamos en el Santa Clara de Arica hasta San Buenaventura y de allí en tren hasta Cali, siguiendo por este mismo medio de locomoción hasta Ibagué, y luego en tren hasta Bogotá. Allí estuvimos cerca de dos meses. También fui nombrado Consejero de la Embajada especial. Conferencias, reportajes, banquetes, bailes, libros, amigos nuevos. Allí conocí a los hombres más eminentes de Colombia: Eduardo Santos, Semper Ortega, Laureano Gómez, Laureano García Ortiz, Germán Arciniegas —con el que refundamos en Bogotá la Revista de las Indias—, Luis de Zulueta, Guillermo Valencia, León de Greife y otros. Entre los extranjeros Silvio Julio del Brasil y un Curt Lange del Uruguay, Jiménez Borja del Perú, Manuel Vega y La Torre de Chile, etc. Fueron días amables y gratos. Bogotá no me gustó, a pesar de los elogios de don Max Grillo y de Ismael López (Cornelio Hispano). Mujeres feas y mucha literatura. Con todo, país interesante que será uno de los primeros de la América del Sur.

Aquí en Bogotá me entusiasmé con la colección de libros colombianos publicados por Semper Ortega. Traje dos colecciones, una para mí y otra para el Ministro Navajas, sugiriéndole la posibilidad de hacer algo parecido en Bolivia. Me aceptó la idea con indiferencia, proponiéndomela como iniciativa suya veinte días después. Así surgió la publicación de la Biblioteca Boliviana, que empecé a realizar a principios de 1939.

A la vuelta de Bogotá me dediqué a mi revista y me encontré con la grata nueva de que el Comité de Festejos de la Provincia Avaroa en Oruro me había otorgado una medalla de oro por mi libro publicado el año 1926, es decir que se me hacía justicia después de 12 años. Comencé a preparar los tomos y los prólogos de la Biblioteca Boliviana, firmando un contrato para ello, ganando un sueldo de Bs. 2.000.

Me aparté de la Universidad de La Paz. A mi vuelta de Europa, Cecilio Guzmán de Rojas me propuso que sentara mi candidatura para Director del Instituto de Bellas Artes de la Universidad. El Consejo Universitario, con el voto en contra del Rector, un tal señor Héctor Ormachea Zalles, me nombró. Este cargo lo ejercí hasta fines del 38, en que se me ofreció el de Director de la Biblioteca Universitaria, la que renuncié por incompatibilidad con Ormachea. Este personajillo, un cerdo rojo, quiso que me sometiera a su voluntad en forma incondicional. No deseo contar aquí las peripecias y choques menudos con este hombrecillo. Sólo diré que quiso hacer que retirase mi renuncia de Director de la Biblioteca, pagándome la equivalencia de cuatro sueldos. Le rechacé, diciéndole que en cuestiones de honor yo no transigía con nadie ni con nada. Esta anafilaxia espiritual entre Ormachea y yo se agravó, porque comencé a combatirle su plan universitario. Este plan consistía en crear unos institutos de secundaria especializados en la Universidad, a lo que sistemáticamente me opuse y me seguiré oponiendo

por mi experiencia de España y mis estudios sobre otros países ¡De todo esto me había enterado con motivo de Lucas! Ormachea, se ha cubierto con el disfraz del panceñismo, ocultando su fracaso tras esta cortina de humo.

A mi vuelta de Colombia Roberto Prudencio, me indujo a ingresar a una institución política, llamada la Estrella de Hierro. Allí me encontré con una juventud que había surgido con la guerra y que yo no conocía: Roberto Bilbao La Vieja, tipo jesuítico, dominador, intrigante y perverso, Víctor Andrade, tipo audaz y ambicioso, Hugo Salmón, audaz y ambicioso, Eduardo Anze Matienzo, narcisista, no muy mal muchacho, parece caballeroso, Raúl Espejo, un poco quijotesco, interesante, un iluso, caballeroso, Eduardo del Portillo a quien conocí en Barcelona, simpático, muy comerciante y cínico, Carlos Salamanca, cochabambino, narcisista, inteligente y audaz, Juan Valverde Figueroa, buen muchacho, René Calderón Ballivián, caballeroso, inteligente, aunque con un gran fondo de maldad, y otros jóvenes, muy jóvenes que no recuerdo. Esta agrupación se componía de muchos elementos que habían formado la Legión de ex combatientes y que querían tomar el gobierno con Busch, resentidos que querían hacer oposición. La idea me pareció magnífica e ingresé al grupo, sin pensar que sería causa de muchas molestias posteriores.

Año 1939.

Este año se me ofreció el homenaje literario preparado por los orureños, que fue realizado por el Prefecto don Julio Ceballos Tovar, hombre patriota e inteligente, con un gran fondo de amargura y sed de dominio. Este hará carrera. En el homenaje tomó parte el Ministro de Educación, Bernardo Navajas Trigo, con un bello discurso, el Alcalde Humberto Muñoz Cornejo, Presidente de los Amigos de la Ciudad, con palabras frías, destilando

envidia. Este tipo de Muñoz es mi amigo —enemigo, un hombre que se finge mi amigo, para adornarse con mi amistad. Lo detesto, pero él no se enoja con nada, ni por nada. Al contrario, me busca siempre con pretextos. ¿Quién, pues, es mi amigo? No sé. Desconozco el sentido de la amistad. Acaso porque yo no amo a nadie como amigo. Soy, pues, un hombre solo. Aprecio la amistad de las mujeres, pero la de los hombres no me hace feliz. Paso por el mundo entre los hombres, como entre una tropa de bestias. Triste condición. No sé adular, no sé ser agradable a nadie. Eso sí que no he desperdiciado nunca la ocasión de hacer un servicio y de alargar la mano para entregar lo que se me pide: todo. La cortesía me parece burla, el inclinarme una lamentable ironía. Nada, que no puedo ser amigo, ni sirvo tampoco para enemigo. Este homenaje molestó a muchos. La prensa estuvo bien. En esta oportunidad anudé una relación amistosa con Bernardo Navajas Trigo, hombre listo, caballeroso, político, simpático, que hace su carrera a base de este inmenso caudal de atracción que es el ser simpático y sacar partido de esta cualidad como las mujeres bellas de su belleza.

\*

En el mes de mayo los jóvenes de la Universidad presentaron mi candidatura para rector. Esto me dio oportunidad para explicar mi plan consistente en los siguientes puntos: 1) Universidad idealista frente a la Universidad técnico-económica, 2) Universidad humanista frente a la Universidad especializada, 3) Universidad de élites frente a la Universidad de simples profesionales. Es decir la lucha de una universidad del espíritu y humanista frente a la simple universidad, fábrica de profesionales. Me derrotaron en la elección, pero gané prestigio. El golpe fue evidente. Esta mi candidatura fue el resultado del homenaje por mi libro.

Proseguí preparando los libros de la Biblioteca Boliviana. Ese año saqué seis tomos, integrando en 1940 los otros como edición, aunque ya estaban listos sus prólogos.

### *RASGOS DE BUSCH*

En el mes de agosto de este año ocurre lo trágico inesperado. Muere suicidado el Dictador Busch, el coronel Germán Busch, que había clausurado el Congreso meses antes y que sucedió a Toro con una revolución, que fue un cambio de guardia. Para mí fue un beneficio esta muerte; porque me abrió el camino político que estaba cerrado, mientras hubiere vivido este joven, que acabó sus días a los 34 años. Este presidente, era nada más que una pantera eléctrica, una fiera encadenada. Hombre todo instinto, sin cultura, pero que a base de su biología simplista podía afrontarlo todo. Temerario ante la muerte, desaforado ante la sociedad, audaz entre los hombres, irrespetuoso en todo —sino que lo digan los bofetones al pobre Arguedas, a quien hizo jefe del Partido Liberal con su estúpida acometida, con su bestial e injustificable acometida, igual que la acometida de un bisonte—, tan impetuoso que no sabiendo cómo salir del maremagnum del gobierno, no tuvo otro remedio que abrirse paso a la eternidad. Una vez le di la mano. Este hombre tenía las uñas acanaladas con estrías, que solamente tuvo Calígula y Nerón.

Ocupó el poder el general Carlos Quintanilla, saltándose a la torera al Vicepresidente, Enrique Baldivieso. Quintanilla, llegó al poder en un momento de impopularidad. Yo me declaré a su favor. El general era mi amigo, vecino de mi casa, con el que charlaba todos los días. Le

conocí el año 1917 en Palacio. Hombre simpático, imaginativo, fanfarrón, humorista, de penetración vivaz, animado de un hondo sentido patriótico. No puede decirse que es un arquetipo, pero, Quintanilla es un tipo superior, un hombre de élite. A medida que pasaron los días, el número de amigos creció. Nunca lo visité en Palacio. No hablé sino dos días antes de que dejara la Presidencia, en que me hizo llamar con un agente de Policía de Palacio. Todas estas mis simpatías las expresé a su cuñado Bernardo Navajas Trigo.

### *EL SENADOR*

En el mes de noviembre se habló de la convocatoria a elecciones, para senadores y diputados. Navajas Trigo me propuso que presentara mi nombre como senador. El objetivo de este mi amigo, era que yo le sirviera de monitor, para que él fuera Presidente del Senado. Organizamos un grupo político, compuesto de pocos elementos, algunos tarijeños y otros antiguos buschistas. Navajas apoyaba a este grupo, ante la posibilidad de que fuera elegido Presidente del Senado o candidato a la Vicepresidencia. Quintanilla se encargó de despejar el asunto, suprimiendo la Vicepresidencia por medio de un decreto ley. Entretanto, yo había lanzado mi candidatura a Senador por La Paz.

Las elecciones se realizaron en marzo. La verdad es que no tomé en serio el asunto pensando sacar unos 200 votos. Mis gastos ascendieron nada más que a unos 13.000 bolivianos. Yo llevaba en mi lista al Presidente General Peñaranda. El día de las elecciones sufría una gran sorpresa, obteniendo 4.700 votos en la ciudad, triunfando sobre los jefes del Partido Liberal Alcides Arguedas y del Re-

publicano Socialista Waldo Belmonte. En provincias me derrotaron, pero saqué la primera suplencia. Al día siguiente de elecciones publiqué un artículo elogiando en justicia la libertad electoral impuesta por el Presidente Quintanilla. Después de este mi triunfo, porque no fue fracaso, la gente comenzó a decir que yo sería Ministro de Educación. Yo no sabía nada aunque no me disgustaba la posibilidad de ocupar este cargo, que había visto en manos inferiores a las mías. Además, no había otro cargo posible para mí en Bolivia, dado que todos los altos cargos estaban ocupados por tipos de tercera clase o jóvenes que comenzaban a hacer carrera.

Los Estrellas de Hierro se opusieron a mi candidatura a Senador, porque eran antimilitaristas, y no obstante, el jefe Bilbao La Vieja estaba metido en casa de Peñaranda, Espejo Zapata aceptaba un cargo en Petróleos, y Gustavo Medeiros se iba a Buenos Aires como Secretario de la Embajada.

### *EL MINISTRO*

Año 1940.

Como ya he adelantado algo de este año, debo decir que se me presentaba bien, sin mayor dificultades, y con buenas perspectivas.

Después de elecciones se produjo una pausa política. El 12 de abril el Presidente electo Peñaranda me mandó invitar a su casa. Fui, me recibió algo ceremonioso y me dijo que quería que fuera su ministro de Educación. La tarde anterior Quintanilla me hizo llamar y me avisó que sería Ministro. Fue, pues, Quintanilla quien sugirió mi



nombre a Peñaranda. Le acepté el cargo con estas palabras:

—Le acepto General, pero a condición de hacer un ministerio revolucionario.

¡Oh las palabras!

Aquí debo anotar un hecho sugestivo e inolvidable. Un día antes de que jurara el cargo se me presentó Raúl Espejo Zapata pidiéndome, rogándome, persuadiéndome, imprecándose y llorando que no aceptara el cargo, porque la Estrella de Hierro no lo quería. Sin saber el doble fondo de la cuestión, me negué, comprometiéndome a renunciar el cargo en caso de que se reuniera una Convención de la Estrella de Hierro. Lo que ocurría era que Roberto Bilbao había hecho sus "trabajos" para el Ministerio, y esperaba mi renuncia a la invitación para dar el ansiado zarpazo. ¡Cosa notable!

El 15 de abril juré el cargo, en Palacio, después de que el Presidente Peñaranda se posesionó en el Congreso. El Gabinete del Presidente Peñaranda estaba constituido así: Alberto Ostría Gutiérrez de Relaciones, General Demetrio Ramos de Defensa, General Vega de Gobierno, Alcides Arguedas de Agricultura, Previsión Social, Navajas Trigo, Salubridad Abelardo Ibáñez Benavente, Fomento Justo Rodas Eguino, Hacienda Edmundo Vásquez.

### *SILUETA DE PEÑARANDA*

Antes de seguir adelante debo trazar una silueta del General Enrique Peñaranda. Alto, fuerte, de gran pecho, brazos cortos y manos provistas de dedos largos con uñas pegadas a la carne. Su rostro integra un cráneo mesati-céfalo. Cara ancha de frente trapesoidal. Ojos negros, be-

llos, agazapados en las órbitas, provistos de pestañas femeninas. Su nariz tiene la expresión negroide, y con las aletas bajas. Boca bien formada y una magnífica, blanca y correcta dentadura. La voz fuerte, la palabra difícil, de una prosodia inelegante y de una gramática que no corresponde al módulo psicológico. Parece en todos los momentos una esfinge en reposo. El silencio y la desconfianza son sus técnicas de conducta. Hombre de carácter más para gobernarse a sí mismo, que para gobernar a los demás. Hombre de temperamento linfático-sanguíneo, el estremecimiento nervioso parece ajeno a su persona. Es lo que podría llamarse la sublimación del hombre corto, y sin educación social. Hombre que del temor a no equivocarse ha hecho un culto y una conducta, presentándose siempre a la defensiva. Inteligencia inferior, alimentada por una astucia sutil, aguda, fuerte, de aldeano. Es otra de sus grandes fuerzas. Peñaranda el impasible. Impasible ante todo, ante lo que le interesa y lo que no le interesa. Se necesita ser un agudo psicólogo para penetrar en su intimidad. Su frialdad, en todo caso es una gran máscara que le cubre ante el dolor y la alegría. La única reacción que le conocía, era el enrojecer, cuando quería algo, cuando quería imponer algo. Creo que tiene alguna superioridad de mando natural, porque aunque he querido, no he podido hablarle mirándole a los ojos. Tiene unos ojillos, cosa curiosa, en un temperamento frío como el suyo, burlones y sensuales. Penetrando más hondo, rompiendo su caparazón, uno se encuentra con un hombre de gran sensualismo, afecto a las mujeres, aunque no al amor, gran procreador y constante ejercitador del sexo, al punto que la fatiga le hacía dormirse en los consejos de gabinete. Interesado, avaro y afecto al orden. Tiene desarrollado en alto grado el instinto de posesión, y su saber colocar a distancia a la gente se le ha desarrollado en la Presidencia. En medio de esta imperturbabilidad un día le vi despojado de ella. Me había pedido el nombramiento de cierta maestra en

un pueblo del Chaco, y no le di importancia a su solicitud. Me volvió a hablar sobre el asunto, y yo me olvidé. La tercera vez me dijo, rojo, con voz fuerte y los ojos relampagueantes:

— ¿Ya está ese nombramiento señor Ministro? ¡Porque usted no me conoce cuando yo me caliento!...

Se nombró a la maestra.

La verdad es que no podría decir si Peñaranda es un hombre malo, aunque tampoco podría decir que es bueno. Es un hombre que procura no dañar a nadie, y quedar bien con todo el mundo, aunque por ser con todos leal, resulta algunas veces, con todos traidor. En política, antes que dirigir e inducir en los acontecimientos, prefiere siempre, plegarse a ellos. Antes que ser cocinero, le gustan los platos servidos. Es decir que no es un político.

¿Pero, cómo este hombre, con tan reducidas cualidades, es el Presidente de la República?

El secreto es que en el ejército es un hombre sin esquinias. El hombre que no crea resistencias, el hombre que deja que las cosas se resuelvan por sí mismas, el que da tiempo al tiempo. Que sonrío, que deja pasar. El hombre que no mortifica, que no hace sombra a los otros, y que da gusto a sus amigos militares. Es el secreto de todos los hombres corchos y de los hombres mediocres. Así Peñaranda resulta un gran tipo para Rey constitucional, que mande, pero que no gobierne. Y con esta táctica va pasando el vado de su gobierno. Su buena voluntad para servir al país es innegable, y su patriotismo también es a toda prueba. Pero tampoco tiene un patriotismo entusiasta.

Peñaranda evidentemente tenía una virtud que lo hacía estimable. Era su valor militar, su desprecio a la vida y su indiferencia ante el peligro. Gran virtud ser valiente en un mundo donde todos nos agarramos a la vida.

Escribo esto a los dos años de su gobierno, sin hacer vaticinios de ninguna clase.

\*

Todo el mundo creyó que yo fui al Ministerio en representación de un bloque parlamentario. Eso fue una fórmula. Yo estaba elegido de antemano.

Creo que para conocer la miseria del país, hay que pasar por un Ministerio. La inamovilidad funcionaria ha convertido en amos a todos los empleados. Hacer favores es malo, porque todos los favorecidos se creen que se les reconoce sus méritos. No hacerlo, peor, porque se consigue enemigos. Nunca he tenido miedo a tener enemigos voluntarios, pero de llegar al Ministerio uno se consigue esos enemigos de gracia, los gratuitos, los envidiosos y los resentidos. Aquí podía contar algunas peripecias ministeriales. Sólo me referiré a algunas muy personales.

Desde luego el cargo no tuvo ninguna seducción, aparte de la comodidad del auto y las sonrisas de los aduladores, nada hay que pueda satisfacer. Los trabajos en las iniciativas, naturalmente satisfacen, pero, nada es deseable. Lo único que se me ocurrió a los siete días de formar parte del gobierno fue renunciar y así lo hice. A un ministro no lo sirve nadie, es el Ministro quien sirve a todo el mundo.

Desde luego lo que más me impresionó fue concurrir al Parlamento en una petición de informe. Sabía que no era cosa grave, pero, yo nunca había hablado en público, sino en conferencias escritas. Se trató de una sesión reservada sobre la defensa nacional, y tuve que hablar en lo relativo a educación. Creí que había perdido mi memoria, pero me acordé que los grandes oradores escriben sus discursos aprendiéndolos íntegramente. Así lo hice, y recuerdo que mientras se celebraban unas honras fúnebres

oficiales, repetí mentalmente mi discurso hasta tres veces. Cuando llegué al Parlamento, Cámara de Diputados, estaba algo nervioso, pero en media hora, expliqué, y volqué mi discurso. Los diputados me aplaudieron y los peticionarios de informe me felicitaron.

La segunda vez me presenté al Senado, a una sesión pública. Seguí el mismo sistema. Hablé en tres sesiones seguidas. Los senadores me felicitaron. Aquí probé que mientras el cerebro está despierto, es posible someterse a las circunstancias, pero en el gobierno, no es lo difícil pronunciar discursos, ni leerlos (leí unos 12 o 20 que luego publiqué en un libro titulado **Ensayos y Discursos**), sino que lo difícil es hacer obras. El problema de las obras es siempre de dinero, y en Bolivia no hay plata para nada.

En el Ministerio resulté jefe de un Grupo Parlamentario Independiente que también me trajo muchos fastidios.

En el Ministerio fui incorruptible tanto a las seducciones del dinero como de las señoras, que no faltaron. El poeta Roberto Guzmán Téllez es testigo de mi rechazo olímpico de una proposición de negocio. Una señora Sossa de Santa Cruz, también pudo ver mi actitud de hielo, frente a sus insinuaciones. En este terreno fui más austero que Robespierre. Defendí la ley, aunque me atacaron de falta de carácter. No tuve carácter para hacer tonterías y conculcar la ley. Eso es verdad, pero fui inflexible para castigar, cuando llegó el momento, sin miedo a sembrar mi camino de enemigos.

No obstante las tareas y la imposibilidad de estar solo, me daba tiempo para visitar las librerías, comprar libros principalmente de historia, leer por las noches, las mañanas y los domingos. Procuré no variar mi vida en nada. Comencé a planear mi libro sobre el Coloniaje, aprovechando de las notas que traje de España, las que hice el

año 1938, las que amplié en los años 1939 y este mismo año del 40.

Nada interesante salió del Ministerio que no fuera mío: decretos, discursos, órdenes, peticiones de informe, todo lo hice yo, sin ceder, ni dar mi puesto a ningún empleado.

El año 1940 llega a su término. Mi mujer se siente cómoda con ser la esposa del señor Ministro. Yo sufro el cargo deseando deshacerme de él.

Los enemigos políticos comenzaron a atacarme en la prensa, por motivos baladíes, y acaso por el deseo oculto de derribarme y sustituirme en el cargo.

#### Año 1941.

Este año fue menos movido que el anterior. El Congreso fue largo y me molestó bastante. Tuve huelga de maestros, y destitución de 12 directores por defender nada más que la ley. La prensa arreció sus ataques. Peñaranda comenzó a aflojar su confianza. La prensa le impresionaba mucho, y sus ministros tocados por ella recibían una especie de sentencia de muerte.

Clausurado el Congreso en febrero tuve un respiro de tranquilidad, y proseguí mi acopio de materiales para mi libro sobre el Coloniaje.

Por marzo recibí una invitación a un Congreso de Educación en los Estados Unidos para el mes de junio. Peñaranda me había dejado entrever que en agosto dejaría yo el Ministerio, de tal modo que esta notificación me quitó todo entusiasmo para trabajar en lo público y me alegró quedar libre. Así pasaron los días hasta mayo en que hice un viaje oficial a Sucre con mi mujer. Al regreso las cosas habían cambiado políticamente, y el Presidente quiso comprometerme en un esta-

do de sitio. Se habló en el gabinete que habían preparado una revolución en Cochabamba, y el Ministro Joaquín Espada propuso el sitio. Yo me opuse, y conociendo que Peñaranda deseaba deshacerse del Ministro de Defensa, General Blanco Galindo, del Ministro de Gobierno y del de Economía, Edmundo Vásquez, planteé la crisis, oponiéndome al sitio en forma airada y vigorosa. Peñaranda nos rechazó la renuncia, por la mañana, pero por la tarde nos la aceptó. Yo tenía preparado mi viaje para el día subsiguiente de mi renuncia. Sería largo contar los detalles de la crisis. Pero sólo debo anotar que el General Peñaranda llamó al Ministerio de Defensa al General Candia, el revolucionario de Cochabamba, que como director de la Escuela de Guerra había preparado la revolución.

#### *ESTADOS UNIDOS*

El 8 de junio, partí con dirección a los Estados Unidos. Mi mujer me acompañó hasta Antofagasta. Viajé en el barco Santa Lucía, uno de los más bellos de la Grace Line, que ahora con la guerra suspendió su tráfico.

Hice un viaje relámpago que duró un mes. De New York a Buffalo, luego al lago Michigan, hasta Detroit. Después a Conbruck —un sitio estupendo— y Ann Arbor, donde se realizó la conferencia. Allí pronuncie dos discursos en español. Uno de ellos está en mi libro **Ensayos y Discursos**. De Ann Arbor, me fui a New York donde estuve 15 días paseando y conociendo la gran ciudad. Con estas impresiones escribí el libro titulado **Estados Unidos en 1941**. Regresé satisfecho de conocer el gran país, en un momento en que se avecinaba la guerra a pasos gigantescos. En diciembre ya había ingresado Estados Unidos en guerra.

Habría podido quedarme unos días más en Estados Unidos, pero apresuré el viaje, para ocupar mi banca en el Senado, a la que tenía derecho como Primer Suplente por el viaje de Arguedas a Venezuela como Ministro Plenipotenciario.

Allí actué como parlamentario, durante los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre. El papel me gustó, porque podía desenvolverme con libertad, y estudiando podía hacer papeles lúcidos. Desde luego, ingresé al juego político amplio como director de la política nacional, formando parte de la Alianza Democrática en calidad de jefe del Grupo Independiente. En esta situación debo anotar que influí en forma decisiva y definitiva, para evitar la entronización de una dictadura militar. Consigno este dato, porque es importante que se sepa que Peñaranda estuvo empujado por un grupo de militares a formar un gabinete militar y cerrar el Parlamento.

Corría el mes de septiembre. El General Peñaranda me había ofrecido el Ministerio de Gobierno, cargo que decliné indicando en mi lugar a un tal Arturo Pinto Escalier. Este se me presentó una noche en casa, avisándome que, como remedio supremo ante la huelga general de obreros, el Gabinete había resuelto renunciar, y que nueve militares esperaban en la antesala para jurar el ministerio y clausurar el Congreso. Le ordené casi: "no firme nada esta noche", indicándole que al día siguiente se reuniría la Alianza para resolver la situación. Al día siguiente nos reunimos los dirigentes de la Alianza y los ministros. Allí se aprobó la renuncia del Gabinete, y que el Senado se retiraría, dejando sin quorum a la Cámara de Diputados. Así se disolvería el Congreso y se formaría el Gabinete Militar. Hablé energicamente, indicando que la única solución, si la situación era grave, era que el Ministro de Gobierno desterrara a los subversivos, si había agitación, pero que no cabía la re-



nuncia del gabinete ni mucho menos la propia disolución del parlamento. La resolución que indico más arriba ya estaba tomada, pero, cuando don Demetrio Canelas me apoyó, el cuadro cambió de color. No hubo renuncia, ni disolución del parlamento, ni gabinete militar. Aquí me convencí que la voz de un solo hombre, puede hacer variar fundamentalmente una situación, torciendo el curso de los acontecimientos y de la misma historia. ¿Cuál sería el actual panorama del país, al haberse adoptado aquel día lo que deseaban los ministros?

El único éxito parlamentario que tuve, fue en la discusión de la ley de municipalidades, donde impuse mi criterio constitucional, sobre todos los juristas de la Cámara de Senadores.

En noviembre se produjo el sorteo de un tercio de senadores. Como nunca tengo suerte con la suerte, naturalmente salí sorteado, quedando por este hecho al margen de la política, y con una situación deshecha. Debía volver a comenzar. Para colmo de la mala suerte se murió Abdón Saavedra, quedando yo sin el sorteo como propietario.

★

Clausurado el Congreso, me dediqué a aprovechar mis dietas recesales trabajando un poco. Estas mismas memorias son un saldo del aprovechamiento de estas dietas, que me dieron reposo económico hasta el 1° de septiembre del año 1942.

Comencé a escribir mi libro **La Vida Social del Coloniaje**, Opera omnia, el 1° de noviembre, sujeto a un plan y a mis apuntes. Proseguí este trabajo hasta el 31 de diciembre, cerrando así el año 1941.

## *EL CANDIDATO FRUSTRADO*

Año 1942.

Se presentó con interrogaciones de todo orden. Mi situación económica no mejoró con el Ministerio, así es que debía atender este capítulo. Mi revista declinó, tanto por las dificultades comerciales como por el abandono y debido a que mis socios los Otero Calderón me dieron en la imprenta apenas una pequeña participación del 15%. Así es que, perdida mi situación del Senado, debía buscar otra, y pesando la situación decidí presentarme después de muchas dudas, como candidato a diputado por Larecaja, sitio en el que parecía tener todas las probabilidades, por ser la tierra del General Peñaranda y haberme éste ofrecido y dado todas las garantías de fuerza y morales para asegurarme el triunfo.

Hasta el 1° de abril proseguí escribiendo mi libro, dándolo por concluido en los borradores, inclusive con el prólogo y la bibliografía.

En abril hice mi primer viaje a Larecaja, a su capital Sorata. La cosa no me satisfizo mucho. Toda la chola estaba en contra de Peñaranda, y por lo tanto contra mí. Con todo, afronté la situación, llevando 110.000 bolivianos que me arbitré de distintos sitios, todo honestamente, y comprometiendo mi peculio tremendamente.

Aquel preparativo electoral y las mismas elecciones fueron nada más que un tráfico. Todo se reducía a sacar dinero y dinero. Sólo en un pueblo un maestro me pidió mi programa y quiso conocer mis ideas. En los otros sitios nada más que plata y plata, que se traducía en alcohol y cerveza. Aquello fue para mí el espectáculo más triste y vergonzoso de nuestra vida democrática, por dos cosas: porque yo iba apoyado por los re-

sortes administrativos y por el dinero, y los electores me sacaban el dinero, aprovechando la situación. Bien es cierto que igual cosa ocurrió a mi adversario, un tal Abel Pacheco, que en estos momentos debe estar jurando su cargo de diputado. Un pobre diablo cargado de plata. Yo no he querido hacer ninguna observación a las credenciales de mi adversario, basado en los dos razonamientos siguientes:

- 1° Que hay que tener la elegancia espiritual de saber perder y
- 2° Que si los pueblos, pagados o no, eligieron al otro, yo no puedo ni debo imponerles mi nombre.

La pérdida en estas elecciones no fue lo mismo que en las de Senador. Yo había ido a ganar las elecciones, porque me convenía política, patriótica y económicamente, de tal modo que perderlas fue cosa grave, que me demostró ser un mal negocio y que perjudicó a mi prestigio, quiéralo o no. Así es que por esto debo anotar las causas de esa mi derrota. Primero, el odio de los larecajeños a su paisano el General Peñaranda, resultando yo el chivo propiciatorio, y segundo el no haber querido ir en la lista con los señores del Partido Liberal. Me mortificó mucho la forma en que José Salmón me planteó esta iniciativa que la anoto:

“Usted es un Illimani de las letras, pero un mal político. El Partido Liberal quiere prohijarlo en su candidatura, llevándolo en su lista. Nosotros los viejos estaremos detrás para dirigirlo”...

Le escuché esta impertinencia, y no le contesté nada. Era una estupidez que el Partido Liberal me prohijara y que yo fuera sometido al tutelaje de viejos a quienes sólo había visto cometer errores.

Los liberales me combatieron, pues, como yo los sigo combatiendo, habiendo logrado que su jefe, Tomás Ml. Elío, no fuese elegido Presidente del Senado. ¡Poca cosa!

En estos momentos escucho el Mensaje del Presidente Peñaranda, al que he concurrido con algunas iniciativas de Gobierno, que escribí para mi amigo don Bernardo Navajas Trigo.

El Ministro de Relaciones, don Eduardo Anze Matienzo, me ofreció el cargo de Presidente de la Delegación Boliviana al Congreso del Turismo en Buenos Aires.

#### *AFLORA OTRA VEZ EL ESCRITOR*

A mi vuelta de Sorata, el 15 de mayo, me encerré en casa hasta el 1° de julio, copiando en este tiempo los borradores de mi libro sobre el Coloniaje que entra en prensa el lunes 10, debiendo estar listo para fines de año.

Tengo en estos momentos buenas relaciones con Peñaranda, a través de Navajas Trigo, y espero tener alguna actuación, principalmente en el exterior. Navajas ha ofrecido cooperarme, porque yo le ayudé a llegar al Ministerio y ahora, inclusive, le coopero en la redacción de decretos y mensajes.

Se abren, pues, en estos momentos para mí, tres interrogantes:

¿Qué será mi situación política?

¿Cuál mi situación económica?

¿Cuál mi futura obra literaria?

Al organizarse el Ateneo de Bolivia, a iniciativa del intelectual chuquisaqueño Julio Alvarado, fui elegido Pre-

sidente. Ahora preparo el discurso inaugural, que quiero hacer trascendente, de carácter filosófico e histórico, sobre la época.

\*

El 12 de octubre, la Municipalidad de La Paz me premió con 2.000 bolivianos un artículo publicado el 16 de julio, que lo escribí al día siguiente de mi llegada de Sorata, después de mi derrota de las elecciones.

El mismo día envié a New Orleans un estudio sobre el Indio y la Colonia extraído de mi libro en prensa **La Vida Social del Coloniaje**. Este artículo debe publicarse en el libro de las memorias del Congreso de Escritores, al que han sido invitadas figuras eminentes como Antonio Caso, Alfonso Reyes, Germán Arciniegas, Jorge Basadre, etc.

20 de octubre. Preparo viaje a Cochabamba, donde debo actuar como mantenedor de los Juegos Florales a invitación de la Sociedad de Artistas y Escritores.

1° de noviembre. Regreso de Cochabamba, donde he recibido la sorpresa de que mi obra literaria y especialmente **Figura y Carácter del Indio** fuera considerada como obra de texto en la Universidad, haciéndome grandes elogios en un almuerzo de la Facultad de Derecho. Dicté tres conferencias sobre la Colonia. Fui nombrado socio honorario de la Sociedad Geográfica de Cochabamba. Fue un paseo triunfal. He regresado satisfecho.

2 de noviembre. La prensa publica que seré enviado por el Gobierno en una misión intelectual a Venezuela. Presumo que no iré.

18 de diciembre. No fui a Venezuela. En estos días me someten algunas instituciones a la tortura de ser jury de concursos literarios. Ha comenzado a circular mi li-

bro muy poco, cinco ejemplares obsequiados a la prensa y a dos amigos. Se los di para molestarlos.

\*

Diciembre 31. Mientras escucho el rumor de la fiesta desde mi cama, anoto la última página que corresponde al año 1942.

El balance del año es malo. No he ganado dinero ni defendido mi situación política, aunque parece que hubiese asentado en alguna forma mi prestigio literario, a juzgar por la asistencia cordial que me ha prestado la prensa como escritor, después de haberme combatido como político. Con mi libro **La Vida Social del Coloniaje**, que aun no ha salido al público, parece que me hubiese tomado un desquite de mi derrota electoral.

Mi "entente" con Navajas Trigo, dio por resultado el fracaso de este mi amigo a quien serví de secretario y consejero, pero que no tuvo dedos de organista para actuar. Su fracaso me arrastró a mí. El salió del gabinete sin que hubiese conseguido nada para mí. Ahora vivo de esperanzas con la promesa de una difusa y lejana plenipotenciaria que deberá materializarse en el curso del próximo mes de enero.

Aparte de algunos discursos que he pronunciado este año, escribí con destino a una editorial de Buenos Aires un estudio sobre Tadeo Hanke, a base de unos manuscritos que encontré en el Archivo de la Sociedad Geográfica de La Paz, y terminé mi libro **El Arte de Conocer a los Hombres**, que comencé en Barcelona el año 1930, y que está a medio pasar en limpio. Espero darle los últimos toques en el curso del mes de enero.

Mi situación económica es mala, porque no gano nada, y voy consumiendo en gastos de casa los ahorros que hicimos desde el año 1930 en España, más las ganancias

que tuve en la imprenta a base de mi **Revista de Bolivia** que fundé el año 1937, y mis saldos de los saldos del Ministerio. Todo mi capital consiste en esta fecha en Bs. 100.000, que corresponden a un 15% que tengo en la Sociedad de la Imprenta Artística con mi primo Alfredo Otero y con Alfredo Calderón. Además tengo 58 letras hipotecarias de Bs. 1.000 cada una, del 8%, 40.000 bolivianos en el Banco Mercantil y 10.000 en casa. Con esto podemos subsistir cuatro años, gastando Bs. 3.000 mensuales. Pero, ¿y después? Es curioso que en mi juventud nunca se me planteó el problema económico del futuro, pero ahora, aunque sé que ya he pasado el tercio de mi vida, siempre se me plantea la tremenda interrogación: ¿Y después? ¿Y mañana? La vida es dura y pesa. Desgraciadamente se llega a confrontar que la única realidad permanente, como prestigio, ascendiente, figuración social e importancia personal, la da el dinero, y nada más que el dinero, siempre el dinero. Yo no puedo, pues, esperar a eso, y hago la vida de un hombre modesto y decente, aunque paso por avaro, pues la gente considera que mis pocos mendrugos son millones, porque mi decoro es superior a lo que gasto. Para mis libros me busco pequeñas rentas especiales.

Hoy he preparado un discurso que debo leer en la función de **Los Conquistadores** de Ricardo Jaimes Freyre que dará la compañía de Mina Guerrero, el sábado 2 de enero.

El año 1942 fue año de desgaste, de estacionarismo, pero de creación. Mal año. Espero que el 43 será mejor, sobre todo más libre, porque este año fui en realidad prisionero de mí mismo.

Abramos paso a la esperanza.

\*

Año 1943.

Las perspectivas de este año se presentaban esperanzadas, y hasta hoy, en lo que va corrido se sigue diluyendo nada más que en esperanzas.

El Presidente Peñaranda me ofreció espontáneamente, cosa contraria a su técnica de gobernante y en general a su psicología, que viajara a Caracas como Delegado Plenipotenciario del Gobierno, para la celebración del Primer Centenario de la traslación de los restos del Libertador de Santa Marta a la capital de Venezuela. Rehusé el ofrecimiento porque vi el peligro de que a poco costo Peñaranda quisiera quedar bien conmigo, y además, porque llevaba por compañero a un personaje impuesto y pedido por mi cuñado —grosero y divertido tipo el tal Arguedas—, don Juan Francisco Bedregal. Aproveché la coyuntura para pedirle a Peñaranda que me enviara en una misión al exterior, cosa que también indiqué a su Ministro de Relaciones Dr. Tomás Ml. Elío. Esta solicitud la hice en vista de que se mandaba como Ministro a Cuba a un senador, que fue colega mío en el Ministerio y que sabe ejercer servilismo con arte aunque sin gracia.

Hasta hoy, 14 de febrero espero, naturalmente sentado, que se haga efectiva la promesa de Peñaranda, para quien preparé el Proyecto de una Ley de Reforma Electoral.

Entretanto, he ingresado como miembro de la Academia de la Lengua Boliviana, correspondiente a la Española con un discurso y una sesión solemne que ha molestado a muchos. Mi discurso se refirió a la personalidad de Rosendo Villalobos y el romance castellano en el Alto Perú. Fabián Vaca Chávez hizo un discurso de circunstancias que fue elogioso para mí, aunque con medida.



También he preparado para publicar en una editorial de Buenos Aires una reedición del libro **Tihuanacu** de la biblioteca Boliviana. Todo el trabajo fue de copia, inclusive el prólogo, que es una transcripción de una descripción de Tihuanacu de mi libro **Estampas Bolivianas**.

Ahora voy pensando comenzar mañana lunes la copia de mi libro **El Arte de Conocer a los Hombres** si es que me deja un dolor de cabeza que me persigue a pesar del tratamiento médico desde fines de diciembre de 1942.

Me he dedicado a hacer pequeños negocios siempre a base de imprenta que espero me rindan en el curso de 1943, la respectable suma de Bs. 10.000.

## REGRESO A LA DIPLOMACIA

30 de marzo de 1943.

En este día culmina una gestión laboriosa. El Presidente Peñaranda me prometió el 1° de enero una Legación en el exterior, pero pareció que se hubiese olvidado. Hoy día me encuentro en la calle con Elío, Ministro de Relaciones Exteriores y me invita a que le visite en su oficina. Al fin, después de un discurso largo, me ofreció la Legación en Colombia, como Ministro Plenipotenciario.

¿Cuándo viajaré?

Tal vez a fin de abril.

★

Abril 11 de 1943. Hoy terminé de copiar y pasar en limpio un estudio de 100 hojas titulado **Radiografía del Periodismo Boliviano**. Al mismo tiempo planeo la posi-

bilidad de escribir una Historia de Bolivia en Biografías, de la que me han ofrecido pagarme Bs. 10.000. ¡Suma tal de la que no subo! Pues he subido. Acabo de firmar un contrato con la Fundación Patiño para editar la Historia Natural de Cochabamba de Tadeo Hanke y la Historia de Potosí por Arzans y Vela, y me dan 120.000 Bs., 90.000 para la edición, 10.000 para copias de los originales y 20.000 para mí.

Abril 12. Leo el libro **Historia de la Literatura Boliviana** por Enrique Finot. Me cita muchas veces, unas elogiosamente y otras mordiendo la lengua. No me gusta el libro. Me ha saqueado mucho de la Biblioteca Boliviana y de mi Crestomatía, de la cual acaba de hacerse la 4ª edición. Posiblemente le tiraré una paliza a Finot. ¡El tío sinvergüenza!

Mayo 8 de 1943. Escribo estas líneas en pleno desorden, preparando la casa para el viaje a Colombia, donde fui nombrado, después de tanta espera. Partimos el miércoles 12 por avión.

Las preocupaciones que tengo son relativas al viaje y a mi salud. Si las cosas salen bien espero regresar hacia marzo de 1944, y si salen mal, ahí dejo mi testamento, que no es un seguro de vida, sino un consuelo, para tener el orgullo de morir con tranquilidad.

Así, pues, firmo estas últimas líneas de esta autobiografía en La Paz, el ocho de mayo de 1943.

GUSTAVO ADOLFO OTERO

# I N D I C E

	PÁGINA
INTRODUCCIÓN	1
PRÓLOGO	13
1. EL MUNDO DE LA INFANCIA	41
2. ORGANIZACIÓN Y AVANCEMENTOS FAMILIARES	43
3. HISTORIA DE UN MOVIMIENTO	51
4. APOYO DE LA INFANCIA	57
5. EL ESCUELAR	61
6. CONOCIMIENTO DE LA MUERTE Y OTRAS EXPERIENCIAS	65
7. LA EDUCACIÓN DE LA EDUCACIÓN	69
8. FAMILIAS Y LECTURAS	73
9. PRIMER CONTACTO CON EL LIBRO	77
10. MAS CAMBIOS FAMILIARES	81
11. SE DESPIERTA UNA POESÍA	85
12. SIN LA FAMILIA	89
13. AVENTURAS ADOLESCENTES	93
14. LA PRESENCIA DEL LIBRO	97
15. ASOCIACIÓN, GÉNERO Y DESARROLLO	101
16. CONFLICTOS INTERFAMILIARES	105
17. OTRAS VECES	109

	<b>Página</b>
DEDICATORIA . . . . .	9
PROLOGO . . . . .	11
I . . . . .	19
GENEALOGIA Y ANTECEDENTES FAMILIARES . . . . .	19
HISTORIA DE UN MATRIMONIO . . . . .	30
RECUERDO DE INFANCIA . . . . .	37
EL ESCOLAR . . . . .	41
CONOCIMIENTO DE LA MUERTE Y OTRAS DESGRACIAS . . . . .	44
LA EMOCION DE LA EDUCACION . . . . .	48
PRIMERAS LECTURAS . . . . .	52
PRIMER CONTACTO CON EL AMOR . . . . .	54
MAS CAMBIOS FAMILIARES . . . . .	56
SE DESPIERTA UNA VOCACION . . . . .	59
SIN LA FAMILIA . . . . .	62
AVENTURAS ADOLESCENTES . . . . .	68
LA PRESENCIA DEL AMOR . . . . .	76
NEGOCIOS, DINERO Y DECEPCIONES . . . . .	87
CONFLICTOS INTERIORES . . . . .	89
OTRA VOCACION . . . . .	90

	Página
II .....	93
RUINA PATERNA Y PERIODISMO .....	93
MAS ANGUSTIAS, AVENTURAS Y EL ESCRITOR .....	106
ROMANTICISMO Y CULTURA .....	112
EL POLITICO .....	115
PALACIEGO .....	121
BUROCRACIA, LIBROS Y TEATRO .....	134
NOLO BEAZ .....	139
ALGUNAS ANECDOTAS .....	141
ORIGEN DE UN LIBRO .....	148
EL CONFINAMIENTO .....	153
SOLEDAD Y ESTUDIO .....	164
LA PERVERSIDAD POLITICA .....	169
LIBRE PERO PROSCRITO .....	171
EL MATRIMONIO .....	173
III .....	177
EL PARTIDO NACIONALISTA .....	177
MUERTE DE LA MADRE .....	181
ESPAÑA .....	182
ESTUDIOS Y AMORIOS .....	186
LA GUERRA DEL PAPEL .....	197
SOBRE UN HISTORIADOR .....	198
EL PEDAGOGO .....	199
ITALIA .....	202
RETORNO A BOLIVIA .....	205
RASGOS DE BUSCH .....	212
EL SENADOR .....	213
EL MINISTRO .....	214
SILUETA DE PEÑARANDA .....	215
ESTADOS UNIDOS .....	221
EL CANDIDATO FRUSTRADO .....	224
AFLORA OTRA VEZ EL ESCRITOR .....	226
REGRESO A LA DIPLOMACIA .....	231
INDICE .....	233

La presente edición se terminó de imprimir el día 30 de septiembre de 1977, en los talleres de Litografías e Imprentas Unidas S.A., calle Colón N° 618, en la ciudad de

**La Paz — Bolivia**

